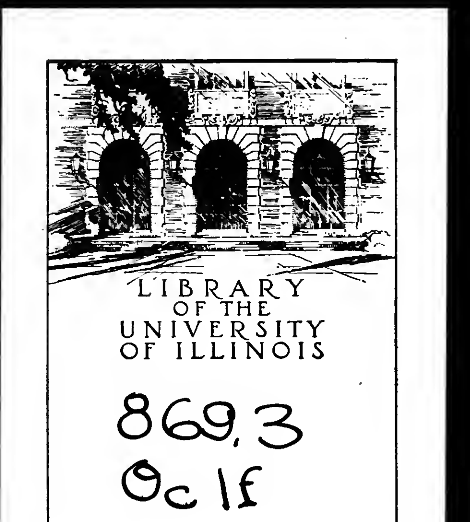


869.3
Oc1f

CARLOS MARÍA OCANTOS

FRU JENNY

59.3
.1f



FRU JENNY

EN LA MISMA COLECCIÓN

VÍCTOR CHERBULIEZ. — **Meta Holdenis.**

— **La vocación del conde Ghislain.**

OCTAVIO FEUILLET. — **El señor de Camors.**

JULIO GASTYNE. — **El príncipe ladrón.**

JULIO HOCHE. — **El muerto volante.**

JORGE SAND. — **La farándula.**

PABLO DE GARROS. — **El castillo del oso.**

Reservados los derechos de traducción y de reproducción en todos los paises.

COLECCIÓN DE AUTORES ESCOGIDOS

CARLOS MARÍA OCANTOS

FRU JENNY

SEIS NOVELAS DANESAS

CUBIERTA DE BARLANGUE



CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

222, Boul. St-Germain, 222
PARÍS

3462, Bartolomé Mitre, 3462
BUENOS AIRES

M R, 18 Dec. 24

FRU JENNY

(La señora Jenny)

I

La señora se enfada

El día de autos, ó sea el día en que esta historia comienza, uno de los más luminosos y tibios del mes de mayo, almorzaba fru Jenny en paz, ¡cosa rara!, su loncha de carne fría y su rebanada de moreno pan de centeno salpicado de cominos y bien untado de manteca. Ni lujoso ni modesto el comedor, era desahogado y con ciertos dejos de riqueza por la felpa verde de sus cortinas y el amarillo roble de sus muebles, pesados y macizos, así como por la exposición en las paredes y sobre el plano del aparador de las bonitas porcelanas de Dinamarca, gala de su industria,

554848

desenvolviendo la dulce monotonía de su nota gris.

La paz, para fru Jenny, era estar sola, no tener cerca con quien ejercitar la fuerza acumulada de sus nervios siempre en tensión; ni al marido, el buen señor Kai Jorgensen, ni á criado, ni á bicho viviente. Por prescripción facultativa, se le había impuesto el aislamiento en las horas solemnes en que el estómago se entrega á sus funciones sagradas y cualquier alteración repentina puede perturbarlo.

— Sobre todo — había dicho el doctor, — sepárese usted en estos momentos de herr Jorgensen para evitar todo choque político, y si le es posible no pensar en política durante sus comidas, mejor, que así las digestiones serán perfectas.

Fru Jenny se sometía gustosa al régimen en lo tocante á la separación momentánea; pero respecto á sujetar el pensamiento y no dejarlo volar por los campos de la política cuando hervían las pasiones con motivo de las próximas elecciones comunales, y ella, radical de corazón, devota de Zahle, iba á dar la batalla á su marido, el moderado, eso, ni ella, ni mujer ninguna como ella, de su genio, lo conseguiría ni aun contando con todas las fuerzas de la voluntad para la empresa.

Sin embargo, como su estómago le merecía más interés que su campaña guerrera, lo que hacía era extender sobre el mantelillo el periódico y distraerse con las mentiras telegráficas, las historias criminales del extranjero ó las idas y venidas principescas y los hechos y los dichos reales. El promontorio de rizos rubios que coronaba su cabeza, todavía hermosa, se abatía sobre el papel y la nariz, algo arremangada y de fosas muy abiertas, le daba de punta, por inconfesada miopía, derramándose la exuberancia de su pechera por los calados de la blusa de encajes, mientras leía. Menos mal si el escurrirse involuntario hacia el artículo de fondo no provocaba la tormenta, que se trataba de evitar; pero si la provocaba, si alguna frase chocaba imprudentemente con sus nervios electrizados... Entonces, el promontorio de rizos, como sacudido por un huracán, se enderezaba tembloroso, las mandíbulas dejaban de mascar y se incrustaban la una en la otra, iracundas, y el periódico, hecho una pelota, iba á parar disparado al asiento vacío de herr Jorgensen. Porque era el periódico de su marido, el rival, el enemigo, el que siempre cogía fru Jenny para distraerse y amenizar la soledad de sus yantares.

Como aquel día, precisamente. El disparar

de la bala de papel contra la silla no lo tuvo por suficiente castigo, de tal modo ponía el periodicucho á los radicales y tal vapuleo les regalaba, duro y parejo; criado no lo había á mano para desfogar su ira; objeto, en su propia inercia y en su propio valor comercial, cuantos en la mesa la ofrecían sus servicios encerraban su mayor defensa...

Echando lumbre, furiosa, fru Jenny se levantó y fué á dar el vuelto á su marido.

II

Donde el moderado herr Jorgensen muestra los puños

No corre más impetuoso el viento por las calles de Copenhague ni más estrépito produce, que el paso de fru Jenny por sus salones de Bredgade, *Tidende* en mano, en marcha forzada contra herr Jorgensen. Estaba herr Jorgensen tan tranquilo en su despacho, en el sofá, debajo del gran Christián IV que, vuelto de manera que el ojo tuerto no se viese,

caída sobre el hombro la coleta y su lacito coquetón, el arete cincelado en la oreja y puesto el gorro de terciopelo con crespa pluma blanca, presidía el testero con severo y real continente.

Alzó herr Jorgensen la mirada, que la tenía fija en un libro; su redonda cara bonachona, sin sombra de barba y coloreada por la salud, se alegró con una sonrisa que, al encoger los labios, descubrió la blancura sospechosa de sus dientes postizos, y opuso al ataque que se le venía encima este solo nombre, pronunciado en tono de tierno y paternal reproche:

— ¡Jenny! ¡Jenny!

La señora le arrojó el *Tidende* á la cabeza y como si tragara piedrecillas y estuviese en trance de ahogarse, vociferó:

— Si tú crees, Kai, y contigo tus moderados y reformistas y toda la derecha, que con artículos como éste vais á perjudicarnos y á convencer al pueblo que las leyes militares de 1909 sirven para algo y que el sufragio privilegiado del Landsting no debe suprimirse, estáis equivocados. Kai, ¿me oyes? ¡Te digo que estáis equivocados!

— Te oigo, Jenny, te oigo — contestó con gran pachorra herr Jorgensen apartando la bala de papel, que debió ir contra su silla y fué contra su cabeza; — cálmate, Jenny, y no

hagas caso de artículos de periódicos... ¿Lo he escrito yo, acaso?

— No, pero lo inspiras; al menos compartes su opinión.

— Que yo la comparta, como correligionario, no quiere decir que apruebe la forma en que se expresa, si es que se expresa mal, que yo no lo he leído.

— ¡Si se expresa mal! ¡pues claro que se expresa mal! Siendo moderado y reformista y aliado de la derecha, ¿puede expresarse bien? ¿qué educación, qué lógica puede esperarse de un moderado? ¿qué sentido común, qué nada, hombre, si sois un hato de carneros, que se os lleva adonde se quiera?

— Bueno, Jenny, quedamos en que somos un hato de carneros y yo el carnero mayor del rebaño.

— ¡Pues, claro, Kai! ¿aun lo dudas?

— Y que vosotros los radicales sois la flor y la nata de la intelectualidad danesa, la vanguardia de la patria, la salvación del reino.

— Claro, claro. ¡Tú lo has dicho!

— ¡Y pensar que, con todo eso, y á pesar de todo, perderéis las elecciones!

— ¡Perder las elecciones! Kai, ni en broma te permito... ¡no lo repitas!

— ¡Y que Zahle caerá, y que seréis barri-

dos con vuestros aliados los socialistas antes de quince días!

— Kai, Kai ¡eso no sucederá! Verás cómo no sucede, porque no puede suceder... Kai, te complaces en torturar mis nervios. Contraviniendo á las prescripciones del doctor, cegado por tu odio partidista, no vas sólo contra la patria, vas contra mí, que soy tu mujer!

— Jenny, ¿á qué vienes á provocarme, pues? ¿Es para que te recuerde que no es la patria quien te inflama, sino el escondido rescoldo de tu antiguo amor por Sophus Nielsen, tu candidato radical de ahora, tu ex-marido y antecesor mío?

Muy pausadamente y con fría calma dijo todo esto herr Jorgensen, y mientras fru Jenny, en un violento paroxismo, gritaba:

— « Kai, Kai... » y derramando un torrente de lágrimas se arrojaba en un sillón, añadió herr Jorgensen sonriendo:

— ¿No podrías, Jenny, entretanto, ocuparte un poco más de mi ropero? Mira qué puños me haces llevar.

Y le mostró los puños de la camisa, con filete pardusco y su poco de fleco en el borde.

III

La casa por montera

Cuando entró fru Jenny en su tocador llevaba en la faz congestionada las señales de la batalla, repartidos los moretones cual si procedieran de golpes reales y contundentes y cernidos de rojo intenso los ojos. El jipío anheloso, sacudiendo su busto, salía como quejido infantil por su boca inundada de saliva. Los dedos de sus manos se alargaban y se encogían como tentáculos y apretaban como tenazas cuanto lograban atrapar, desgarrándolo, destrozándolo, inocente venganza que para ella representaba la terrible que deseara tomar de herr Jorgensen, de los moderados, de los reformistas y de la derecha inclusive.

Síntomas patentes de su debilidad todos, que los progresos del feminismo y aun la emancipación total y radicalísima de la mujer no evitarían, no curarían jamás. Siempre estaría sujeta á sus nervios, siempre sería

esclava de sus miserias fisiológicas, siempre las lágrimas colgarían de sus pestañas por la menor contrariedad, siempre sería mujer. Suprimiría las faldas, se cortaría el pelo, conquistaría el voto amplio y todos los derechos del otro sexo... ¡pues, asimismo y con todo, nunca dejaría de ser mujer; es decir, débil, inferior, fatalmente inferior!

En el tocador la esperaba Thora, la doncella, y rechazó á Thora, y si Thora no huye la despampana con cualquier cosa. Sola, en completo delirio, aporreó todo lo que alcanzaba su mano, contrariada por la cólera, espoleada por la idea de que se perdieran las elecciones, de que Sophus Nielsen saliera derrotado, de que triunfase Kai, su marido, el moderado...

Á poco se calmó y llamó á Thora. Quería tomar aire, cambiar impresiones con sus amigas radicales, tonificar sus nervios con la esperanza. El promontorio de rizos, á impulso de tanto vaivén y tormenta, había sufrido en su solidez y Thora hubo de levantar la torre de nueva planta con el arte de un consumado arquitecto. Y entretanto, horquilla por aquí, pase de peine por allí, informaba á su señora de rastrerías domésticas verdaderamente insoportables: que la ropa así, que la tienda asá, que si la costurera, que si la

planchadora... ¿Qué disponía la señora? ¿qué se encargaba para el domingo? ¿qué se hacía con el traje tal y con la blusa cual?

La imaginación de fru Jenny, de excursión por las elevadas crestas de la política, por los desfiladeros donde radicales y moderados se aprestaban á la pelea, no podía abajarse á semejantes minucias.

— No sé, Thora, no me preguntes. Haz lo que te dé la gana.

Y la gorda Dagmar, la cocinera, desde la puerta se atrevía á echar su memorial. Necesitaba esto, hacia falta lo otro, ¿qué se resolvía sobre aquello, en qué quedaba lo demás? ¿sería tan bondadosa la señora? ¿se serviría la señora? Paraba tan poco en casa la señora, que no había más remedio que molestarla de vez en cuando para recibir sus órdenes...

Fru Jenny, cargadísima, contestaba:

— No sé, Dagmar, no me pregunte usted nada. Haga usted lo que quiera.

Colocado el sombrerón sobre el promontorio y refrescado el rostro con la punta del pañuelo humedecida, cogió su bastón de afilada garrocha de plata y de la preciosa pitillera que colgaba de su muñeca derecha sacó un cigarrillo de dorada embocadura, que encendió.

Todavía en el pasillo la esperaba Henri, el criado. Si la señora se dignase... Porque era indispensable que la señora dijese...

Y como á Thora y á Dagmar, fru Jenny contestó que ella no tenía nada que decir. ¡Al diablo la casa! con Thora, con Dagmar, con Henri y con herr Jorgensen. Mayores preocupaciones la solicitaban, más altas, más importantes ¡vaya!

IV

Fru Jenny toma el té y zurce la política

El aire callejero acabó de refrescarla, la sangre y las ideas, tónico para ella, á fuer de buena danesa, superior á cuantos la farmacopea ha inventado y todo fué llegar al *Metz Tea Room*, su mentidero de las tardes, y recobrar por ensalmo la entereza y la alegría.

Tocaba la orquesta endiabladamente aquello de *Men Jeannette, hvad betyder nu dog dette...* que la bella Hansen gargariza con tanta sal, y en la misma escalera atrapó fru Jenny el estribillo y canturreando entró en el salón y

se dirigió á su mesa de costumbre, que era la de la esquina de Ostergade, delante de la ventana. Allí la esperaban sus tertulianas y amigas políticas, fru Vibeke Jensen, froken Agnete Madsen y enkefrue Rasmussen, ésta, la viuda, con su indispensable copa de whisky, las otras dos, más sobrias, con el té servido y emparedados de jamón y de queso; las tres, la casada, la viuda y la soltera, muy atildadas y de muy buen muestrario, sobre todo la viuda, que era la más joven y guapa de todas.

Saludó á fru Jenny el trío femenino con rebullicio de faldas y de risas y fru Jenny se sentó entre ellas sin dejar de tararear el aire de *Jeannette*. ¿Qué tal? ¿qué noticias había?

Y fru Vibeke dijo que excelentes; froken Agnete que óptimas y enkefrue Rasmussen, la soberbia Magna de nombre (digna de llevarlo, en verdad) sorbiendo un traguito de whisky, anunció que las más favorables que pudieran desearse, porque el entusiasmo era grandísimo y los moderados, según todas las apariencias, iban á llevarse una buena solfa.

— Para que su gusto por los uniformes, los títulos y los relumbrones les sea leve — dijo Agnete.

— Y no crean que con leyes militares se defiende á un país — añadió fru Vibeke.

— Y que al Landsting no hay que volverlo del revés y desencartonarlo de sus privilegios rancios — indicó Magna.

— Pues mi pazguato de Kai está tan convencido que son ellos los que ganan, que me ha hecho tomar un berrenchín antes de salir — intercaló fru Jenny, disponiéndose á servirse el té que la camarera le presentaba.

Las tres damas protestaron. ¿Qué sabía Kai Jorgensen? Ilusiones de partidista ó bromitas de pasatiempo. Fru Vibeke agregó que, felizmente, herr Jensen, su marido, era de su mismo pensar y más radical que Zahle; pero, de ser moderado, ella no lo sufriría, porque entre marido y mujer si se mezcla el amor ajeno, malo, y si es la política la que mete la pata, peor.

— Acabaríamos por tirarnos los trastos á la cabeza.

— Precisamente á eso hemos llegado — dijo fru Jenny; — pero soy yo quien se los tira y él quien los aguanta en silencio, que no en balde es moderado.

— Nada, hija, que ni en eso estáis conformes — apuntó Agnete riendo.

Había otras damas en las mesillas próximas y caballeros muy seriotes, que se distraían con el humear de sus cigarros y la procesión callejera de Ostergade. Al son de la orquesta

entraban y salían más damas y más caballeros; las damas en mayoría, por supuesto; tanto, que los había que se marchaban ante la invasión femenina, galantemente. Uno, desde la puerta, hombretón de mucha presencia, de bigote recortado, miraba dónde embutirse y hacia la mesa de fru Jenny iban sus ojos antes que sus deseos.

— Es Sophus — dijo Magna; — ¿lo invito? Acérquese usted, Sophus.

Y el hombretón, defiriendo al convite halagador, vino á sentarse entre fru Jenny y Magna, frente á Agnete y fru Jensen.

Suspiró fru Jenny; puso los ojos en blanco Magna; Agnete apartó su silla de dos estudiantas revoltosas que, á su espalda, las gorrillas en la nuca y los pelos en maraña, subrayaban con su canturia los compases de *Jeannette*, y preguntó á Sophus:

— ¿Qué tal, Sophus, ganaremos ó no?

— Ganaremos todo — contestó Sophus Nielsen, inclinándose ante la copa de whisky que le ofrecía la viuda: — las elecciones y la gloria; con vuestro concurso ¿quién lo duda?

V

El día de gloria

Fué el 20 de mayo. Desde la víspera, ¿qué digo la víspera? desde dos ó tres días antes, los nervios de fru Jenny estaban como las cuerdas de un violín y con alternativas de gritos y de lágrimas, de pataletas y soponcios, enc[illegible]da la cara como un bol de ponche, lo pasó en descargas de fusilería contra Thora, contra Dagmar, contra Henri; y si herr Jorgensen se libró de los tiros, débese á que el buen señor andaba de la ceca á la meca ocupado en organizar sus guerrillas electoreras y á saludable distancia de su mujer. Y el 20, muy de mañana, con fru Vibeke, con Magna y con Sophus, en automóvil descubierto, se lanzó á recorrer la ciudad, vibrante de animación y de ruido, bajo un sol risueño que la envolvía en un manto de oro.

¡Que día! ¡tan entretenido, de impresiones tan variadas y profundas! De distrito en dis-

trito, calculando por la afluencia, por el entusiasmo, las probabilidades del revés ó del triunfo, sentíase fru Jenny alicaída ó entonada, y en los ojos de Sophus, en el apretón de manos de fru Vibeke ó de Magna, buscaba la sanción, el apoyo de su propio pensamiento. ¿Verdad que vencerían? ¿verdad? Y temblaba ante la idea de que pudieran no vencer y de que, si no vencían, su casa, la ciudad y el reino entero se hundirían con fragor de cataclismo.

Bajo la enramada que flanqueaban dos altos mástiles con flotantes banderas rojas cruzadas de blanco, depositaron su voto, ante el presidente de su distrito, que era el de Frederiksgade. No se acerca el neófito á la mesa eucarística con más respeto y devoción que se aproximó fru Jenny á la urna, convencida de lo trascendental del augusto derecho que ejercía. Para esta ceremonia se había puesto sus galas mejores y bajado el descote dos dedos más allá de la línea inflexible por la honestidad marcada. La hermosa Magna, muy alegre, y fru Jensen, con desenvoltura igual, entregaron su papeleta, lamentando que el milagro de los peces no fuera legalmente aplicable á casos tales.

Allí les ocurrió un lance inesperado. Diéronse de narices fru Jenny con herr Jorgensen

y Magna con su padre, un viejo general de los moderados.

— ¡Ah, picarona — dijo el viejo, — votas contra mí!

— ¡Que aproveche! — dijo herr Jorgensen con aquella su risita desconcertante.

Magna abrazó á su padre y le anunció que iba á darle el más grande revolcón político de su vida. Fru Jenny se prendió del brazo de Sophus y sin dignarse contestar á la provocación del marido, se encaminó al automóvil seguida de Magna y de fru Vibeke. Y gracias que se contuvo, gracias que no estropeó acto tan solemne con un estallido de los suyos. Porque ¿no observaron que la risita de Kai era de guasa, así como anticipado comentario de la derrota radical?

Fru Vibeke, esponjándose en su manteleta de seda, que no cambiaba sino por la de lana en invierno, aseguró que, en todo caso, había que esperar el final de la jornada para reirse con ganas. Y Sophus Nielsen, con su autoridad de candidato, añadió amablemente:

— Con amazonas como éstas ¿quién piensa en derrotas?

Luego, en el café, encerrados los cuatro en el bosquecillo de laureles á orillas de la acera, discretamente ocultos, discutieron, comieron, bebieron á tutiplén, Sophus, el venturoso,

entre Magna y fru Jenny, tropezando en los ojos de la una ó en las manos de la otra, mientras fru Vibeke se adormecía pitillo tras pitillo.

¡Qué día! Día de gloria y de emociones.

VI

En la pista

Por la noche, herr Jorgensen convidó al teatro á su mujer. No se habían visto en todo el día, después del encontronazo ante las urnas, y á fru Jenny le pareció de buen agüero el convite, como si el marido, husmeando la derrota, se preparara á acogerse á su indulto, contrito y desengañado. Le pareció también que la sonrisa de su adversario, descubriendo la blancura de sus dientes postizos, no acusaba la insolencia provocadora de la mañana, antes al contrario, cierta tristeza resignada de vencimiento. Se sintió generosa y acordó ir con él al teatro.

— Sí, Kai, vamos ¿Quieres al Circo? Pues, al Circo.

No se hizo la menor alusión á los sucesos políticos, y como dos novios, muy juntitos, se colocaron en dos asientos de palco, distrayéndose con las payasadas y las viejas novedades del alambre, del aro y del trapecio, los caballitos y demás entretenimientos que mantienen en dulce pereza al espíritu. Fru Jenny se reía, aplaudía infantilmente ;

— Mira, Kai; ¡qué bien! ¿Te acuerdas que esto mismo lo dieron el día aquel de nuestro conocimiento? Sin embargo, me sabe á nuevo y me divierte todavía.

Descubrió enfrente á Sophus con enkefrue Rasmussen y los saludó alegremente con la mano. ¿Qué tendría Magna? ¿Por qué el amable Nielsen esbozó aquella inclinación de desaliento? Ambos mostraban en la mano un librillo de apuntes y un lápiz. Los mismos adminículos vió en las manos de su marido y de varios vecinos y de muchos espectadores. Al mismo tiempo se oyó gran clamor, cesaron las volteretas, calló la música y avanzó al centro de la pista un caballero seco y largo, de frac y blanca corbata, portador de un mensaje telegráfico que leyó desgañitándose... Radicales, tantos; moderados, tantos; socialistas, reformistas, representados por nombres propios, á los que el concurso saludaba con una ovación de aplausos y silbidos.

En medio de la confusión, cada cual apuntaba en su librillo y de palco á palco, de los palcos á las butacas, de las butacas á las gradas corría un estremecimiento de emoción y de curiosidad. Ni los payasos ni los acróbatas merecían ya una mirada de atención : todos los ojos, todo los oídos se tendían hacia el caballero seco y largo, de frac y blanca corbata que, en medio de la pista, arrojaba nombres y números, cómputo adelantado de las elecciones, con su voz de clarín. Y entre los aplausos y los silbidos, entre el júbilo de los unos y la rabia de los otros, fru Jenny, inquieta ante el tumulto que despertaba la aparición sucesiva del mensajero, miraba, interrogaba en silencio á su marido y á Sophus y á Magna.

Herr Jorgensen seguía apuntando, tranquilamente. Sophus y Magna también, y de lejos, con los hombros, con la cabeza, la hacían gestos expresivos. Fru Jenny no pudo atender ya al espectáculo, á otro espectáculo que á aquel y se movía en su asiento, pronta la maquinaria de sus nervios á dispararse.

Al fin se disparó con esta pregunta, que apenas se oyó entre la tempestad levantada de nuevo por el negro heraldo de la corbata blanca:

— Bueno, Kai, ¿quieres decirme lo que hay?

— Hay, Jenny — contestó el moderado herr Jorgensen sonriendo dulcemente — que llevamos nosotros tanta ventaja, que deben darse los radicales por derrotados y Zahle por muerto.

VII

Belona, tienes nombre de mujer

La vuelta á casa fué desastrosa. En el pasillo de los palcos, fru Jenny atropelló y pisoteó á cuantos la estorbaban la salida, y en la puerta se precipitó sobre Sophus y Magna, cogiéndolos por los brazos como si quisiera pegarles.

— ¿Es cierto, Sophus? ¿es cierto?

— Aún faltan noticias del cuarto distrito y del noveno — dijo Nielsen, presentándola un cabo de esperanza.

— ¡Quién sabe! — suspiró la viuda. — Esperemos.

Dudó fru Jenny si se iría con ellos, para aclarar más lo sucedido ante la mesa del café; pero se sentía tan dolorosamente sacudida

por la corriente belicosa, que sólo la compañía de un adversario podía contentarla. Herr Jorgensen la esperaba en la acera y con su galantería de costumbre la invitó á entrar en el automóvil... ¡Compañía mejor, adversario más indicado en momento semejante!

— Kai, no seas grosero, ten cuidado, no empujes, Kai, que me arrugas el vestido, que me descompones el peinado. ¡Eres muy grosero, Kai!

Se sentó casi encima de él, lo ahogó con su peso formidable, lo ensordeció con sus gritos en toda la carrera del auto hasta Bredgade y le llamó grosero cien veces y hasta estúpido, y cuando el buen señor dejaba escapar un ¡ay! de sofocación, ella chillaba :

— ¿Qué dices, Kai? ¡Un nuevo insulto, un nuevo reto! eres cobarde, Kai, y el prevalecerte de mi debilidad de mujer, de mi calma, de que yo me contengo, no te hace á ti ningún favor.

La escalera de su casa la subió á tropezones, y sobre Henri, sobre Thora, sobre Dagmar arrojó las piedras de su malhumor, que lo mismo se desataba sobre lo grande que sobre lo pequeño, pues ante la propia majestad de Christian IV luego, en el despacho, renovó su palabreo irritado y de subidos tonos.

— ¿Qué dices, Kai? Di todo todo lo que tu falta de cortesía te sugiera.

Y herr Jorgensen se callaba, sonriendo beatamente. Ó decía, intercalando su observación entre dos parlamentos explosivos de su mujer :

— ¡ Jenny ! Que te arrugas el vestido. ¡Que te descompones el peinado, Jenny !

Fru Jenny, en lamentable estado de excitación, ladeado el sombrero, deshecho el promontorio de rizos, de los cuales alguno arrastraba por la alfombra, como pétalo de flor castigada por la borrasca, se prendía con todas las fuerzas de su argumentación al cabo de Sophus, con el que le daba en la cara á su adversario doméstico :

— Aun faltan datos del cuarto distrito y del noveno. Es muy posible que cuando lleguen, mañana mismo, cambien las cosas y verás, Kai, verás qué tal te sienta la derrota. Faltando esos datos, no estando terminada la batalla, ¿á qué vienen esos aires de vencedor que tomas, ese aspecto insolente del que cree ganada la partida? ¡ Pues no es nada : dos distritos cuyo voto pesa tanto en la balanza, sin terciar todavía ! ¡ Kai, convéncete : Zahle no caerá y triunfaremos nosotros, los radicales !

— ¡ Zahle caerá ! — dijo herr Jorgensen con suave tonillo burlón,— y no saldrá elegido

Sophus Nielsen. Vete, Jenny, á descansar y espera, dormida ó sentada, esos votos, que servirán para desengañarte, porque también en el cuarto y en el noveno distrito triunfaremos nosotros. Buenas noches, Jenny.

— No triunfaréis y no caerá Zahle — gritó la dama. — Kai, Kai, no me obligues á decir lo que no quisiera decir...

Y, saltando bruscamente sobre el marido, zarandeándolo como un pelele, contra la pared le clavó la estocada final :

— Si triunfáis vosotros, si cae Zahle... ¡ me divorcio ! ¡ Entiendes, Kai, me divorcio !

VIII

La discordia es mal huésped

Triunfaron los moderados. ¡ Estaba escrito que triunfaran ! Y cayó Zahle. ¡ Estaba escrito que cayera ! Y Sophus Nielsen se quedó sin el acta y herr Jorgensen sonrió más dulcemente que nunca y fru Jenny puso el grito en el cielo y perdió todos sus rizos.

Estaba escrito también que la discordia entrara en la casa, como consecuencia del pleito político entre marido y mujer, y entró de modo que todo andaba de cabeza y ni herr Jorgensen, ni Henri, ni Thora, ni Dagmar sabían dónde tenían la suya. En cuanto á fru Jenny, es cosa averiguada que jamás llegó á saberlo. Hasta el reloj perdió la norma de su péndulo y sonaba á tontas y á locas, y el curso regular del día y de la noche se alteró profundamente, pues á lo mejor se comía de noche y se dormía de día. La vigilia se dedicaba á escaramuzas, cuando no á batallas campales; el sueño á pelear con fantasmas. Todo era allí guerra sin cuartel, guerra doméstica con su cortejo de fieros males.

Y todo venía á estrellarse, como ola furiosa contra la roca impasible, en la dulce sonrisa de herr Jorgensen. Pero así como la tensión violenta de una cuerda hace que salte sola, de nò aflojarse, los nervios de fru Jenny se relajaban de tanto vibrar y de seguir así estallarían cualquier día. Pensó, en un momento lúcido, que había que poner por obra la amenaza de que fué testigo Christian IV y que para aquella situación no había más remedio que el divorcio. Recurriría de nuevo al amparador de doncellas burladas, al desfacedor de entuertos conyugales, al Overpresident.

Gran conocido de fru Jenny era el Overpresident. Ya lo creo. Él fué quien la protegió de las demasías de Sophus Nielsen, su anterior marido, que pretendía tener razón en todas las cuestiones. Él la protegería ahora de la impertinente sonrisita de herr Jorgensen. Y otra vez libre, acaso reconquistaría el amor de Sophus, que el amor primero es el que vale; acaso lo reconquistaría á pesar de Magna, cuyas asiduidades cerca del simpático vencido comenzaban á molestarla. Terminada la campaña política, emprender una amorosa no vendría mal á su naturaleza batalladora. En último caso, se refugiaría en su castillo de Kolding, al lado de su madre y de su hermana, llevaría á aquella pacífica residencia la vida de su humor levantisco.

Para pensar estas cosas fru Jenny y madurar estos proyectos, necesitaba, por lo menos, unos minutos de reposo, minutos que aprovechaban los de la casa para respirar y el mismo reloj para mover su péndulo con desahogo. Todo parecía volver á su quicio y el silencio era regalo á los oídos y bálsamo soberano. Pero duraba tan poco como un rayo de sol en medio de una tormenta.

Y un día, precisamente aquel en que consagraban su triunfo los moderados subiendo al poder y dando los primeros escobazos á los

decretos radicales, fru Jenny anunció á su marido que estaba dispuesta á divorciarse. Anuncio acompañado de furiosas centellas, no conmovió á herr Jorgensen, y eso que en toda la casa repercutió el eco guerrero y hasta el mismo Christian IV tembló dentro de su marco.

Kai Jorgensen se inclinó delante de su mujer y dijo tranquilamente :

— Como quieras, Jenny. Hágase tu voluntad.

Y resuelto el punto por ambas partes, un armisticio trajo á la casa la paz de que tan necesitada estaba. Henri, Thora y Dagmar respiraron. El reloj movió su péndulo con desembarazo y el curso del día y de la noche quedó asegurado... por una semana y gracias.

IX

Lo que el loco no sabe en su casa, no puede el cuerdo en la ajena.

Era el *Overpresident* un personaje de afeitadas mejillas, prominente labio artillado de

cañones, en los que la navaja se mellaba, ojos vivísimos enterrados bajo la maleza de sus cejas, alto y derecho como una torre, y tenía una voz muy grata é insinuante, propia de su papel de conciliador, de buen juez encargado de la misión providencial de atar y desatar voluntades, corregir yerros, evitar peligros y salvar conflictos caseros.

Cuando fru Jenny y herr Jorgensen, por los graves motivos apuntados, recurrieron á su autoridad, esperaban en la antesala del magistrado una media docena de doncellas más ó menos averiadas con los respectivos culpables y una docena de matrimonios más ó menos desavenidos; muchedumbre quejosa y doliente, testimonio cierto de que lo mismo el amor libre que el esclavo son manjares indigestos y nocivos.

Cada cual esperaba su turno y ocurría que con el plantón y la compañía forzada se exacerbaban los agravios mutuos y había pareja de aquellas que, sin respetar el augusto templo de la ley ó llámese sacristía en este caso, se increpaba y discutía y alzaba la voz de su discordia ante el concurso, y antes que el juez, tenía que poner paz un vecino con razones ó un lacayo con amenazas. Los Jorgensen se mezclaron al cotarro muy dignamente y en las dos mortales horas de espe-

ra ni cambiaron palabra ni miraron en derredor; los dos adversarios más serios y tranquilos, los dos tan juntos cual si nada les separara, mi buen señor Kai sin perder su aspecto de bondadoso moderado, fru Jenny sin el menor alarde de sus radicales instintos.

Y cuando pasaron á la respetable presencia del *Overpresident*, ambos tuvieron, el uno para el otro, conceptos muy discretos, como si las piedras que la situación les obligaba á disparar las envolvieran en algodón.

— ¡La política! — exclamó el magistrado. — ¡Pero si la política no puede nunca ser motivo de desunión entre marido y mujer! Al contrario, conviene que la mujer y el marido piensen de distinta manera: primero, porque el contraste es atracción; segundo, porque del contraste resulta que siempre estaréis ó el uno ó el otro en el poder y seréis gobernantes perpetuos, que es á lo que tiran todos los políticos.

— Sí, señor — contestó fru Jenny; — pero sucede que cuando es á mi marido á quien toca subir, yo no lo sufro en paz porque se convierte en tirano. Y como creo que soy yo la que debe mandar siempre y mi radicalismo no admite competencia, prefiero poner casa aparte.

— Idos y reflexionad, y á ver si para la se-

gunda citación estáis de acuerdo en que no debéis desuniros, ya que todos los políticos son lobos de una misma camada — insistió con afable sonrisa el afeitado señor, al que no faltaba más que la gorguera y la hopalanda para ser un pastor, que la unción evangélica la había de sobra.

Marcháronse marido y mujer, y en la segunda citación ocurrió lo mismo y en la tercera algo más, ciertos síntomas de que fru Jenny iba á salirse de la estudiada reserva y compostura en que se mantenía con trabajo.

— Bueno — dijo esta vez el *Overpresident*, — ya que así lo queréis, cúmplase vuestra voluntad y la ley.

Y á los pocos días echó una rúbrica que no era más que el mandoble con que cortaba el nudo conyugal de herr Jorgensen y fru Jenny, quedando ambos sin el peso del yugo, que por el mismo sendero de la vida les forzaba á caminar.

X

Bueno es lo que bien acaba.

Un año después. En la Languelinie. Mañana fría. Decoración de invierno. Los árboles, pelados, negros, esqueléticos. El cielo, plomizo. El suelo con una costra de escarcha endurecida, que refleja la escasa luz con cambiantes de diamante. En el Sund, charco de tinta, se mecen las pardas gaviotas y como monstruo que dormita se esfuman los palos y la chimenea de algún barco. Los cuervos, en bandadas, graznan lúgubremente.

Por los senderos del paseo solitario pasan un hombre y una mujer, un caballero y una dama; ella para arriba, él hacía abajo; se cruzan, se saludan, se sonríen, se alejan. Ella lleva un sombrerón de piel sobre un promontorio de rizos; en los labios de él blanquea la porcelana de sus dientes artificiales. Al rato es ella la que va hacia abajo y él quien sube. Vuelven á encontrarse, á saludarse y á sonreirse. Y siguen su camino, lentamente. De

vez en cuando la dama mira á su espalda y el caballero también, y sus ojos, sorprendidos, repiten el saludito amistoso de simpatía, de atracción mutua.

Según los síntomas, parece que la dama y el caballero no es la primera vez que se encuentran. En la calle, en algun salón y en el teatro se han saludado ya así y han cambiado sonrisas, pero sin hablarse. Quieren decirse muchas cosas, sin duda, pero no se atreven, no se deciden á decírselas. Esta vez, la soledad los empuja el uno hacia el otro y á la tercera vuelta la dama se para y aborda resueltamente al caballero.

— Kai, buenos días.

— Muy buenos, Jenny.

Se dan ambos la mano y no se sueltan, se la estrechan con fuerza y se miran, entretanto, curiosamente, ansiosamente. Antes que las lenguas se deslíen, el acicate del frío les obliga á caminar muy juntos, charlan, se dicen, poco á poco, todas las cosas que querían decirse.

— No, Kai — suspiró fru Jenny, — no soy feliz; te extraño, echo de menos tu compañía. Ahora que la política está en calma y mis nervios también, paso momentos más tristes que cuando tu moderación y mi radicalismo andaban de zarpa á la greña. ¡Qué año, Kai, más aburrido, más desesperado! ¡Y qué re-

mordimiento el mío de haber provocado nuestra separación!

—¿Y Sophus? —preguntó maliciosamente herr Jorgensen.

—¿No lo sabes? Sophus se casó con Magna. Hace seis meses. ¿Quién piensa en Sophus?

—Pues, mira, Jenny, créeme que no he pasado yo mejor el año que tú. El silencio de mi casa, aquella paz de sepulcro me mata. Me había acostumbrado á tus gritos, á tus accesos guerreros, y tu voz era para mí así como el alerta que despabila al que duerme. La vida es un guiso que no vale si no se sirve en su propia salsa y á gusto del paladar. Á unos les agrada dulzona, á otros sosa, salada á otros y á otros picante. El echar pimienta en la del que pide sal y sal en la del que la aborrece es estropear un plato que pudo ser bueno con mayor acierto. ¡Tú eres la pimienta de mi vida, Jenny! ¡Jenny furiosa, Jenny colérica y terrible!

—Si es así —dijo la dama, —¿quieres, Kai, que vuelva yo á animar tu casa? De mi radicalismo no queda rastro y se me importa tanto de Zahle y de las leyes militares como del Gran Turco.

—¡Es que yo quiero que te importe, Jenny! —dijo herr Jorgensen—porque si no dejarás

de ser la pimienta que á mí me hace falta, el látigo que castigue mi moderación...

La dama y el caballero caminaban, entretanto, y se decían todas las cosas que hacía ya tiempo que deseaban decirse. La mañana era fría, muy fría. Solitaria, la Languelinie se extendía en su angustiosa estrechez hasta perderse entre la bruma. . . . .

. . . .

Herr Jorgensen y fru Jenny volvieron á casarse.

Lo que no se sabe es si volverán á presentarse ante el *Overpresident*.

Digan lo que quieran los nigromantes, el porvenir es insondable.

TIL LEJE

(*Se alquila*)

Aquí es

Miró la linda joven el papel que traía en la mano y luego al portal que tenía delante... Era una linda joven, en efecto: rubia, de blancura de lirio, con un gorrito de piel graciosamente embutido hasta las cejas y vestidillo obscuro de viaje; de andar vivaz, como si sus pies estuvieran hechos á hollar los aires ó como deben de andar los ángeles sobre las nubes. Además del papel traía en la mano una valija, y como ocurriría á una mariposa á la que pusieran una piedrecilla sobre el ala, aunque pequeña la valija y de fácil porte, le pesaba lo bastante para molestarla.

El papel decía : — Enkefrue Sorensen. Gothersgade... Y la memoria de la joven le repetía las señas y señales que le había dado su tía de Aarhus, al despedirla :

— Es en la Gothersgade, cerca de Kongens Nytorv, conforme se sube á la mano derecha. Un portal grande. La casa tiene en los sótanos una cacharrería y en el entresuelo un sastre y una tienda de flores. Preguntas en el segundo piso, en uno de cuyos cristales verás el letrero *Til leje*, por la pensión de la viuda de Sorensen. Allí estarás muy bien. El teatro queda cerca, en la misma plaza y la viuda de Sorensen es la mujer más cabal de Copenhague.

Á la mano derecha... Un portal grande... Sastre... Tienda de flores... En el segundo piso, pegado á un cristal, hay un cartel de alquiler... Aquí debe ser. Justo. Aquí es. En el marco, sobre la pared, se anuncia en letras negras : Enkefrue Sorensen. Pensión. 2.° sal. Gracias á Dios, que con el viaje y la valija y lo desapacible de la mañanita estaba más cansada...

Por una escalera muy negra subió la joven á las alturas y llamó en una puerta baja, tirando de una manija de latón amarillo que relucía como el oro. Á poco de tirar se abrió por sí sola la puerta y la viajera se encontró en una antesala sombría, desnuda de muebles

y cuyos baldosines una mujer de gran corpulencia fregaba en el propio momento, echada de bruces, con un cubo y un rodillo de bayeta. Como de ella no se percibía más que la silueta de una popa monumental, dudó la joven si avanzar ó esperar que la preguntasen.

— ¿Quién? — dijo una voz subterránea, saliendo de debajo de aquella mole.

— ¿Es aquí la pensión de la viuda de Sorensen? — contestó tímidamente la viajera. — Vengo aquí recomendada por mi tía de Aarhus, fru Aagot. Yo soy froken Ebba.

— ¡Ah! ¡fru Aagot! ¡ah la señorita Ebba! — exclamó la voz subterránea.

Y aquella masa negra, que yacía en el suelo, se puso en alborotado movimiento, y la señorita Ebba vió erguirse ante ella á una mujerona de redonda cara, como de luna llena, que se secaba las manos en el delantal con trazas de querer abrazarla.

— Si usted tuviera la bondad de avisar á enkefrue Sorensen — indicó retrocediendo un poco.

Pero ¡si enkefrue Sorensen soy yo! — declaró alegremente la gorda fregona. — Me tomas por la criada, ¿verdad? ¡Claro, si me sorprendes fregando los suelos!... Sin embargo, soy el ama, hija mía; sólo que, aquí, en Copenhague, en este país apestado de socialismo, los amos son los criados y son tantos los privilegios

que ellos se toman, que más vale ser criado, y la de criado, de todas las profesiones, es la más descansada, la más provechosa y, hay que decirlo, la más aristocrática. El mundo al revés y, si no, aquí me tienes á mí, viuda de banquero é hija de conde (aunque venida bastante á menos, por mi desgracia) y haciendo las veces de Anna, á la que toca hoy salir, y los guisos de Petrea, á la que no toca hoy salir, pero ha salido para que la toquen... Y ¿qué tal fru Aagot, esa excelente amiga mía? Entra, Ebba, pero, entra... Por supuesto que aquí vas á estar como en tu casa y voy yo á cuidarte como á mi propia hija, si la tuviera.

Concluyó de hablar y de secarse la manos la patrona y dió dos besos ruidosos de bienvenida á Ebba, uno sobre cada rosa de sus mejillas.

II

Enkefrue Sorensen pone paño al púlpito

Por un pasillo tan negro como la antesala fueron luego á la habitación que la tenían

dispuesta y estaba sobre la calle, recogidita pero confortante, con tanta luz que cegaba el repentino trasponer de la puerta. Allí se desprendió Ebba de su valija, se sentó en un sillón de caoba de gigantes trazas y suspiró de satisfacción de verse, al fin, instalada en casa de la excelente viuda de Sorensen, á quien tanto estimaba su tía Aagot.

— Siéntate y descansa — dijo la viuda solícita, — y, entretanto, cuéntame cómo se decidió Aagot á dejarte venir... Porque Aagot no quería que te dedicaras al teatro y el oficio ó profesión de bailarina le parecía cosa de mucho riesgo y poca moral.

¿Cómo? Por la fuerza de la razón. Huérfana, sin otros posibles que los que se ganara trabajando, había de trabajar de un modo ú otro. En Aarhus cuanto ensayó no la dió resultado, y como elogiaran siempre su habilidad en el baile y su gracia y ligereza para hacer piruetas, pensó que de estas cualidades podía sacar partido, tomó lecciones y, estimulada y recomendada por personas de influencia, había obtenido una plaza modesta en el *Kongelige Theater*. ¡Nada menos que en el *Kongelige Theater*, cuyo cuerpo coreográfico alcanza tanta fama! La tía Aagot no podía oponerse á que la aceptara. No es la profesión, es la persona la que es honrada ó no.

Y en todas la profesiones se puede serlo ó no serlo.

— ¡Justo! — asintó enkefrue Sorensen. — Tú lo serás tanto, pongo por caso, enseñando y levantando las piernas, como la que hace calceta en su casa, y aun mas, si á mano viene. Pero, en provincias parece que se miran las cosas de otra manera y no me extraña la oposición de Aagot. Mira, Ebba, voy á decirte esto...

La lechosa, la mantecosa viuda adoptó un aire solemne; sus brazos desnudos, de blancura admirable, se cruzaron suavemente el uno sobre el otro, como dos corderos que buscan tibio arrimo, y su rubio copete, entretejido de plateadas canas, irguióse con la altanería de quien estuvo acostumbrado á llevar corona.

— Mira, Ebba... El que tú te ganes la vida con los pies, ni quita ni pone á tu reputación, ni aumenta, ni disminuye el aprecio que puedas merecer. Bailarinas conozco yo que á señoras no les da raya la más señorona del mundo. Yo me la gano con los brazos y me considero tan alto como cuando en nuestro castillo de la Jutlandia recibía en corte con mis padres y mis hermanas ó al lado de mi marido hacía los honores de mis salones en Copenhague... Todo aquello pasó, vino la miseria y con los restos de mi ruina puse

esta pensión, que sostengo yo sola. Y vivo y nada pido á nadie, sino salud á Dios y ayuda á la suerte. Baila, hija, baila, que más divertido es bailar que fregar suelos. Tal vez bailando, á la luz de las candilejas, entre batimanes y punteados, tejas tu destino (que te lo deseo tan brillante como lo anuncia tu belleza) y te salga un señorón ó un príncipe que se case contigo. Hoy está de moda el buscar esposa en los teatros, y del teatro han salido para ceñir corona de rica ó de noble muchas más que del convento. Á bailar, pues, y ande la ronda. En el *Kongelige* conozco á las mamás de dos figurantas. Te recomendaré á ellas. Y escribiré á Aagot que esté tranquila y te deje bailar todo lo que quieras... Voy á prepararte una sopita de cerveza, que te sentirás desfallecida. ¿Ó la deseas de avena? ¡Ah! una advertencia : cuando necesites algo, no llames á Anna, ni á Petrea : llámame á mí con dos golpecitos en el tabique. Ya lo sabes : Anna por la mañana y Petrea por la tarde tienen que salir á tomar aire, y también Petrea por la mañana y Anna por la tarde. También por la noche. El aire es muy necesario para nuestros criados, más que para los demás mortales. No las llames, pues, que nunca están en casa. Son criadas nominales y amas efectivas. ¡La criada soy yo, que soy el ama!

III

Una valija de ropa y un mundo de ilusiones

Sola, Ebba procedió á desocupar su valija, y lo primero que sacó, cogiéndola amorosamente por los bracitos, que hacia ella los extendía echada en el fondo, fué su muñeca, Tulle, su compañera de la infancia, su amiga y confidente, de la que no podía separarse, y en aquel su viaje de prueba era compendio y arca de todos sus afectos. La estrechó contra su pecho, besó su ojos de claro cristal, que la miraban con infantil azoramiento y la sentó en el centro del sofá, alisando su faldilla rosada y atusando sus dorados bucles... Luego distribuyó en los cajones de la cómoda su ropa interior, bastante escasa, y colgó de la percha del armario un vestido algo usado y de corte poco moderno; dió al lindo morrito unos chapuzones en el agua fresca de la jofaina y unas pasaditas de peine al cabello, cuyas hebras eran rayos de sol.

Y así como las flores se delatan por su perfume, al abrir la valija, el ramo de ilusiones que con su modestísimo equipo traía Ebba, desparramó sus aromas. Un mundo de ilusiones, que no cabía en la valija, y sin duda por eso la hacía tan pesada. Ebba sonreía, halagada por el conocido tufillo acariciador.

Llegar, triunfar. Ya había llegado. Ahora, triunfar le parecía más fácil que en Aarhus. Enkefrue Sorensen lo había dicho, interpretando casualmente lo que sólo Tulle, su muñeca, conocía de sus confidencias: ¡un príncipe! Ebba venía á buscar un príncipe, estaba segura de encontrar un príncipe. ¿Por qué no? El escenario es escaparate y el teatro bazar. La belleza, la gracia, el arte tienen en las tablas pedestal apropiado. La distancia y la luz son cómplices, el traje, incentivo; celestina la música y todo ocasión y peligro. Una sílfide que danza ante deslumbrador concurso no es la rapaza que ensaya en un camaranchón. Y, sin embargo, es la misma. Cuestión de óptica y de perspectiva.

Idealizada así, no dudaba Ebba encontrar la realidad de su ilusión. Sentía sobre ella asestados muchos anteojos, algunos empuñados por manos principescas. Á su oído susurraban lejanas y dulces melodías. Y los

pies ligeramente marcaban el compás é imprimían á la pierna el inicial movimiento ondulatorio de una pirueta.

¿Verdad, Tulle? ¡Un príncipe! ¿Por qué no? Tulle la miraba, impasible en su expresión petrificada de niña boba. Ella no sabía nada del mundo; sucesos y personas pasaban ante sus ojos de cristal, reflejo instantáneo que nada dejaba en su cabecita hueca ni en su corazón de estopa. ¿Qué la importaba á ella que apareciera el príncipe deseado? Lo mismo que estarse allí en el sofá ó en el fondo de la valija ó en su sillita de mimbre, allá en Aarhus. ¡Dichosa Tulle! ¡Oh, envidiable pasividad! ¡oh, indiferente! ¡oh, insensible criatura!

Con saltitos alegres de pajarillo madrugador, Ebba se acercó al balcón. Decididamente, le gustaba mucho Copenhague. ¡Qué ruido, qué pasar de gentes, de tranvías y de automóviles! ¡Y qué cuarto más bonito el suyo! Iba á estar muy bien allí. En seguida le escribiría á la tía Aagot y almorzaría. Después iría al teatro.

Cogió de nuevo á Tulle en sus brazos, y como si hablara con una persona que acabase de entrar, la presentó con mucho ceremonia:

— Alteza, esta señorita es mi hermana, mi amiga inseparable. La quiero horriblemente. Yo consiento en ser la esposa de Vuestra Alteza; pero con la condición de que no me

separaré de mi Tulle, de que mi preciosa Tulle ha de acompañarme siempre.

Y á pesar de la larga falda, ensayó un batimán, que poco faltó para que diera con Tulle en el suelo.

IV

Ebba se lanza al mar

Fueron los primeros días bastante desabridos para Ebba. En el teatro hubo de sufrir la pobrecilla muchos rozamientos y tropezones, en aquella obscura cueva, polvorienta y destartalada, donde pasaba largas horas estudiando posturas, saltos, cadenas y movimientos de conjunto, bajo la batuta del maestro, un vejete de melena cenicienta. Y gracias que las dos figurantas, conocidas de la Sorensen, Aase y Bodil, dos muchachas feú chas, amarillas de puro anémicas y de piernas de insecto, la protegieron bondadosamente y se prestaron á guiarla en el nuevo y misterioso mundo en que había entrado.

Bodil y Aase lo mostraron por todos lados,

y en su amargura de derrotadas, de feas sin talento ni suerte, no dejaron defecto sin destapar y lo pintaron más negro de lo que era y parecía. Sin embargo (objetaba Ebba), al revés de lo que ocurre en el mundo de fuera, que hay que huir de la luz si se quiere mantener la ilusión, en el teatro es la luz quien hace la ilusión... Bodil y Aase meneaban la cabeza, como dos flores marchitas en la punta de su largo tallo. ¡Mundo vil, mundo envidioso y perverso! ¡Principitos! Sí, sí. ¡Á buen puerto venía la bobalicona de Aarhus á pescar príncipes! Si en los diez años que ellas llevaban de teatro sólo dos de sus compañeras se colocaron ventajosamente, una con un comerciante y otra con un diplomático; las demás, así se les resfriaran las piernas, esperaban todavía su hora y ya la podían esperar en un pie, como las grullas.

Estaba en ensayo entonces, convertido en una pieza bailable y mímica, el bonito cuento de Andersen llamado *Den lille havfrue*... y es la historia de una sirena que, por amor, quiso ser mujer y despreciada del hombre á quien ama (como despreciaría un gallo á una paloma, por ejemplo) retorna á su pristino estado y se arroja al mar; triste historia que demuestra, en fin de cuentas, y sin necesidad de tanta música y meneo plástico, la exac-

titud de aquella natural sentencia, simplísima y verdadera en su misma vulgaridad : cada oveja con su pareja.

Tocaba á Ebba hacer de sirena, de una de las sirenas acompañantes ó doncellas de la sirena principal, la enamorada fantástica y ultra-acuática; á Bodil, de bruja, la que con sus filtros despoja de la cola escamosa á la sirena y la da formas de mujer hecha y derecha y á Aase de brujilla, secretaria ó cosa así de la bruja mayor. En otro cuadro salían las tres de flores y en otro de pescadoras, y es indecible lo que á Ebba preocupaba su cola verde, en la que había de embutir las dos piernas, horrible funda que ocultaría á la admiración los rosados contornos de sus pantorrillas, y cuánto gustaba de los caprichosos trajes que desnudarían su lindo cuerpo y en flor y en pescadora la transformarían entre los esplendores de la escena.

Al fin se consoló pensando que también las mariposas, las libélulas y otros seres delicados pasan de la extrema fealdad á la hermosura suprema y que esta evolución suya de anfibio fabuloso á flor maravillosa y de flor á mujer no haría sino realzar su gracia y aprisionar las miradas, especialmente aquellas que su hado la tenía prometidas. Y la noche del estreno, así que el vejete de la cenicienta

melena levantó la batuta, Ebba, vestida de medio cuerpo abajo con verdes escamas, se echó al mar de cabeza, tan contenta como si en su fondo estuviera segura de hallar la perla de su destino.

V

Á la primera pirueta, zurrapa

Sirena blanca y rubia, de verde cola, flor con alas, pescadorcita alegre, pasó tres noches sin que en el mar, en el jardín ó en la playa encontrara nada, ni una brizna siquiera de su dorada ilusión. Bailaba, sin embargo, con más ardor, voltejeaba en el aire como si el aire la llevase, mecida voluptuosamente en brazos del caballero imaginario, del príncipe de su fantasía. Á veces creíalo distinguir en aquel palco de la izquierda detrás de dos gemelos inmóviles, negros cual dos bocas de cañón, por las que la disparaba mensajes amorosos y efluvios apasionados; ó ya en la primera fila de butacas, con la coraza blanca de su pechera, en la que un hermoso dia-

mante fulguraba. Ó también en los pasillos, cuando despojada de sus galas y encapuchonada como una colegiala se retiraba á casita, entre los grupos de curiosos.

Bodil, la bruja, la ofrecía burlonamente sus sortilegios para hacer que apareciera ó para metamorfosear al más cerril de sus compañeros y Aase afirmaba muy seria que no había menester de brujerías, pues sabía por el soplo de cierta maga, su colega, que el príncipe se estaba empollando y día más día menos saldría del cascarón.

Cada noche volvía del teatro Ebba, no más tarde que las once, siempre sola y de prisa, y en su rápido cruzar por Kongens Nytorv, á pesar de que no hubiera peligro de que la asaltara ningún lobo, su capuchón giraba á un lado y á otro como el casco de un policía que persigue una pista... Tenía su llavín, con el que abría el portalón de abajo; daba luz á la escalera apretando el botón eléctrico y arriba con otro llavín franqueaba la entrada de la pensión. No llamaba á nadie. En su cuarto estaba Tulle, sentada en el sofá, los ojos de cristal fijos en la mesilla próxima, donde la bandeja de *tartines* esperaba á Ebba, y cual si se dispusiera á tomar parte en el banquete, impaciente y golosa.

Ebba la cogía, la zarandeaba y abrazaba,

como á niña de verdad, y mientras, con más prisa que apetito, mordía las tajadicas morenas enmantecadas y cubiertas cuál de rosada loncha de jamón, cuál de salmón ahumado, de lengua escarlata ó de anguila ó de sardina, fingía darle á ella á probar, la ofrecía del vasito de cerveza y la contaba sus secretos, cosas del corazón, aun sin el soñado inquilino que esperaba, cosas del teatro, de las brujas, de las flores y de las pescadoras, que bailaban al compás de la batuta del vejete de la melena cenicienta.

Tulle abría tamaño ojo oyéndola y viéndola comer tan ricos manjares y en sus brazos se dormía, dejando caer de golpe los párpados, como batiente de puerta que se cierra. Y Ebba, cansada, se dormía también, después de acostar á Tulle blandamente en el sofá, y soñaba con mancebos rubios, con monstruos marinos, con brujas y hasta con Petrea y con Anna, las invisibles fámulas de enkefrue Sorensen.

Pues, una noche, al tornar del teatro, junto á la bandeja de *tartines*, vió, imaginó que veía, y restregándose los ojos cien veces vió, en efecto, una caja y un ramo : la caja, de preciosa tapa, con fino cromo de vivos colores y un lazo de seda roja ; el ramo, de claveles, rojos también, y lilas blancas, presente

primaveral que en noche tan cruel, de diciembre, era sonrisa de esperanza. Abrió, temblando, la caja y saboreó uno de sus bombones de exquisito chocolate; aspiró el aroma de las flores, como á tragos bebería un líquido embriagador.

No había tarjeta que declarara el nombre del obsequiante misterioso. Ni Tulle, porque no hablaba, ni Petrea, ni Anna, porque andarían tomando el aire, podían darle noticias...

Ebba dió dos golpecitos en el tabique, rápidos.

VI

¿Quién será?

Muy risueña, la ilustre fregona se presentó en la habitación.

— Ya sé, ya sé... — dijo desde la puerta, enarbolando sus brazos carnosos, siempre desnudos, orgullosa de mostrarlos, tan blancos, tan redondos y bien torneados.

— ¡Ah! enkefrue Sorensen — disparó Ebba abalanzándose á ella. — ¡Usted lo sabe!

Dígame, dígame quién ha mandado esto, quién ha traído esto.

— Como saber — contestó enkefrue Sorensen — yo no sé nada... Sabía, sí, que ibas á llamarme para preguntarme lo que me preguntas. ¿Que quién lo ha mandado? No sé una palabra. ¿Que quién lo ha traído? Un mandadero de estos de botones, y no dijo mas: Para froken Ebba, la del *Kongelige Theater*. Tú debes saber más que yo.

— Pero, enkefrue Sorensen, ¡si yo no sé nada tampoco!

— ¿Cómo es eso? ¿hipocritilla y todo? Acaso tu príncipe, antes de dar este avance, no se habrá insinuado de algun modo para que tú llegaras á colegir, sin necesidad de romperte los cascos, quién era el del obsequio y saltaras en seguida: ¡es el del palco de la izquierda! Ó el de las butacas, ó el que me espera á la salida, ó aquel del gabán de pieles que me dijo en la plaza: Sirena, la de la cola verde; bella florecita de los campos, graciosa pescadora de estas playas, ¡salud!

— Pues, no, enkefrue Sorensen — declaró Ebba con ganas de llorar, — ni príncipe, ni hombre ninguno, con gabán ni sin gabán, me ha dicho nada hasta ahora, ni se ha señalado á mi atención de manera alguna.

— Entonces, hija, se trata de persona que debe estar muy alta, cuando se rodea de tan grande misterio. Vete tú á saber quién es.

— ¡Ay! enkefrue Sorensen, no me asuste usted.

— Espera. Vamos á ver si dentro de la caja ó dentro del ramo se ha dejado intencionadamente algún cabo, algún rastro por el que te sea fácil averiguar...

Volcaron la caja sobre la mesa, deshicieron el manojo de flores y en todos los resquicios de la caja, bombón por bombón y clavel por clavel, buscaron febrilmente sin hallar nada. Al fin la viuda se metió un bombón en la boca (género de pesquisa también muy indicado) y paladeándolo, decía:

— ¡Y que son buenos! De los más finos. Pues, hija mía, no hay duda que tu príncipe quiere envolverse en el misterio, como los dioses antiguos se envolvían en una nube, manto que así sienta bien á los antiguos dioses como á los modernos. El día menos pensado, y por el mismo conducto del chico de los botones, te manda una alhaja... hasta allí.

— ¡Ay! No vaya usted á recibirla, enkefrue Sorensen. Sin saber de quién es, no quiero aceptarla.

— ¿Que no la reciba? En seguidita. Y si

por acaso yo no estoy, y por milagro Anna ó Petrea están en casa, las dejaré el encargo de que reciban todo lo que traigan para la señorita Ebba. Verás. Al volver del teatro, encontrarás junto á las *tartines* un estuche de terciopelo ó de raso y dentro un chispear de piedras que va á cegarte.

— Usted se burla de mí, como Bodil y Aase, enkefrue Sorensen.

— ¡Qué he de burlarme, tonta! ¡Tu asunto marcha, te lo digo yo! Dame otro bombón.

Cogió cuantos quiso y con la boca llena se marchó, dejando á Ebba hecha una tarumba, frente á la caja y al ramo misteriosos.

Ebba soñó aquella noche que en el fondo del mar, un monstruo, un pulpo descomunal la perseguía y que Bodil con la caja y Aase con el ramo la decían entre risas:

— Adivina, adivinador: ¿quién será? ¿quién será?

VII

Donde el misterio crece.

Por supuesto que al día siguiente no quiso contar nada de lo que ocurría á Aase ni á Bodil. Una ilusión que empieza á cristalizar y que se exhibe ante extraños, es como exponer á los rigores de la intemperie una planta de estufa.

Lo que hizo fué poner en la ventana los claveles (las lilas murieron de pena la misma noche) dentro de un búcaro de cristal, para que el incógnito personaje, si pasaba por la calle, como forzosamente había de pasar, viera el aprecio en que los tenía, y á cada lado del búcaro una banderita danesa, de modo que no dudara de su nacionalidad y la creyera extranjera. Puso, además, tres de los más hermosos sobre su pecho y toda su solicitud en que no se marchitaran, en prolongar su vida efímera, que era la de su propia ilusión, cuidándolos del relente, renovándoles el agua y por turno y el más breve tiempo

posible destinándolos á aquella guardia envidiable en la puerta de su corazón.

Pero había otra voluntad, otra solicitud que no querían tampoco que murieran aquellas flores, y el medio de que se valía (¡ojalá fuera tan eficaz para los sentimientos que mueren!) era substituirlos con otros tan hermosos, más hermosos, rojos también, y esta vez no por el chico de los botones, sino por un viejo de blusa y todas las veces que en la ventana reverdecieron espléndidamente por distinto mensajero, para que no supiera contestar á la curiosidad de la viuda de Sorensen y á la ansiedad de Ebba otra cosa que: para froken Ebba, del *Kongelige Theater*.

Á todo esto, el cabo que ambas buscaban no aparecía por ninguna parte. Enkefrue Sorensen llegó á decapitar á algunos de ellos y los destripó sanguinaria... La clave del misterio seguía herméticamente cerrada.

Ebba, entre tanto, en sus idas y venidas, en sus revuelos por la escena, en el teatro y fuera del teatro, esperando que el galán se denunciara ó voluntariamente se descubriera, decía á todos los que por sus trazas ó su calidad deseara ella que fuese el incógnito, con sus ojos de turquesa :

— ¿Eres tú el de los claveles rojos? Si lo eres, confiésamelo, que muriendo estoy porque

me lo confieses. ¿No ves que los llevo sobre el pecho? Hombre ó fantasma, ilusión ó realidad, verdad ó mentira, sal de las tinieblas y que yo sepa quién eres.

Enkefrue Sorensen la dió un susto atroz una tarde al volver del teatro. Abrazada á Tulle contemplaba en su cuarto una nueva caja y un nuevo ramo, cuando, precediendo á dos grandes señores de chistera y levita, entró la patrona diciendo:

— Con tu permiso, Ebba...

É hizo que entraran aquellos dos señores, que saludaban como autómatas y no soltaban palabra. ¿Sería alguno de ellos el galán misterioso? Ninguno de los dos era tal y como la joven lo había soñado: ambos de mediana edad, uno mostraba, sin duda porque no podía evitarlo, una verruga como un garbanzo en la nariz y el otro dejaba de mostrar (y seguramente no por gusto) el ojo derecho que le faltaba. El de la verruga dióse á mirar por los rincones y el tuerto, de un papel que llevaba, sacaba puñados de algo que no se sabía lo que pudiera ser, y así como el sembrador arroja en el surco, lo arrojaba debajo de los muebles con grande solemnidad y en el mayor silencio.

Pensó Ebba en las brujerías de Bodil y Aase y se mantuvo esquiva y desconfiada, sin soltar á Tulle, mirando á enkefrue Soren-

sen, temerosa que, después de aquella extraña ceremonia, el tuerto ó el verrugoso iba á decir:

— ¡Soy yo el de los claveles!

Pero no chistó ninguno de los dos y salieron como habían entrado.

Y la patrona, riendo, explicó á Ebba:

— Son los de la *Kobenhavns Desinfektionskompagni* y persiguen á los ratones y demás plagas domésticas.

— ¡Ay! enkefrue Sorensen — exclamó Ebba besando sus flores, — ¡qué susto me ha dado usted y qué peso me saca de encima! Si ha de ser así la realidad, prefiero vivir con mi ilusión.

VIII

El misterio sigue creciendo

Tenía que llamar la atención de Bodil y de Aase el continuo florecer del seno de Ebba y la llamó extraordinariamente, hasta de los demás pensionistas de enkefrue Sorensen, dos

viejas solteronas, una viuda y tres jovenzuelas estudiantes de Derecho y Medicina. Estas, en las horas de las comidas, echando la poco airosa gorrilla de la Facultad respectiva hacia la nuca, decíanle con guiños:

— Albricias, froken Ebba.

Las viejas adoptaban actitudes dignas, de moral asustadiza y huraña.

Pero las figurantas, envidiosillas, no se contentaban con muecas más ó menos expresivas; querían saber más de lo que Ebba sabía, y en el fondo del mar, en los encantados jardines, en la playa y en los obscuros pasillos la molestaban con sus chinitas certeras y perversas:

— ¿Quién es el incógnito? ¿Apareció, al fin, se descubrió él mismo, lo descubriste tú ó la policía? ¿Es un príncipe? Dame las señas y te diré como se llama.

— No sé, no sé — contestaba la joven secamente.

Y el que, en efecto, no supiera nada, la volvía triste. En sus aéreas volteretas, si no atendiera á la batuta del viejo de la melena cenicienta, habría caído más de una vez, desorientada y exhausta. Buscaba en todas las solapas el clavel rojo, hermano de los suyos...

Al fin, todo lo veía rojo, rojas las luces,

rojas la caras y en extrañas rojeces envuelto cuanto la rodeaba.

Con un capuchón rojo vió una noche á una persona que parecía seguirla. Más todavía : esta persona hizo ademán de acercarse á ella, al salir del teatro, retrocedió luego y por toda la plaza y hasta su calle la llevó tras sí, muy cerca. Era una mujer. La enviada del otro, sin duda, que, cansado del mudo lenguaje de las flores, se decidía á hablar. El que no hablara la mujer roja la quitó el sueño y el no volverla á ver más la entristeció profundamente.

No comía Ebba, no dormía, no hacía caso de Tulle. Cada ramo que llegaba, aumentando el misterio, contribuía á ensimismarla más.

Enkefrue Sorensen, muy contenta, la dijo un día que había logrado atrapar el cabo maldito. Interrogado hábilmente el chico de los botones, que volvió, contestó desaprensivo :

— Una mujer roja es la que me da las flores. Me las da, me paga y desaparece.

Lo mismo contestó el de la blusa y contestaron los demás mensajeros.

¡Una mujer roja! La que había seguido á Ebba, con una caperuza puntiaguda, toda roja, como endiablado engendro...

Joven, según el chico de los botones; bo-

nita, con manos de princesa, muy blancas y afilados dedos que, al escoger en el bolsillito bordado la corona, estipendio del servicio, lucían unas uñas dadas de carmín y cepillo como de muñeca de cera. No hablaba más que aquello : Para froken Ebba... con timbre dulcísimo de voz. Aparecía en la esquina de la plaza, así que se encendían los faroles, siempre con su capuchón rojo ; sacaba de bajo del manto las flores y escapaba hacia el teatro, ligera como una amapola que arrastrara el viento.

El viejo de la blusa dijo que era vieja, con unas narices de trompetilla y caballete, de judía, cuya punta se inflaba y se movía al decir con voz cascajosa : Para froken Ebba... Sus manos tenían más arrugas que una castaña y el bolsillo no era bordado, ni de tela fina sin bordar, sino de piel muy grasienta. Eso sí, llevaba capuchón rojo y aparecía al anochecer, saliendo de un portal como un mochuelo de su olivo.

Joven ó vieja, vieja y joven á un tiempo, la misteriosa mujer roja existía : Ebba la había visto. ¿Quién era, quién era la mujer roja ?

IX

Ebba levanta la punta del velo con la punta del pie

Reunido en torno de la caldera mágica el abigarrado cotarro sibilino : las feas brujas de cabellos grises y bonetes apuntados; los enanos, los monstruos, las espantosas serpientes balanceándose en lo alto de las rocas; los pulpos de cien brazos, Briareos horripilantes; la fauna entera acuática y el coro de bellas sirenas de cola verde, Bodil echaba solemnemente la mezcla maravillosa que había de dar á la *lille havfrue* el fatal ser humano, y una llamita repentina, de blancas espirales y contornos amarillos y rosados elevábase triunfante... Poco á poco, el telón caía, y al anuncio de la mutación de escena, brujas, monstruos y sirenas corrían atropellándose á cambiar de traje y reaparecer otros de lo que eran, aun siendo los mismos, ficción de teatro que es reflejo de la vida.

Sin necesidad de que Bodil, la maga, procediera con sus conjuros á despojarla de su embarazosa funda, Ebba en un periquete se convirtió en flor, y dando saltos, para probar la elasticidad de sus músculos, por los feos entretelones, mientras los maquinistas armaban el jardín de la fiesta, su pie, calzado de raso blanco, levantó é hizo rebotar como pelota contra la pintada bambalina un papel, un sobre, una carta, sin duda. Estaba cerrada y lacrada de azul, con una gaviota de alas desplegadas por emblema y decía: *Para froken Ebba*, con precioso carácter de letra, acaso demasiado femenino por la elegancia y firmeza de sus perfiles.

Cogió Ebba la carta y la escondió en el seno debajo del ramillete de claveles que, como amoroso trofeo, lucía cada noche, siempre frescos, siempre fragantes, pregonando la vitalidad milagrosa de su ilusión. Y cuando en medio del jardín la tocó bailar, bailó con más animación que nunca y luego en la playa, en aquellas cadenas y difíciles pasos de conjunto con tan alegre empuje, que no mentía el carmín de sus mejillas y era su sangre joven y sana, castigada por la emoción, la que á ellas asomaba. Bailó sin fatiga y habría bailado más, habría bailado toda la noche, hasta el alba, como *willy* incansable.

Debajo de los claveles, en el tibio rinconcito del seno, guardaba el secreto de la mujer roja, del misterioso obsequiante, de su amador incógnito. Huraña con Bódil y Aase, temerosa de su curiosidad agresiva, esperó ansiosamente que cayera el telón por última vez, y cuando se vió en la calle voló á su casa, sin quitar la mano que mantenía en custodia el papelito revelador y á ella en la seguridad de que no lo había perdido. ¡Iba á subir con más precaución, á entrar en su cuarto con más sigilo! No quería que enkefrue Sorensen se enterara ó alguna de sus pensionistas, las estudiantas sobre todo, y á la misma Tulle la pondría de cara á la pared y no la convidaría á *tartines*, no fuera á cometer alguna indiscreción. Afortunadamente, ni Petrea ni Anna estarían en casa...

Á nadie encontró, ni en la calle ni en la escalera, y sólo los ojos vítreos de Tulle la vieron volver tan trastornada y anhelante. Junto á la bandeja estaba el ramo de costumbre, radiante en la magnificencia de sus pétalos escarlatas. Ebba lo besó, lo colocó mimosamente en el fresco tubo de vidrio ya preparado y de espaldas á Tulle, la curiosona, retiró de su envidiable escondite la cartita.

¡Temblaban los dedos de Ebba y el corazón le daba unos batimanes! No se atrevía

á romper el sobre, de miedo de romper su ilusión. Contempló largo rato el renglón tan bien escrito, la gaviota azul del cierre y hasta lo olió con fruición, que olía á delicado aroma el mensaje, no al azufre del sortilegio ó al tabaco del misterio.

Y al fin rompió el sobre Ebba, y roto el encanto apareció un papel doblado en cuatro, ennegrecido todo por la misma letra bonita y perfilada. Ebba leyó... y á medida que leía, y desde la primera palabra hasta la última, diríase que era una muerta, tan lívida se puso y tan horriblemente lívida estaba...

X

Pompa de jabón

« Señorita :

» Soy la joven de enfrente, su vecina, la del entresuelo, la que, por las mañanas, cuando usted se asoma á la ventana ya está asomada para darla de lejos, en su mudo lenguaje de simpatía, los buenos días. Soy la del capu-

chón rojo, que una vez intentó acercarse á usted y no se atrevió. Soy la que á enviarle esas modestas flores se atreve diariamente. Soy la que en la primera fila de la segunda galería, noche á noche, se extasía y goza viéndola á usted bailar. Soy, en suma, Sigrid Madsen, su admiradora, rica, hija única, de diez y ocho años, caprichosa, romántica y con todos los defectos y algunas virtudes que quiera usted imaginar.

» Amo el arte. Me muero por el teatro. Adoro la danza, sobre todo ese aéreo, gracioso voltejeo sobre la punta de los pies, con aletear de los brazos desnudos, entre el fulgor de mil luces y el chasquido de mil aplausos. Verme en medio del escenario, arrastrada por el vértigo de la música, ceñida de rasos y tules, mariposa, flor, estrella, ser fantástico, mujer ideal, lo considero placer supremo, tan soberano, que, por gustarlo una vez siquiera, haré lo imposible y daré lo incontable.

» Desde que la vi á usted aparecer de sirena, reconocí á mi bella vecina. Me agradó de sirena, me arrebató de flor y de pescadora me enloqueció. ¡Baila usted tan bien, froken Ebba! ¡Muestra tal agilidad, tal empuje contagioso, tal desenvoltura elegante, fina y al mismo tiempo honesta, reservada,

digna de la tradición de nuestro cuerpo coreográfico !

» Por todo esto, y más que omito para no aburrirla, ligada á usted por la simpatía y la admiración, he pensado, ¿ será locura, froken Ebba?, en que usted me dé lecciones de baile, al precio que usted quiera, me guíe con sus consejos, me proteja con su amistad y acabe de convencer á papá (no lo está sino á medias) de que debe consentir en dejarme que me dedique al teatro. Deseo ser bailarina, como usted, con todas las fuerzas de mi voluntad.

» Espero su respuesta. Contésteme por el conducto que le parezca mejor. El mejor será asomarse á su ventana, mañana, y mover tres veces la cabeza, saludándome. Asómese usted mañana á la ventana y salúdeme tres veces, froken Ebba. Voy á dormirme con esta ilusión. No me la quite usted, que arrancar á la juventud una ilusión es arrancar un pétalo á una flor.

» Su amiga, admiradora y discípula,

Sigrid Madsen. »

Lloró Ebba cuando acabó de leer esta extraña carta y quedó plegada sobre el sillón,

flor desdichada á la que una mano brutal hubiera arrancado cruelmente todos sus pétalos. Rasgó luego el papel, para no dejar rastro de la burla, y todos los claveles, los del búcaro y los del seno, arrojó á la calle en montón despreciable por un hueco de la ventana, que abrió á pesar del frío... Si la otra, la vecinita extravagante, la loquilla Sigrid, de centinela tras de sus cristales, notaba aquel ademán, ¿á qué mejor respuesta? Y si por la mañana, los descubría alfombrando la acera, mejor aún, que mayor pena merecía quien por dar vida á su ilusión mató la ilusión ajena.

Pensaba Ebba en lo que se reirían Bodil y Aase si lo supieran, en los comentarios de enkefrue Sorensen y en el sermón de la tía Aagot.

Y abrazada á Tulle, que, impasible, la miraba, lloró de nuevo, herida en lo más hondo de su alma por aquel su primer desengaño, cual si á Tulle la viese rota, amputadas las piernas de serrín ó partida la frente de porcelana...

DET

TABTE PARADIS

(El Paraíso perdido)

I

Invocación

¡Oh, Klampenborg! ¡Oh, paraíso de mis amores pasados! ¡Oh, verdes hayas, obscuras encinas, pinos altivos, robles y olmos majestuosos, bajo cuya sombra mi alma en su tardía primavera se deleitaba! ¡Oh, bosque sagrado, donde en idílica mescolanza, Evas y Adanes representan el drama bíblico de seducción, sin que el ángel policial lo estorbe y los fulmine y expulse, pero igual, no obstante, en sus resultados fatales! ¡Oh, Klampenborg!

Allí con Gerda, allí con Gudrun, allí con Birgitte. La primera era rubia, la segunda era rubia, la tercera era rubia : las tres de un rubio soso y desteñido. El pecho de Gerda era más raso que una tabla; las caderas de Gudrun más rectas que una regla y Birgitte era lo mismo por atrás que por delante. Pero á mí me agradaban las tres. No las encontraba á ninguna de ellas, en la apariencia, nada que de mí las diferenciase. Las tres fumaban, y en fuerza, en agilidad, me superaba cualquiera de ellas, para humillación mía, si no estuviese acostumbrado á ver en nuestros pueblos del Norte que la mujer, en general, por dentro y por fuera tiene mucho de hombre y nosotros los hombres, aplanados por la victoria igualitaria, perdemos en virilidad lo que ellas en gracia.

Con Gerda cortaba las primeras ramas verdecidas de las hayas y con Gudrun y con Birgitte. ¡Oh Klampenborg! ¡Oh, bosque misterioso! ¡Oh, domingos inolvidables! Por la estela de plomizo asfalto, con Birgitte, con Gudrun ó con Gerda salía en bicicleta cada mañana dominguera de mi bonita ciudad de Copenhague y pedaleando llegábamos en media hora: allí el bañarse al sol ó en el mar, que contornea el bosque; allí el alegre almuerzo sobre la hierba y bajo los árboles; allí la

siesta, tumbados á la bartola entre algún matorral... ¡Oh Klampenborg! Y á la vuelta, á la puesta del sol, antes de mediar la noche, nos deslizábamos como centellas en el crepúsculo azulado, amarilleando el farolillo de las bicicletas cual enorme luciérnaga.

Fué primero con Gerda. Después con Gudrun y más tarde, bastante más tarde, con Birgitte. De las tres, la que más recuerdo, aunque más lejana, es Gerda. No diré que he de recordarla toda la vida, que esto, sobre no estar de acuerdo con mi apático modo de ser, lo consideraría grave quebranto para mi bolsillo. Porque á Gerda la recuerdo más con el bolsillo, que con el corazón. Los dardos de amor, que recibiera en aquel bosque de Klampenborg, en mi bolsillo dieron y en mi bolsillo los llevaré clavados todavía diez años, tres meses y veintiún días.

Es una cuenta y una historia que nada tienen de particular para los demás, pero que á mí me trabaron los primeros pasos en el mundo. Creedme. Deseando estoy olvidar á Gerda. Se aliviará con ello mi bolsillo, respirará de lleno y no suspirará de vacío, como ahora. Pero, aunque olvidara á Gerda, á Gudrun y á Birgitte, ahora y siempre, sin embargo, cuando vuelva los ojos atrás y vea la cinta gris del sendero ciclista y el bosque y

las hayas verdeando y el Sund tranquilo y el sol trasnochador y el crepúsculo azul del verano, sentiré en la cara el fresco abaniqueo de este nombre : ¡ Klampenborg !

II

Quien soy yo

Yo soy socio de la casa *Omnium* de Ostergade y me llamo Axel Petersen. No he conocido á mi madre, que murió del trabajo de darme á luz. Mi padre, Erik Petersen, es un veterano de la guerra de 1848 con Alemania, en la que tan gloriosa parte llevamos, aunque dejáramos sin resolver la cuestión de los famosos Ducados, que aún á estas horas nos tiene con la sangre en el ojo. Después de la batalla de Isted, según cuenta mi padre, lo llamó el general Krogh y con una palmadita amistosa en el hombro, le dijo :

— Erik Petersen, eres un valiente.

Tanto precia esta palmadita de Krogh en el hombro mi padre, como sus medallas, y ante su jarro de cerveza, el día de Julio, en la

commemoración patriótica de Rosenborg, orgulloso de pavonearse con su viejo uniforme del *Jagerbatallion*, recobra sus bríos de antaño y repite:

— Señores alemanes : el camino de la amistad con Dinamarca pasa por Slesvig-Holstein. ¡No lo olvides, ¡oh Germania!, y acuérdate de Isted!

Como yo no despunté gran cosa en mis estudios, me dediqué al comercio. Creo que cada cual sirve para algo en el mundo, y el dedicarme al comercio no importa decir que yo sirviera para hacer números. Tengo una especialidad, modesta si se quiere, pero muy apreciable en la carrera de hortera que había elegido : nadie me gana (dispensadme este desahogo de amor propio), nadie me gana en el arreglo de un escaparate. Sé disponer y concertar las telas, los colores, los objetos y las prendas con tal arte, que el más distraído é indiferente de los transeuntes ha de pararse, forzosamente, y admirar la exposición. Yo fuí el primero que tuve la idea genial (dispensadme de nuevo la inmodestia) de vestir de un solo color los escaparates : de rosa, con decoración de primavera, una veces ; de negro, con atributos funerarios, piras llameantes, coronas y crespones, otras ; ó de violeta, con fondo otoñal y melancólico. Sé vestir nuestros

preciosos maniquíes de suerte que, sentados ó de pie, sueltos ó en grupos, semejan reunión de elegantísimas damas en un salón aristocrático.

Con esta habilidad, mi honradez nativa y el feliz sistema de cooperación comercial aquí en uso, yo, Axel Petersen, disfruto de la mejor reputación en Copenhague y de una renta medianeja, que sería suficiente si Gerda no me comiera la cuarta parte.

Disfruto también, ó disfrutaba, de un rostro simpático, muy blanco; de unos ojos pequeños, muy azules; de unos bigotes recortados, muy rubios y de unas piernas muy largas, capaces de tragarse dos metros en cada tranco. En los tiempos de mi servicio militar, allá en Kronborg, era un mocetón recio, de bárbaro empuje para el remo y todo deporte fatigoso. Aquella era la época de mis triunfos deportivos. Después del servicio, me aficioné á las aventuras que quiero llamar paradisíacas y sea por causa de ellas ó por el desgaste natural de los años, hoy que friso en los cuarenta, de aquel empuje, de aquellas fuerzas, de aquellos donaires físicos, el espejo y la experiencia me dicen que poco me queda.

Todo por culpa de Gerda, de Gudrun y de Birgitte.

III

Gerda

Cuantos pasan por Ostergade saben que frente á mi tienda hay otra, también de novedades, aunque más pequeña y de menos pretensiones y aparato. En ella se explota la especialidad de los sombreros de señora, el género de mayores rendimientos conocido y salida segura, porque con un metro de tela, un plumero, unas flores de trapo y un capacho de fieltro, de seda, de paja ó de cerda y unas manos hábiles para aderezarlo todo con gusto, cátate un artefacto que se vende al ciento por uno. En mi *Omnium* no falta este capítulo modistil tan generoso; y claro está, nuestros sombreros, en lo extravagantes, en lo elegantes, en lo coquetamente caprichosos y llamativos no admiten comparación con los de enfrente; pero, vamos, en rigor de justicia, no son malos los de enfrente y hasta confesaré que tienen su parroquia, de estas señoras que todo lo buscan baratito y se arreglan muy bien con cuatro flores y cuatro puntadas.

Para tal género se necesita oficialas no sólo hábiles, sino presentables, quiero decir bien prendidas, de buen palmito... También las tenemos en casa, dos sobre todo, la Gudrun y la Birgitte ya citadas, que no serán dos Gracias de Thornvaldsen, pero pasaderas si lo son y hasta graciosas á su modo. En aquel tiempo yo no hacía caso de Gudrun ni de Birgitte, precisamente porque las tenía en casa y más todavía porque, acostumbrados por acá, en virtud de las costumbres, á ser solicitados y requeridos, encantadora comodidad que nos ha traído el triunfo del feminismo, no me tomaba el trabajo de mirarlas siquiera. Tampoco, y por igual razón, hacía caso de las de enfrente, y rara vez, cuando por las mañanas arreglaba mi escaparate, me digné fijarme en el escuadrón de faldas, de blusas y de cabezas parlantes que entraba en la tienda vecina. Demasiado tenía que hacer con mis muñecas y harta guerra me daban, que allá se van las hembras de serrín y las de carne.

Recuerdo que un día cambiaba yo la exposición de primavera por la de estío. Con este talento de director de escena de que me ufano, había vestido mis maniquíes con vistosos trajes de baño, á rayas blancas y rojas ó azules y blancas, unos con sendas capas flotantes, otros con blusa ceñida, con gorro de hule ó con toca

plegada; había dispuesto varias sillas de mimbre, de estas en forma de hornacina, y cubierto de arena el piso y armado en el fondo el mar con un pintado telón y bien distribuídos guijarros y algas naturales: en las sillas, entre las peñas ó echadas cara al cielo, detrás también de las mismas peñas, como bañándose y rodeadas de niños que levantaban castillitos con sus palas, flanqueadas de dos ó tres mirones asestando sobre ellas quién sus gemelos, quién su máquina fotográfica, mis muñecas aparecían deliciosas y todo el escenario playa de verdad, tan real, que las gentes se agrupaban y se estrujaban por verlo.

Pues bien: aquella mañana trabé relación con Gerda; la distinguí entre el gentío, como algo vagamente conocido: unos ojos de porcelana, casi grises á fuerza de ser celestes; unos pómulos muy encarnados, como amapolas sobre nieve, chocante contraste; la boca apretadita; el descote en cuadro, al aire, huesudo y asoleado... Era Gerda, la de enfrente. De un rubio albino, parecía una Ofelia estropeadilla, pero simpática.

Gerda expesaba en su actitud la admiración que la causaba mi escaparate. Era del oficio y su aplauso mudo halagó grandemente mi amor propio.

Me puse muy hueco y di con una sonrisa las gracias á Gerda.

IV

De cómo dos bicicletas pueden simpatizar

Esta sonrisa mía, aunque inocente, simple gesto cortés y sin pizca de intencionado galanteo, fué sin embargo, el señuelo ó gancho que atrajo á Gerda hacia mí y la causa de que en el camino de mi vida se atravesara, aprovechándose de ello para sus pícaros proyectos de seducción.

Porque, ¡quién lo duda!, antes que mi habilidad de arreglador de escaparates, había ella notado mi airoso empaque y la gracia con que ladeo el sombrero sobre la oreja, semejante, mayor, diré, que la de los soldados de la Guardia real con su bonetillo celeste y blanco y la borlita danzarina sobre el ojo derecho. La prueba está en que cada vez que, por comodidad ó por capricho, dejaba mi bicicleta en el *cyclestativ* de la esquina, al ir á buscarla siempre la encontraba en compañía de otra de señora, entrelazadas ambas por

los largos cuernos del guía como dos finos y ágiles ciervos que se solazaran dando topaditas amistosas, ó pegadas las dos, cual si cambiaran íntimas confidencias, en desmayada postura junto á la baranda de hierro pintado de verde. En aquel palenque de caballitos de acero encontraba otras bicicletas también; pero con la mía, emparejada con la mía, como amiga muy entrañable ó parienta muy cercana, ninguna más que la de la red suelta en varios puntos y el timbre marcado de una abolladura.

Parecía que se buscaban y se juntaban ellas solas, unidas por secreta simpatía, y se prepararan al peligroso entrenamiento en que una á la otra había de arrastrar. Á veces, el bolso relumbrante de cuentecillas colgaba enganchado del guía de la bicicleta femenina y rozaba con la mía ó el pañolito de algodón ó un paquete bien ligado y como dos excelentes compañeros que se pasan los brazos por los hombros, las dos máquinas dijérase que se referían sus cosas, separadas de las demás discretamente.

¿De quién era aquella bicicleta pegajosa? Si yo tuviera ribetes poéticos, me habría dado á imaginar que su dueña era la más gentil enamorada, que de modo tan original y elocuente, en el lenguaje ignorado de los neu-

máticos y de los radios, expresábame su oculta inclinación; y si curioso fuera, en el bolso de cuentas ó en el pico del pañuelo hubiese buscado el rastro del misterio. Desgraciadamente ó felizmente, mi imaginación tiene alas de ganso y de lo que pasa á mi alrededor me ocupo tan poco, que puedo decir que la indiferencia es una enfermedad de mi carácter y si se hundiera la Torre Redonda creo que no volvería la cabeza para verla.

Así, lo que hacía en cada sorpresa del coloquio de ambas bicicletas, era apartar á la pegajosa bastante rudamente y darla contra el *cyclestativ* como si la diera contra la esquina, y cumplido este precepto del Evangelio humano, salir montado en la mía y adivina quién te dió. Muchas veces lo hice y la infeliz quedaba ahí, á lo mejor volcada sobre las otras, enredados sus cuernos y sus pedales con los pedales y los cuernos de las otras ó ruedas arriba en el suelo, el bolso, el pañuelo ó el paquete entre el polvo de la calle.

Cuando supe que la bicicleta era de Gerda, sentí muchísimo estas violencias y el día que lo supe, mientras ella recogía su bolso que yo había arrojado, la pedí disculpa sombrero en mano. Después... charlamos. Después... montamos los dos, ella en su máquina, yo en la

mía y nos separamos en la primera esquina, ella para su casa de Frederiksberg-Allé, yo para la mía del cercano barrio de la Universidad. Después... las dos bicicletas se mostraron en el *cyclestativ* más unidas que antes, juntas por abrazo más estrecho é intencionado. Sólo que no eran ellas las que hablaban ya. Éramos nosotros, Gerda y yo.

V

Andando

Tan buenas migas hicimos, que al tercer día sabíamos el uno del otro todo lo que podíamos saber. Yo la conté mi vida sosa de soltero, sin más pasión que mis escaparates, ni más compañía que mi padre maniático, reducido por los años á dar de comer á gaviotas y gorriones desde su ventana del quinto piso y recordar entre nieblas á Isted delante de su jarro de cerveza, amenazando grotescamente á los alemanes. Ella me refirió su niñez insignificante y el detalle de sus días,

iguales todos, al lado de fru Camma, su madre, tan apasionada de su perro Vaps, uno de estos moteados que llaman daneses y no son daneses, sino belgas — (¡ay, ni perros nos quedan!, como diría mi padre...) — tan apasionada de Vaps, que más cuidados y caricias dedicaba á Vaps que á ella.

Ella y yo, hecho este examen y confesión de nuestras vidas, convinimos que necesitábamos de arrimo, y con la misma picardía con que juntaba las dos bicicletas en el *cyclestativ*, supo ella arrimarse á mí, de modo que esta es la fecha que no me la he despegado aún, pues para apartar á una bicicleta basta con un tirón, y no bastan tres tirones para apartar á una mujer.

Fué aquel un verano deliciosamente excepcional. No sabría yo expresar la fruición con que nosotros, los del Norte, vemos aparecer el sol, tan huraño del lado de acá como del lado de allá pródigo. Paliducho y frión, se nos antoja tórrido y deslumbrante, y apenas por abril amarillea un poco, cubierto el oro de su frente por nebuloso cendal, ya nos aligeramos de ropa y nos hacemos la ilusión de que sudamos el quilo bajo el Ecuador. Mi padre, el primero, saca la cabeza pelona por su ventana y la expone horas y horas al calorcito fementido, devoto del sistema curativo

de moda, que será todo lo eficaz que se quiera, mas no es probado que robustezca los sesos.

Asimismo, me parece que aquel verano calentaba mucho el sol. Bien pudiera ser que la amistad de Gerda influyera más de la cuenta en esta apreciación mía y en esta impresión, que conservo, de calor y de alegría. Lo cierto es que apenas verdearon las hayas, resolvimos ir á cortar ramas á Klampenborg y un domingo salimos de mañana, juntas las bicicletas y contentos como colegiales.

Recuerdo que esta primera excursión se señaló por un acontecimiento extraordinario: la muerte y entierro de Vaps, el perro de fru Camma, ocurridos la víspera. Aun veo á fru Camma, inconsolable, sobre su bicicleta, recortado el cabello á la usanza masculina, con sombrero de hombre y un ramo de tulipanes en el guía, camino del cementerio perruno de Osterbrogade, yendo á depositar sobre la tumba de su amigo el emblema de su dolor. Gerda y yo la acompañamos, pero ni á Gerda ni á mí nos habló palabra. Miraba sus tulipanes y las lágrimas le corrían en dos hilos inacabables. Nunca he visto llorar tanto por una persona, como aquel día á fru Camma por su perro. Tengo barruntos de que todavía le llora y le lleva flores todavía.

Nosotros la dejamos en la verja. Fru Camma desmontó, recogió el ramo, puso la mano hombruna sobre el sillín de la bicicleta y entró en el cementerio con el aire afligido de una madre á quien la eterna ausencia de su Vaps anonada.

De lejos, entre los árboles, nos dijó adiós agitando los tulipanes, un adiós tristísimo y desesperado.

VI

Adán y Eva. Venus y Febo

Ni Gerda ni yo estábamos para melancolías, y menos por causa del difunto Vaps, que en paz descanse. Apretamos los pedales y salimos escapados, carretera adelante y cara al viento, que nos abofeteaba de lo lindo. Gerda marchaba la primera, costándome gran esfuerzo de piernas seguirla entre los carros, los tranvías, los automóviles y el tole-tole dominguero del camino. Se reía de que no pudiera yo alcanzarla ; reíase más si lo lograba, y riendo

los dos nos deslizábamos sobre las ruedas como en un vértigo.

Llevábamos cada cual nuestra exquisita merienda, compuesta de sendas tajadas de *rugbrod* y *surbrod* untadas de la mantequilla prez y gloria de Dinamarca, y unas lonchas de *skinke* y *roget lax*, jamón y salmón ahumado, que nos llenaban de agua la boca; y llevábamos lo que vale más; el buen humor juvenil, que no se vende en ninguna parte y no es posible recuperarlo una vez perdido. Riendo, pues, y pensando en el baño y en la merienda, corríamos locamente, persiguiéndonos el uno al otro; Gerda á mí, cuando era yo quien pasaba delante, y yo á Gerda, cuando Gerda me dejaba vergonzosamente atrás.

Creo que no hay país en el mundo más bonito que el mío. Yo no he visto ninguno; pero, seguramente, no habrá ninguno más verde y pintoresco, ni de paisaje más seductor. Siento que mi torpeza me impida describir la gracia con que nuestros pueblecillos, Hellerup, Charlottelund, asentados al borde de la carretera, se envuelven entre el follaje y se miran en las aguas del Sund, y la coquetería con que muestran la fila de hotelitos ideales. Hortera ramplón, no se me ocurre sino una comparación nacida de mi oficio:

el escaparate de mi tienda, arreglado por mis manos habilísimas.

La alegría de la mañana y el esfuerzo del paseo nos dió mucha hambre, y en cuanto llegamos á Klampenborg resolvimos tomar nuestro baño en seguida, Gerda de agua y yo de sol, antes de celebrar el almuerzo debajo del haya más hermosa del bosque.

Fuimos, pues, del lado de las casetas que en dos alas, que quieren imponer la separación de sexos, avanzan sobre el mar, y nos separamos, Gerda para la derecha y yo para la izquierda... Sudando estaba y me quité la ropa apresuradamente ; otros lo habían hecho ya, hombres y niños, y en pelota se paseaban por el muelle, ó agrupados en las puertas; quien en cuclillas, quien tumbado ó de pie, recibían la tibia caricia del sol y el grosero rozar del aire, atisbando, entretanto, del lado femenino, no más lejos que unos veinte metros, si debajo de la tela, que quiere también servir de toldo y no sirve, aparecía el torso desnudo de una ondina. Sí aparecían, ya lo creo, hombros desnudos, senos y espaldas desnudos, brazos y piernas desnudos chapoteando en el agua y hasta cuerpos enteros fuera del agua, en las escalerillas ; estatuas de carne que semejaban hechas de lindo mármol sonrosado.

Ellas nos miraban sin temor ni curiosidad y las mirábamos nosotros sin escrúpulo ni pudor, como se miran unos á otros, con sus ojos de piedra, los dioses y las diosas de un museo, indiferentes en la blancura de su desnudez olímpica.

Yo buscaba á Gerda y la distinguí, al fin, en el momento de bajar la escalerilla: no vi su delgadez de niña ni sus contornos poco acentuados; vi sólo el nácar de su piel, que lucía con reflejos de iris. Adelantándome entonces á la punta del muelle, la llamé, puestas las manos en bocina.

Me miró; nos miramos; nos contemplamos un instante con risueño descaro. Se echó ella luego, como un pez, de cabeza al agua. Decididamente, ni ella ni yo teníamos de qué asustarnos, ni nada de particular que ocultar, gracias á Dios. Éramos como los demás, simplemente como los demás.

VII

El cántaro roto

Almorzamos con voracidad canina; nos tendimos sobre la hierba; dormimos una siesta deliciosa: fumamos, entre Gerda y yo, lo menos un par de cajetillas de cigarros; corrimos á los gamos; trepamos á las hayas; volvimos á comer del repuesto del Hermitage y refrescamos una docena de veces, y así pasamos el día tan ricamente, como otras parejas dichosas que llenaban el bosque con sus reclamos de amor cual los pájaros el aire, libres de toda ley y de toda traba ó sujeción alguna.

Cuando regresamos á la ciudad, era de noche, las once sobre poco más ó menos, y todavía el horizonte aparecía incendiado por los postreros resplandores del sol. Rodando sobre nuestras bicicletas, nos caíamos de sueño y de fatiga. Delante de su puerta, Gerda me estrechó la mano y nos despedimos hasta el domingo siguiente. Yo pensé

que, á aquella hora, la inconsolable fru Camma soñaría con Vaps y lo vería vivito y coleando, para mayor desconsuelo del despertar.

Y tornamos á Klampenborg el siguiente domingo y todos los domingos de este verano agitado y entretenido; y tanto fuimos á Klampenborg y tanto fué el cántaro á la fuente... El recuerdo sólo me sofoca y suspende. Yo no sé qué cara pondría cuando Gerda me confesó su embarazosa situación; pero, debí fruncir el gesto y expresar disgusto tan grande, enfado tan visible, que la muchacha me dijo:

— ¿Por qué te enojas, Axel Petersen? La culpa es tuya y mía, y entre los dos habremos de pagarla.

Esta salida me puso furioso. La hubiera pegado. Me pareció la más estúpida y la más torpe de las mujeres. Hasta la encontré fea, acordándome de sus formas varoniles en el baño. Sin embargo, no es mi carácter explosivo, ni mucho menos, y para contestarla lo que merecía aquella hembra que tan grave responsabilidad me echaba encima y tan duro dogal al cuello, resultado previsto de su perverso proyecto de esclavizarme, la dije fríamente:

— Que es tuya la culpa, Gerda Rasmussen,

no hay duda; que lo sea mía, no está probado. Mal camino escoges, si buscas marido.

— Tú verás lo que haces, Axel — respondió ella muy tranquila.

— Lo veremos los dos, Gerda.

Y lo primero que hice fué cortar por lo sano, no digo dejar de ir á Klampenborg con ella, que en semejante compromiso me había metido, sino dejar de verla y de saludarla, y cobrarla el más grande aborrecimiento, como ocurre con un manjar del que abusamos y nos causó indigestión. Lo que bien podía pasar por ofensa en mis palabras y que ella recibió tranquilamente, segura de su derecho y de su conciencia, se refería á cierto estudiantillo de Tívoli, coqueteo bobo de que me había hablado; yo no tenía razón de enrostrarla nada, ni el menor fundamento para acusarla; asimismo, una tarde que la encontré, como ella se me acercara en ademán de querer hablarme, la dije bruscamente:

— Se lo cuentas á Holger. (Se llamaba Holger el estudiante.)

Desde aquel día me dejó en paz. La vecindad de su tienda daba ocasión á que yo pudiese verla; pues no miraba siquiera, cuando estaba en mi escaparate, y hacía pagar á mis muñecas el malhumor en que constantemente el cavilar de aquel lance mantenía mis ner-

vios, y las tiraba por los brazos, las sacudía el moño, y sólo el interés me impedía destruirlas, pulverizarlas, como la representación de la obra más mala que haya salido de manos del Creador, si es el Creador quien la fabricó y no el diablo, como parece más probable. Al fin y á la postre ¿qué quieren ustedes que salga de una costilla?

VIII

Quien rompe, paga

Aquí los perros no ladran, y si ladran, lo hacen con comedimiento y compostura; los niños no lloran, y si lloran es de manera que no se les oye, formalitos como viejos. Las tonterías que nosotros, las personas mayores, cometemos, las cometemos fríamente, conscientemente, no con la fogosidad, el apasionamiento y la ceguera que puede servirlas de disculpa. Sujeto todo á reglas y medidas por cartabón las acciones, prisioneros de ley cada vez que de entre sus manos pretendemos es-

capar, en el engaño de que me había hecho víctima Gerda yo no tenía la menor excusa de ignorancia ó de inocencia. Yendo con Gerda á Klampenborg un domingo y otro domingo y tantos domingos consecutivos, sabía perfectamente á lo que me exponía, como hiciera Gerda que soplara el diablo.

Esta idea, de haberme dejado burlar por Gerda como un adolescente, me quitaba todo reposo, y ya me veía obligado á cargar con el mochuelo, como tantos otros bobalicones, amigos míos, padres más ó menos putativos de hijos del acaso, maniatados por la ley, que deja que en sus propias narices se cometa el delito y sienta su mano en el cogote del delincuente, como haya quien le lleve la denuncia en forma.

Cada día creía que llegaba á mi quinto piso del barrio de la Universidad ó á mi tienda el sobre del *Overpresident*, citándome á juicio... Pasaron meses, sin embargo, y no llegaba. Yo me decía:

— Ó fué aprensión infundada de Gerda ó ensayo para pulsar mi carácter y tantear el terreno. En los dos casos, mis buenas despachaderas han sido el remedio mejor de esta aventura, porque me libraron de Gerda, que ya empezaba á hastiarme, y de su peligrosa compañía.

Pasó otro mes, el de octubre, y el otoño se nos vino encima, obscureciéndonos el cielo y el humor. Iba olvidándome poco á poco de Gerda y hasta... ¿lo confesaré?... hasta admitía con agrado (tan bellaca es la humanidad, lo mismo en el Norte que en el Sur, y tan incorregible), admitía con agrado las miradas rivales de Gudrun y de Birgitte, que sabiendo la plaza vacante, hacían oposiciones descaradamente á ocuparla.

Y en esto, como una pedrada, vino á mis manos el sobre del *Overpresident.* Me lo entregó abierto mi padre, diciéndome con su risita desdentada:

— ¡Buena la has hecho, hijo, buena de verdad!... En mis tiempos, en aquellos tiempos gloriosos de Isted, cuando en la gaveta nacional guardábamos, entre nuestras joyas, los dos Ducados, en estas cosas no había más ley que el honor y no las juzgaba otro juez que la conciencia. ¡Pero aquellos eran los tiempos en que les cascábamos las liendres á los alemanes! Nadie mejor que tú debe saber si tienes deuda que pagar á Gerda Rasmussen... Si la tienes, págala de buen grado, que si á ti te cuesta pagarla, más le cuesta á ella pedirte que se la pagues, pues en ello le va su vergüenza. Y si no, señor mío, no haberla quitado lo que era suyo ó

no haberlo aceptado, si ella te lo ofrecía, sabiendo que la manzana de Eva cuesta más al hombre que si fuera de oro macizo.

Con el mensaje fatal en la mano, yo no me atrevía á contestar. Tampoco encontraba qué contestar, francamente. Lo que mi padre me decía era la traducción literal del sermoneo diario de mi conciencia. Mi padre añadió:

— ¡No hubiera yo merecido la palmada amistosa y honorífica del gran Krogh, ni vestir el uniforme del *Jagerbatallion*, si en cuestiones de esta laya necesitara que el *Overpresident* me tirase de las orejas!

Se sentó delante de su gran jarro de cerveza y se absorbió en la meditación de su tiránica manía... Seguramente, transportado al campo de batalla de Isted, departía con Krogh y hacía ¡sús! á los alemanes.

IX

A la fuerza ahorcan

La cita era á las once de la mañana, y á las diez y media ya estaba yo paseándome por

Raadhusplatz, delante del Ayuntamiento. Muy agitado, trataba de distraerme viendo á los niños, en el jardincillo lateral, dar de comer á las mansas palomas en la mano y cómo los pícaros gorriones, en revueltas bandadas, les disputaban la pitanza, encaramándose sobre los hombros ó invadiendo audazmente la misma mano pródiga, para desalojar á sus rivales hambrones.

Nublado el cielo, nos envolvía una claridad grisácea, como si la luz descendiera á través de un toldo invisible. Un huracán de todos los demonios barría las calles y parecía querer alzar la ciudad en vilo y llevársela por los aires como una paja. Como hojas secas iban las gentes, arrastradas ó empujadas; y así, caminando á tropezones, con gran trabajo por no caer y recogerse las faldas y sujetarse el sombrero, vi venir hacia mí, ó en derechura á la puerta del Ayuntamiento, á dos mujeres, que, aunque no mostraban la cara, inclinada al suelo temerosamente, sospeché desde luego eran fru Camma y Gerda... Es decir, lo sospeché cuando estaban aún lejos, y al revés de lo que ocurre, cuanto más se acercaban menos me convencía de mi equivocación.

Porque las dos eran gordas, dos tomos de regular tamaño, de más que regular tamaño,

y si fru Camma pasaba, sin agravio, de los ochenta kilos, Gerda, no. Si Gerda tenía una cinturita... así, que se podía coger con el pulgar y el índice de la misma mano!

No, no era Gerda... Fru Camma, sí. Y Gerda... Gerda también, pero... abultada, tan extraordinariamente inflada, que semejaba un globo cautivo dando tumbos y á cada tumbo amenazaba reventar. Me quedé espantado cuando la reconocí, cuando aquel monstruo, personificación real y patente de mi falta, de mi delito, se paró delante de mí.

— Buenos días, Axel — dijo la horrible visión con la misma voz de Gerda.

— Buenos días — dijo fru Camma.

Y me encontré agobiado, sepultado bajo la mole de ambas mujeres. El reloj del Ayuntamiento dió los tres cuartos de las diez, sonándome la armonía de sus notas musicales como tocata fúnebre.

— ¡Gerda! — murmuré yo.

Ella se apartó de su madre y no sé si fué ella ó el viento quien dió con mis espaldas contra el muro. Al mismo tiempo, oí al monstruo que me decía con la misma voz de Gerda allá en las correrías de Klampenborg:

— ¡Axel Petersen!, ¿vienes dispuesto á cumplir con tu deber, á compartir, en justicia, el peso de nuestra falta? ¿Te atreverás á jurar

ante el *Overpresident* que esta mala obra no es obra tuya y que no es por tu culpa, en la mitad equitativa que te corresponde, que me veo como ves?

— Tú lo quisiste, Gerda — argüí yo, sofocado.

— Tú también, Axel — rebatió el monstruo acusador. — Y porque yo quise, voy cargada con este peso, que es el de mi culpa, y porque tú quisiste debes ayudarme á llevarlo. No sería justo que yo sola lo llevara á cuestas y quedara afrentada por la deshonra y tú te largaras tan fresco, impune como el que jamás rompió un plato.

— Yo no puedo casarme contigo, Gerda.

— Axel, que te cases ó que no, me basta con que cumplas la ley.

— La cumpliré, Gerda. Pagaré lo que he roto. No hay para qué molestar al *Overpresident*.

Me libré, como pude, de ella, creo que la aparté de mí algo bruscamente ; creo también que fru Camma, enternecida con mi resolución, quiso referirme, entre suspiros, ausencias de Vaps. Pero yo huí de allí en alas del huracán y desaparecí en un torbellino de polvo, sin conciencia de mí mismo ni fuerza para resistir á la que me arrastraba como hoja seca, á aquel ventarrón, que era mi destino.

X

Haz lo que te digo...

Me sometí dócilmente á la dura ley y dejé que en mi renta mezquina diera un bocado de á cuarta, merma que trajo el desequilibrio á mi presupuesto casero y más que esto, peor que esto, me impuso una obligación: la de sufrir en silencio el mismo bocado todos los meses hasta que el rorro de Gerda cumpliera los diez y ocho años, ¡una eternidad!

Y para consolarme, cedí á los requerimientos de Gudrun y me fuí á Klampenborg con ella, y más tarde, cansado de Gudrun, me fuí á Klampenborg con Birgitte... Pero ni Birgitte ni Gudrun se portaron conmigo como Gerda. Tuvieron más miramientos conmigo. Se mostraron más decentes, más discretas, más consideradas. Así me complazco en el grato recuerdo de Gudrun y de Birgitte y abomino el de Gerda, la vampira.

Hoy que la madurez ha templado mi sangre, dedico mis domingos á vestir las muñe-

cas de mi escaparate pensando en los diez años, tres meses y veintiún días que me faltan para extinguir mi condena. La bicicleta no me lleva por otros senderos que los que á mi casa conducen. Á veces, en mi quinto piso del barrio de la Universidad, entra á alegrarlo un chiquillo que aseguran es el rorro de Gerda, y para probarlo se llama Axel Petersen, como yo, es rubillo, tiene las piernas largas y hasta se le va un ojo, el derecho, como á mí, los días de viento. Distribuye sobre la mesa sus juguetes con el mismo arte que yo los trapos y los objetos en mis escaparates. Es un indicio, indudablemente son varios indicios... Yo no he conocido á Holger, el estudiante de Tívoli, y por lo tanto no puedo comparar al pequeño Axel sino conmigo.

Espero que llegue el deseado día en que el pequeño Axel cumpla los diez y ocho años — ¡me parece que tarda una eternidad, tanto es el interés que me inspira! — y entonces, cuando, como el gorrión cubierto de plumas, se lance fuera del nido á buscarse la vida, le diré:

— No vayas del lado de Klambenborg, tocayo mío, hijo mío; no vayas en bicicleta los domingos á bañarte al sol, ni á mirar á las que se bañan; no subas á las hayas, ni cortes las ramas verdecidas. ¡Cuidado con su bosque pérfido! ¡cuidado con sus matorrales escondi-

dos! Cuidado con las Evas disfrazadas de Gerdas y con sus manzanas que pesan más que si fueran de oro macizo... ¡No vayas, pequeño é inocente Axel! Y si, contagiado por el mal ejemplo, vas y te bañas y miras y subes y cortas y te pierdes en el bosque, escoge bien y que sea Gudrun ó Birgitte la que escojas y no Gerda; te lo digo yo, que del escarmiento he sacado este aviso sapientísimo.

Y con la conciencia tranquila y el bolsillo tranquilo también, tornaré á mi tienda y á mi labor. Pero ¡ay! así que el retoñar primaveral se inicie y se alegre el cielo y sonría la luz, suspirará mi corazón :

— ¡Oh Klampenborg! ¡oh paraíso de mis amores pasados! ¡oh verdes hayas, obscuras encinas, pinos altivos, robles y olmos majestuosos! ¡oh bosque sagrado!

Y en el crepúsculo azul del verano, tristemente suspiraré :

— ¡Klampenborg!

DAME-CAFE

(Café para señoras)

I

El hombre propone y la mujer dispone

No creais á los viajeros si os cuentan que es Dinamarca una cueva de hielo hundida en el Polo; que disfruta de seis meses de noche y seis meses de sol; que el frío y la nieve reinan y gobiernan en ella casi todo el año; que las focas y los osos se pasean de bracero por todas sus esquinas y que el trineo y el *ski* son el vehículo y el deporte á que todos están allí obligados, si en algo se estiman... Mentira. Los viajeros mienten siempre. Poco, mucho, por gusto, por descuido, por olvido, por el natural prurito de la exageración, siempre, siempre mienten.

Creedme á mí, si os digo que no hay tal cosa, ni sombra siquiera, y que es un país muy verdecito, muy pintoresco, ni más frío que cualquier otro y aun menos frío que muchos otros. El sol luce cuando le da la gana, como en todas partes, y sus días suelen ser luminosos y espléndidos. Conste, pues, que á pesar de hallarnos en enero, no necesitamos más que de un buen gabán para recorrer la bulliciosa Ostergade de Copenhague, de punta á cabo, y la Bredgade, á eso de las cinco de la tarde... ó de la noche, tan negra está, y de unos buenos chanclos que defiendan el calzado del lodo escurredizo de la acera.

No nieva. La rubia que va delante de nosotros es una linda foca, cabe afirmarlo, y el bulto que en aquel portal acecha es un oso elegante, que ostenta ricas pieles.

Creedme á mí también si os digo que la rubia foca se llama Astrid y Aage el oso del portal y que entre Aage y Astrid hay sus cosas... Cosas muy gordas. La prueba la veréis si observáis que así que la foca ha entrado en el café para señoras, del que sin duda es habitual parroquiana y se ha sentado delante del cristal de la calle, garabateado por cientos de firmas hechas con diamante, el oso ha salido del hueco en que se guarecía

y ha venido á plantar su peluda envoltura precisamente en la mancha de luz del café y aunque ella sabe que allí está, porque lo mira con el rabillo del ojo, bajo el acampanado sombrero cuyos bordes tocan sus hombros, se desentiende maliciosamente hablando con la camarera, disponiendo sobre la mesilla el manguito de armiño, el retículo, la bandeja, la taza y con el arte de su peligroso coqueteo exponiendo á la admiración del de fuera su fino perfil, sus blancos dientes, su garganta y sus manos.

Hay otras damas en el café : una vieja que lee, otra que escribe, dos señoritas que fuman, se ríen y discretean contándose sus confidencias como dos buenas amigas. La camarera, una rubiota escuálida, de falda de alepin castaña y delantal blanco de hombreras, concluída su ronda de servicio y de palique, se coloca detrás del mostrador, entre las fuentes de variada pastelería, como una mosca que, harta de merodear, se posa y descansa.

Mientras tanto, el oso callejero se impacienta. Se mueve, pasea, se acerca, tose, llega á rozar la vidriera... Y la pícara foca sigue desentendiéndose de él, ocupada de su manguito y de su taza. Al fin se digna levantar la cabeza y dos miradas atraviesan el cristal sin romperle ni quedar en él grabadas cual

firmas de amoroso mensaje, dos miradas, una que pide y otra que niega, una que propone y otra que rechaza...

El oso, despechado, se aleja. La foca sonriendo, levanta la taza hasta sus labios y sorbe tranquilamente.

II

Aage

No hay nada más cabezudo que un oso. Puede ser que la mula; pero el oso, además de la poca gracia que para bailar tiene, es más terco... Los hay que se pasan las horas muertas diciendo que nones con la cabeza ó dando vueltas sempiternas, con pasos matemáticos, en el estrecho radio de su jaula. Los hay que no se convencen y someten sino colgándoles una argolla de la nariz, que es ponerles la razón bajo las narices, como á ciertas personas.

El de marras no tardó en volver y en colocarse delante del café donde la bella foca merendaba golosa; mas esta vez, la reiterada

negativa de la cabecita le arrancó un sordo bramido de desagrado y bramando se metió en el portal y arrimó el hocico erizado á la puerta de cristales de la pastelería. Frente á la puerta, la mosca castaña, harta de azúcar, se dormía en la dulce compañía de sus pastas doradas y sin duda con un solo ojo, porque todo fué ver al intruso y alzar el vuelo á recibirlo, como á viejo conocido y rumboso.

Hubo sus hociqueos entre ambos del lado de fuera, y la mosca, con la impertinencia suya característica, en el oído luego de Astrid la desdeñosa se estuvo zumba que zumba... ¡Qué terquedad! Pero ¿no le había dicho ya que á aquella hora?... ¿Qué quería el imprudente? ¡No faltaba más sino que entrara y la comprometiese!

— Sí entrará — afirmó la camarera; — dice que si usted no sale, entrará él. Que es urgente.

Mordió una pasta la damita con mucho encono é interrumpiendo su piscolabis salió en busca del otro, al que encontró en el fondo del portal, junto al patio que destilaba negrura y humedad por sus cuatro paredes.

Conviene advertir que, además de la luz que distribuía el café, en el portal una tienda de tarjetas postales la desparramaba suficiente para que, no digo á un oso, á un gozquete

fuera difícil ocultarse sin ser visto. De todas suertes, aquél parecía no importarse de que le vieran; antes desveló su cara de la bufanda de seda, mostrando ser el oso más guapo del Norte, muy blanco, de bigote rubio, de nariz respingadilla y ojos pardos.

— ¿Qué quieres, Aage?

— Verte, Astrid.

— Ya me has visto.

— Y hablarte.

— Ya me has hablado.

— Decirte que te quiero.

— Ya me lo has dicho.

— Pero, no sabes que mañana me voy de maniobras y no volveré en diez días.

— ¡Ay! ¿de veras, Aage?

— Sí, Astrid, diez días sin verte.

Dejó ella que se arrimara, que le pasara el brazo debajo del suyo y que pusiera su mano desnuda sobre la suya enguantada, palma contra palma. Y muy juntitos, hablaron en el fondo del portal, frente al patio obscuro y húmedo, de espaldas á la calle, por donde podía pasar herr Preben, el marido, y descubrirles.

Porque herr Preben era preciso que no sospechara nada. Esto es elemental en casos tales, lo mismo en el Norte, entre osos, que en el Sur; pero había una circunstancia especialísima en este caso y era que, si al descubrir

el gazapo, la castigaba herr Preben con el divorcio, este solo castigo era la miseria para Astrid y el amor de Aage no haría los milagros del bolsillo de herr Preben. ¡ Ay ! ¡ no ! Por eso la señora Astrid ponía tanto cuidado y rechazaba el halago de los deliciosos paseos con Aage y para hablarle, como esta vez, buscaba las sombras y aún en ellas volvía la espalda.

¡ Imprudente Aage !

III

Un tercero en discordia

Era herr Preben un tonel con dos pies, muy gordo, muy colorado, siempre repleto de cerveza y apestando á alcohol y á tabaco de una legua. Sea la grasa, que aploma, ó el lúpulo, que amortigua, ó la bondad ingénita, herr Preben pasaba por lo que se llama un buen hombre y en la calle y en su casa lo era, efectivamente, contra la costumbre, ya que entre la fama y el hecho hay igual ó mayor distancia que entre el hecho y el dicho

y no siempre el buen bebedor se cubre con una buena capa.

Pasaba también por rico y lo era también, riqueza heredada y riqueza adquirida con su industria de fabricante de la fresca bebida que llenaba su panza y sus bolsillos; de suerte que, cuando, viudo y cincuentón, se dirigió á Astrid con avances casamenteros, Astrid que no tenía ganas de trabajar, como su madre y sus hermanas, una masajista, la otra barbera, otra institutriz y otra cajera en un comercio, contestó :

— Sí, sí.

No faltó amigo compasivo que advirtiera al cervecero :

— Ten mucho ojo, Preben. Antes de casarte, mira bien á la señorita Astrid.

Contestó él que ya la había mirado y admirado su belleza, su gracia y hasta el lunarcito azul que junto al labio, entre la felpa finísima del bozo, como un zafiro engarzado en filigrana de oro, lucía coquetón y era gancho de corazones.

— No, Preben — insistió la voz amiga — no te hablo de sus dotes físicas, que esas las ve un ciego, sino de sus condiciones morales. Yo nada puedo decir de la niña, ni de su familia ; pero he encontrado á la niña muchas veces con un niño de la Guardia...

— ¡Cosa más natural! — exclamó herr Preben con su risita bondadosa y flemática.

— Es que es su novio... Se llama Aage.

— ¿Y á mí qué? Un marido como yo derrota á cien novios como ése.

Y Aage fué derrotado.

No tuvo que arrepentirse Astrid del sacrificio. Porque el cervecero no era celoso, defecto que aleado á un simple de marido da un compuesto deplorable, y la dejó toda la libertad que de soltera disfrutaba. Á Astrid le gustaba pasear, ir al café... ¡Qué cosa más natural! Astrid no tenía tiempo para ocuparse en su casa en labor alguna, aún le venía corto para sus correrías... ¡Qué cosa más natural en una joven que necesita aire, espacio, luz, alegría, expansión! ¿en dónde adquieren las flores sus colores y su aroma? ¿acaso en un rincón tétrico? ¿Es justo encerrar á un pajarillo en una jaula? No estaría Astrid tan lozana si la diera la casa por cárcel, según el sistema morisco, ni había él nacido para carcelero. ¡Cosa mas natural que en la calle viviese y como los pájaros no tornase al nido sino de noche!

Desde el primer día de casados se mostró así, tan bondadoso, tan manso, tan poco exigente, en una palabra, tan filósofo, marido del Norte hecho de una sola pieza y de una vez.

La esperaba sin impaciencia y sus ausencias ó sus tardanzas, que en otro hubieran engendrado sospechas, nubarrones celosos, herr Preben las excusaba con lógica insuperable. ¡Cosa más natural! Y cuando al volver de su oficina, marcando sus lentos pasos de buey gordo, la veía de codos por la vidriera del *conditori*, delante de la mesilla de costumbre, se quitaba de la boca la negra pipa para saludarla con una sonrisa paternal, que parecía decirla:

— No te molestes, bella Astrid, la del lunarcito azul, y quédate ahí todo el tiempo que quieras, que yo no tengo prisa ni soy un ogro desconsiderado. Comprendo que te distraigas más en el café que al lado de mis cincuenta años. ¿No sería pretensión ridícula exigir lo contrario? ¿Y en qué consiste el que la humanidad no sea dichosa, sino precisamente en eso, en pedir á las cosas lo que las cosas no pueden dar? Adiós, Astrid, hasta ahora.

Y la dirigía con la mano el ademán que en todas partes expresa llamamiento y aquí, por ser todo al revés, significa despedida:

— Adiós, Astrid.

IV

El paraguas cubre la mercancía

— Antes de volver á casa daremos un paseíto por la Ostersogade: bordearemos los lagos, veremos á las gaviotas correr sobre el hielo y buscar refugio en las barcas cubiertas de lona. Iremos paso á paso, para que dure más el placer de estar juntos... — dijo Aage al oído de Astrid.

— Preben no ha pasado todavía — contestó miedosa Astrid; — podemos tropezarlo; puede vernos.

— No importa. Aunque pase, no nos verá. Traigo mi paraguas y á su sombra nos resguardaremos.

Enlazados los dos brazos, apretados y como fundidos el uno en el otro y ambas manos palma contra palma, salieron del zaguán y bajo la cúpula de seda del paraguas embutieron las cabezas, de modo que dentro de él desaparecían y no había Argos que les reconociera. Llovía tan finamente, como si cayese

de las nubes polvillo de cristal. En la acera húmeda la luz de los escaparates, aquí, allá, dibujaba manchas amarillas, deslumbradoras; pero había largos espacios de obscuridad, más profunda entre aquellos oasis resplandecientes, y que la pareja aprovechaba para estrecharse con afán.

Lo mismo daba que fueran hacia la Ostersogade ó á cualquier otra parte: el pretexto era pasear juntitos y gustar del placer de acompañarse á hurto de herr Preben. Á aquella hora, las gaviotas, que son personas formales, estarían ya recogidas, y como no habían de sorprenderles, cuando en la mañana fueran á solicitar á la ventana del buen señor la limosna de un mendrugo, aéreas pordioseras, no le llevarían el chisme de que á tal hora y por tal calle la señora Astrid y el caballero Aage gustaban miel de amores bajo el paraguas. No les sorprenderían, no. Ni las gaviotas, ni persona alguna, tan escondidos iban, á la sombra protectora de aquellas alas de murciélago, que parecían las del diablejo amparador de su culpa.

Y de pronto dijo Astrid, entre un beso y un suspiro:

— ¿No es Preben aquél? ¡Ay, que miedo tengo, Aage!

— Tu marido no será — contestó el joven —

pero su facha es la misma: la misma barriga, la misma nariz hinchada, de la que le cuelga la moquita... Hasta está sentado encima de un barril, indudablemente de cerveza.

Riéndose, se acercaron y vieron que era un pasmarote hecho de nieve, en la esquina de la Languelinie, tan perfectamente modelado que demostró ser buen alarife quien lo hizo y dispuso, con artística habilidad, los detalles escultóricos del muñeco, y eso que, por comenzar á derretirse, como un cuerpo muerto que se descompone, la liquefacción le había comido parte del sombrero, la barba, los faldones de la levita y una mano. Tieso aún, sin embargo, se deshacía en lágrimas lastimosamente y parecía el barrigón herr Preben, en efecto, llorando por las escapatorias de su mujer y diciéndole con su boca helada:

—¡Te veo, Astrid, pícara Astrid, te veo! Y ese que te acompaña es el nene de la Guardia. Á los dos veo y los reconozco, porque para un marido no hay paraguas que valga.

— Ay, vámonos, Aage—susurró la dama. —Nos mira, ¿no observas cómo nos mira?

Y al oído del risueño enamorado explicaba que no era aquel temor suyo otra cosa que delicada precaución de mujer que sabe guardarse. ¡Celoso herr Preben! No. ¡Y menos á la manera de los maridos del teatro latino!

¡Qué horror! La dejaba una libertad... El arma que ella temía, el castigo que la hacía temblar, era el divorcio. Sabía muy bien que herr Preben no la mataría, disparándola una pistola ó estrangulándola con sus rechonchos dedos de menestral, pero también sabía que si la cogía en flagrante delito de adulterio, sin alterar su mansedumbre, la aplastaba al peso de la ley; la ley, arma suprema que, precisamente por no manejarla la pasión sino la fría y serena justicia, hiere con mayor acierto.

—¡Vámonos, Aage, nos mira! ¿No ves cómo nos mira?

V

Nieve y fuego

Marchaban despacito, por Groningen primero y luego por Osterbrogade, para que durase más la grata compañía, avaros del tiempo, del que apuraban los minutos como un buen fumador la colilla del cigarro. Y en esto comenzó á nevotear. Aquel polvillo cristalino

que finamente caía se convirtió en remolinos de arena blanquísima, que antes de que ellos se dieran cuenta bordó de blanco los esqueletos de los árboles, los listones de granito de la acera y la obscura caparazón del paraguas. Sobre las aguas del lago en que miraban los faroles sus cascos amarillos de centinelas aburridos, ninguna gaviota se divisaba; á trechos líquidas las aguas, á trechos petrificadas por el frío, estos islotes se blanqueaban también y no parecía sino que del fondo brotaba y los cubría por encanto gracioso tapiz de margaritas.

— ¿Es que nieva, Astrid — dijo en lo hondo del paraguas la voz de Aage — ó eres tú la que resplandece?

— Sí nieva, Aage — murmuró Astrid — pero... ¿no sientes tú mucho calor?

Afuera el frío y la nieve; dentro el amor y el fuego. Marchaban despacito y hubieran deseado poder refugiarse en alguno de aquellos bretes, estrechísimos, de verde yedra ó de laurel, que sobre la acera y durante el verano ofrecen los cafés á toda discreta y amorosa confidencia: bien apretaditos en la banqueta, ocultos en la hojarasca sombría, ¡qué grato les sabría el cariñoso picoteo y el wisky á sorbos lentos y pausados! Pero el viento y la lluvia habían desalojado hacía tiempo tan

amables lugares de intimidad, y como no se metieran en algún saletón ahumado, repleto de mirones ó en el nido aquel del patio negro de Bredgade, la pieza calentita y hospitalaria de la mosca castaña...

— No, Aage — protestó ella haciendo temblar la armazón del paraguas — no quiero seguir comprometiendo á la pobre Karen... Y es muy expuesto, muy expuesto... Además, Preben me estará esperando y tampoco quiero que me espere, que se impaciente... que pueda impacientarse. Mira, cuando vuelvas de las maniobras, ya buscaremos un sitio seguro... Por ejemplo, ¿por qué no alquilas un *vaerelse* amueblado, modestito, de poco precio?

— ¡Un *vaerelse!* Astrid, hermosa Astrid, ¿no sabes que el amor anda siempre escaso de dinero? Aun me viene corto para pagarle á Karen su beneficiosa tercería...

— Pues, ya buscaremos el medio, Aage, ó los medios... Así, no puede ser. El mejor día caemos en la trampa.

— Contigo estoy dispuesto yo á caer en cien trampas.

— Pues, yo no, Aage, yo no. ¿Estás loco?

Marchaban despacito sobre la inmaculada alfombra de armiño en la que, brutalmente, hundían los pies, marcando negras huellas que semejaban cicatrices en carnes virgina-

les. Atrás, el murmullar lejano de los tranvías y de los automóviles; pero, por la avenida del lago, nada más que el silencio, un silencio de misterio que, de aparecer una góndola sobre las aguas obscuras, en tal sitio simulara la música de un paisaje veneciano. Y la idea, el picante recuerdo del nido de la mosca castaña, encalabrinaba á Aage. ¡Qué bien estarían allí! Karen tendría encendida la chimenea y como otras veces les subiría del café el chocolatito con pastas y les dejaría solos, discretamente... ¡Qué discreta era Karen! ¡Y qué cuarto más monísimo el suyo! Nunca le faltaba el lindo ramo de tulipanes en el largo florero de vidrio, tulipanes blancos, ó rosados, ó carmesíes, ó amarillos, ó disciplinados de rojo y amarillo. Y también rosas ó flores silvestres, de estas que sonríen, en primavera, prendidas en los cercos, y á las que el arte de la jardinería ha rendido los honores del cultivo... ¡Qué rico les sabría el chocolatito en la alcoba tibia de Karen! Y si se impacientaba herr Preben, bueno, ¿y qué? ¡Impacientarse él, tan cachazudo! ¿Qué apostaba á que estaba ahora fuma que te fuma su pipa sin acordarse para nada de su mujer?

— Cuando vuelvas de las maniobras, ya buscaremos los medios — repetía denegando

Astrid con firmeza; — á casa de Karen, no, no... Ten paciencia. No quiero, ¿sabes?, que se me indigeste el chocolate y que la campanilla de los tulipanes me dé la alerta el mejor día.

— ¡Astrid, perversa Astrid! — suplicaba tiernamente el galán.

Marchaban despacito. Afuera nevaba y hacía frío; adentro... ¡uf! ¡qué calor hacía dentro del paraguas!

VI

Donde á herr Preben le remuerde la conciencia

Cuando Astrid entró en su casa eran pasadas las nueve. Encontró á su marido en el saloncito, espatarrado tan á gusto en el sofá de caoba y sarga verde, fumando su pipa, después de haber cenado de frío, según costumbre danesa. Algo inquieta la dama, le dió las buenas noches, y herr Preben, con alegría de verla, pero sin moverse, como si cualquier movimiento pudiera perturbar la

labor de su monumental barriga, la saludó paternalmente :

— ¡Muy buenas, señora mía, muy buenas! ¿Has comido? Cuando pasé por el café y no te vi, pensé si te habrías ido á cenar con tu madre.

La cara de Astrid le hizo entender que no había cenado ni con su madre, ni con nadie, y herr Preben saltó del sofá, olvidado ya de su digestión, á la manera de un globo que va á remontarse. ¡Sin cenar! ¡Pobrecilla! ¡Y él, repleto de salchichón y de *skinke*, con dos medias de cerveza dentro, no la había esperado, no había tenido la cortesía de esperarla, cuando el mal tiempo pudo muy bien demorarla en la calle! ¡No siempre el automóvil pasa á punto ó llega el tranvía con el asiento desocupado que se desea! ¡Grosero herr Preben! Si no merecía tenerla por mujercita, no; no merecía ser dueño de aquel lunarcito azul adorado.

La rodeaba exageradamente solícito y le ayudó á sacarse el sombrero, y con su pañuelo secó las salpicaduras de la nieve. Á hurto de ella le metió el hocico en la nuca y estuvo hozando en la mata rubia todo el tiempo que le vino en gana, porque Astrid, de gusto de hallarle tan de buen talante, se reía... Olía á tabaco la nuca de Astrid, de los besos de

Aage y de los cigarrillos que en el café había consumido, apestaba á tabaco y no á esencia femenina, y acostumbrado al tufillo hombruno herr Preben se regalaba á su sabor.

— Soy un grosero, ¿verdad? Te pido perdón, humilde perdón, y me impongo el castigo de llevarte al Palace ó al Bristol. Cenarás con música todo cuanto te apetezca.

— No — protestó ella; — ¿con esta noche? Además, no tengo apetito, me duele la cabeza... Luego probaré algo... ¡Si es que has dejado alguna sobra, glotonazo!

— Faltas sí encontrarás... De los muslos del pollo, el jamón y el embutido ni rastros... Já, já.

— Dime, Preben, ¿ha venido alguien ó algo para mí, desde las diez que me marché?

Fatigada, más de ánimo que de cuerpo, se sentó escurriendo el bulto á las excusas demasiado expresivas del esposo. Y como siempre que volvía de aspirar á bocanadas el aire libre callejero, en sus correrías deliciosas de vagabunda, la atmósfera del hogar, de encerrada jaula, de sótano, de calabozo, enrarecida é insoportable, ahogábala angustiosamente. Ningún objeto de cuantos la rodeaban guardaba para ella recuerdo ni bueno, ni

malo; no formaban parte de su vida, toda exterior, toda hacia fuera, sin impresiones ni emociones familiares. Reconocía su casa por el olor, como el perro que sigue el rastro, y así que entraba la acometía de nuevo el ansia de echarse á la calle, su elemento propicio, donde respiraba tan bien, se movía y distraía de tal modo que su reloj no contaba las horas y no marcaba otra que la de la forzosa vuelta, la de la encerrona odiosa.

Y observándola herr Preben tan displicente y esquiva, sentía unos picotazos terribles en la conciencia. ¡Grosero herr Preben! ¡bárbaro y cien veces bárbaro herr Preben! ¿te parece á ti que ésta es manera de tratar á tu mujer, engulléndote la cena sin esperarla? ¿que es manera ésta de hacerte perdonar tus cincuenta años y de armonizar dos cosas que rabian de estar juntas, la juventud y la vejez? ¿cómo no ha de fruncir el gesto Astrid, si le das la mejor prueba de que no te importas de ella y no te preocupas sino de tu barriga? ¿cómo no ha de gustar andar de callejeo antes que quedarse contigo? ¡cosa mas natural!

Pasito á paso, herr Preben se acercó á su mujer, tan afligido que casi tenía ganas de llorar.

— Mira, Astrid, ponte el sombrero y vamos al Palace. Quiero que cenes. Quiero que te

distraigas. En casa te aburres y yo no quiero que te aburras.

— Pues yo no quiero ir á ninguna parte — repitió ella ; — déjame en paz.

¡Al Palace y con herr Preben! Si fuera con Aage...

VII

Un vigilante que abre el ojo

Salía días después herr Preben de su casa, camino de la oficina, y en el portal, entre las negruras de la calle, donde aunque era de día parecía de noche, le asaltó una sombra que se desprendió del quicio... En medio de la calzada, escoba en mano, el portero, de chaqué, hongo, cuello almidonado y flor en el ojal, barría concienzudamente y saludó á herr Preben con tanta ceremonia, que rozó el ala del sombrero con los adoquines. No era la sombra tan cortés, porque ni se descubrió, ni se apartó, sino que se le puso delante y con familiaridad le metió la mano por debajo del brazo, invitándole á andar, y

herr Preben debió reconocerle, pues dejó que le llevara. Era, sin duda, la voz amiga, á quien no se le da un nombre, ni se le señala determinada facha, requisito inútil, que cada cual lo vestirá á su gusto y lo llamará por su apodo, seguro de que traje y mote le caerán á maravilla.

Dando zancadas á compás el cervecero y su acompañante, se esfumaron en las tinieblas. Negro el cielo, negras las paredes que pasaban en desfile, no cabía mejor escenario ni más propio para el tenebroso asunto que les reunía.

Y la voz amiga, la primera, entre las vueltas solapas del gabán peludo, resonó broncamente:

— Ya sabes, Preben, que siempre me he interesado por ti, como un hermano...

— Lo sé — contestó herr Preben entre su bufanda — y te lo agradezco.

— Recordarás que cuando tu boda con Astrid, te obsequié con ciertas advertencias...

— Lo recuerdo.

— De las que no hiciste aprecio, puesto que te casaste.

— Y estoy muy contento de haberme casado y de no haberte hecho caso.

— Vamos á ver si cuando oigas lo que tengo que decirte, sigues pensando lo mismo.

— Pues, suéltalo ya, que yo, después de oirte, te diré si pienso ó no pienso lo mismo.

— Óyeme, Preben, óyeme...

De entre la bufanda y las solapas se escapaba un chorro de vapor, como el de dos locomotoras, y á medida que el diálogo se avivaba envolvía en blanca neblina las dos cabezas negras. Y al retumbar de las zancadas en la calle cavernosa, insinuó herr Preben:

— Sea lo que fuere, imagino que bueno no ha de ser.

— Es malo, Preben, malísimo. Óyeme. Te acuerdas que entonces te hablé de un oficialito de la Guardia llamado Aage...

— Sí, me acuerdo.

— Pues, con ese oficialito de la Guardia, con Aage, continúa en relaciones tu mujer, relaciones ayer inocentes, hoy culpables.

— ¿Culpables?

— Culpables, Preben. Tengo pruebas. Se ven cada lunes y cada martes en un *dame-cafe*. Yo sé cuál es el *dame-cafe*. Te lo puedo indicar, si quieres; allí te puedo acompañar, si gustas. Y te convencerás, sin necesidad de mirar por la cerradura del cuarto de la señorita Karen, la pastelera, que Astrid y Aage se entienden... ¿Me entiendes tú, Preben, marido confiado y cegatón?

El vaho blanquecino, que salía de la bufanda aumentó de volumen, fué torrente, pero sin arrastrar palabras, cual si la boca se abriera para el paso de una aspiración anhelosa, hija de la disnea. Y de las solapas, como de máquina que fuerza la marcha, se exhalaba el chorro á escopitajos :

— ¿Quieres esta noche, Preben? Yo te esperaré en Bredgade. No hay necesidad de tomar mayores precauciones. En el mismo portal del café hay una tienda de postales : esperaremos enfrente á que ellos se reunan ó en la misma tienda ; luego entraremos en el patio, que es negro, y en el fondo subiremos la escalerilla de la habitación de la señorita Karen... Subiremos ó no. Porque tú harás lo que se te antoje, Preben, incluso no hacer caso de lo que te digo, ni acudir al *dame-cafe* de las cercanías de Bredgade.

— Allí está todas las tardes — barbotó el cervecero, — la veo al pasar, por el cristal...

— Sí ; y después de pasar tú, no siempre, pero con bastante frecuencia, pasa ella al interior del *conditori*.

— ¿Con el otro?

— Con Aage. Yo preciso, llamo á las cosas por su propio nombre.

— ¡Deseo comprobarlo!

— Lo comprobaremos. Hasta luego á las ocho, Preben.

— Hasta luego.

Separáronse ambas sombras y el rumor de sus pasos, en contraria dirección, fué debilitándose hasta extinguirse.

VIII

La trampa

Son las ocho y media. Llueve. En la mesa del *conditori*, en la misma mesa, delante del cristal suscrito de firmas, está la linda foca de marras, con su sombrerón, su manguito y el platillo del té bien dispuesto. En la salita voltejea la mosca castaña que, de cuando en cuando, viene á posarse junto á la foca, con quien cuchichea de graves asuntos, sin duda. Enfrente, lodazal de por medio, el oso amante se impacienta y hace telégrafos con la zarpa enguantada... La foca sonríe, la mosca se agita y el oso se enfurece, dando vueltas sobre el umbral que le sirve de refugio y ame-

nazando saltar sobre la acera y asaltar el escaparate.

Antes, mucho antes, dos hombres furtivos, de bufanda hasta los ojos el uno y de derechas solapas el otro, entraron en la tienda de postales y se pusieron en acecho: vieron llegar á la foca primero, embutirse luego al oso en su hueco de enfrente, y cuantos mensajes cruzaron la calle, ambos espías los cazaron al vuelo, con la paciencia y el acierto del que en un matorral espera que la víctima se ponga á tiro para disparar. Ni el oso ni la foca, pobrecillos, podían percatarse de lo que el de las solapas y el de la bufanda tramaban, porque éstos, detrás de la puerta del ancho zaguán, cubiertos los cristales de coloreadas tarjetas que fingían examinar, se disimulaban muy bien, y ni la mosca castaña, vigilante y curiosa, alcanzaba á descubrirlos. Además, ella tenía bastante con sus pasteles, y es sabido que nada es más difícil de guardar que una golosina.

Entretanto, parecióle al oso que la espera se prolongaba demasiado y se arrojó al arroyo para ir á mostrar el morro dorado á la otra, que se excusaba, se alzaba de la mesilla, llamaba á la mosca, alarmadísima y confusa. Y conforme desaparecía él, imprudente, de su hueco de la tienda de postales, los dos

hombres escurríanse cautelosos y en un ángulo del patio lóbrego se guarecían, arrimándose á la pared y fundiéndose en la obscuridad.

— Por aquí tienen que pasar — susurró entre las solapas la voz amiga. — Han de venir, si vienen, por la estela de luz del portal y no te será difícil reconocerlos. Pueden hacerlo también por el interior del café, pero de esto se cuidan, á causa de los demás parroquianos.

— Creo que ya vienen — anunció temblorosa la voz de la bufanda.

— Sí vienen — aseguró el otro. — ¡Atención!

Venían, en efecto, los dos inocentes, andando entre el resplandor como si, en su amoroso sueño, hollasen las alturas siderales, vestidos de claridad, que les denunciaba de lejos á toda asechanza y perfidia. Los ojos en los ojos, presas las manos, palma contra palma, pasaron tranquilamente, salieron de la luz y se sumergieron en la noche del patio... Frente al zaguán había una puerta y á los pocos pasos de esta puerta arrancaba la escalera de vecindad. Ambos entraron por esta puerta y subieron por esta escalera, á obscuras ó poco menos. Y detrás de ellos entraron y subieron también el de la bu-

fanda y el de las solapas. Unos pasos encubrían los otros pasos, y los primeros no escuchaban á los de abajo; no escuchaban más que los latidos de su corazón y el chasquido de sus besos, cambiados en cada peldaño y pagados por el uno y por el otro generosamente. Subían la escala de la felicidad y el amor les daba alas y les tapaba con sus rosadas manitas ojos y oídos.

Arriba, muy arriba, en el cuarto piso, que era para ellos el quinto cielo, se detuvieron, y la foca, lindamente, abrió con la llave que llevaba la habitación de la señorita Karen. Entonces, ya en el pasillo obscuro, oyeron como el resoplar de un fuelle en la escalera, y antes que el galán cerrar pudiese y salvarse, surgieron los dos hombres: el de la bufanda cogiendo la hoja para que no se cerrara, y el de las solapas rascando una cerilla y alzándola encendida, como bastón de autoridad.

— ¡Alto ahí y que nadie se mueva!

Á la luz de la cerilla herr Preben reconoció á Astrid y á Aage, y Astrid y Aage reconocieron perfectamente á herr Preben. Pero, ni herr Preben, ni Astrid, ni Aage soltaron palabra... La cerilla se apagó, cerróse de un golpe la puerta, y las patadas de ambos polizontes, que bajaban, sonaron miedosamente en la tétrica escalera.

IX

Astrid, ¿qué has hecho de mi honor?

Cargó su pipa herr Preben y pausadamente se encaminó, solo y cabizbajo, á su casa. Al decir de los entendidos, no hay nada que ayude mejor al mecanismo de la reflexión que este chupar de un canuto y despedir humo por la boca. La pipa, pues, con la cariñosa solicitud de una amiga antigua, prestó su consejo á herr Preben en tan doloroso trance, y, cuando más tarde, espatarrado cual de costumbre sobre el sofá de caoba y sarga verde, esperaba á Astrid en el caliente y bien alumbrado saloncito, contribuyó á serenarle, exhortándole de manera que, echándole el humo á los ojos, misericordiosa, borró lo que había visto ó hizo que lo que había visto le pareciera á herr Preben la cosa más natural del mundo, como lo era, en efecto.

¡Oh, pipa sabia! ¡oh, maestra en humana filosofía! ¡oh, psicóloga profundísima! Colgada de los labios de herr Preben mientras

esperaba á Astrid (la esperó hasta las doce y tiempo tuvo para el registro de su conciencia), colgada, digo, de los labios de tu afectísimo amigo, le sugeriste las más juiciosas ideas en su hondo cavilar, y poniéndole la verdad por delante, ó sea llevándole hasta el espejo y obligándole á que se mirara, le trajiste como de la mano á confesar que Astrid no tenía la menor sombra de culpa... Él era viejo, barrigón, de cara verrugosa y encendida, pesado y tal vez, seguramente, fastidioso, cargante, insoportable. Tal vez cuando solicitaba una caricia de su mujer, se le cayera la baba y esta baba oliera mal. Tal vez cuando la abrazaba la hiciera daño, á ella, tan delicada, y se mostrara grosero. Sí, grosero en todo, en el parecer, en el hablar y en el sentir. La pipa se lo decía. El espejo se lo declaraba á voces. Su conciencia se lo repetía á gritos. Grosero, herr Preben, ¡viejo y grosero!

¿Qué extraño, por lo tanto, que Astrid cayera en la tentación de Aage? ¡Un Aage hermoso como aquél, un joven de apolínea belleza como aquél, sobre todo, más que todo, joven, joven, joven! La riqueza podrá avasallar un corazón por la fuerza, pero no lo conquista como la juventud. Él también, herr Preben, hizo lo mismo: no buscó para su

amor una vieja desdentada y repulsiva, buscó una linda muchacha, buscó á Astrid, la del lunarcito azul. ¿Por qué este derecho del instinto, esta inclinación poderosa del alma á la frescura y á la belleza había de serle negada á Astrid? Si le daba la alegre independencia de los pájaros, ¿por qué imponerle la tiranía de un afecto, de un apego soldado por la ley, pero repudiado por la justicia? ¿Aguantaría él la compañía de la vieja consabida, la daría él los besos que ella le pidiera cayéndosele la baba mal oliente? ¡Ay, no! Jamás. Y si encontrara en su camino á Astrid, ¿resistiría á los encantos de Astrid? No, seguramente no. Entonces, desdichado herr Preben, ¿te convences que sobre la ley escrita, encima de todos los códigos, existe una ley suprema que es la ley de la vida?

El marido infeliz agachó más la cabeza y no osó replicar ni á la pipa, ni al espejo. Vencido, pensaba en su soledad, si el pajarillo, que mal que bien lo alegraba, no volvía al nido, prisionero del lindo Aage. Y se arrepentía, con remordimiento vivísimo, de haber cedido al reclamo perverso de la voz amiga... En tal situación, vale más no saberlo, y si la sospecha viene, como negro moscardón, á perturbar la serenidad de los días conyugales, ahuyentarla y abrir la ventana para que salga

ella y penetre el aire refrigerante de la sana realidad.

¡Si Astrid no volvía! Acaso no volvería, porque, la verdad, había estado él muy grosero en la sorpresa, como un polizonte vulgar. ¡Grosero en todo, herr Preben, grosero, grosero! Haría muy bien en no volver Astrid, muy bien ¿Á qué volver, después de lo ocurrido?

Los pasos menudos de Astrid que volvía, á las doce, lo arrancaron del sofá y de sus reflexiones. No supo qué cara poner para recibirla, y si recibirla enojado, con fría cortesía, ó tristemente resignado. Y como Astrid entrara muy estirada, fría, y sin mirarle se sentara en la butaca, mudos los labios, con trazas más de acusador que de delincuente cogida en la trampa, creyó herr Preben que su dignidad le obligaba, por lo menos, á decir algo gordo, alguna frase hueca de seguro efecto, y puesto delante de ella, la barriga prominente, el gesto trágico, conmovida la voz y llorosos los ojos, declamó gravemente:

— Astrid, Astrid, ¿qué has hecho de mi honor?

X

Por esta vez...

En la trapatiesta de tan memorable noche, había perdido Astrid su bolso bordado en hilo de plata, y francamente, esta pérdida la dolía mucho, acaso tanto, acaso más que todo. ¿Dónde estaba el honor de herr Preben? ¿se lo dió él á guardar en alguna parte? ¿qué baratija era ésa tan expuesta á extraviarse como el bolso? ¿dónde lo puso, que lo perdió tan fácilmente? ¿y dónde dejaría, dónde, su precioso bolso bordado?

Marcando con los hombros un movimiento de enojo, contestó á la dramática pregunta del marido.

— ¡No sé!

Y luego, precipitadamente, evitando el que sus miradas se cruzaran, añadió:

— Mañana, señor mío, mi abogado se entenderá con el de usted. Es preferible que dos abogados arreglen esta cuestión : nosotros la embrollaríamos; es muy posible que, llevados

de nuestro genio, llegáramos á disputar... Porque si lo que yo he hecho no está bien, no está bien tampoco lo que usted ha hecho y esta diferencia de apreciación, con los demás cargos evidentes, vale más que lo pesen y ajusten á derecho personas del oficio. El que yo sea declarada culpable del divorcio no me inhibe de defenderme... Y después de lo pasado esta noche, estoy dispuesta á defenderme.

Herr Preben, como actor que en un pasaje declamatorio oye un silbido, se desconcertó completamente:

— ¡Divorcio! ¡abogados! ¿qué dices Astrid?

— Digo — repitió Astrid con mayor entereza y atreviéndose á arrojarle un saetazo de sus ojos celestes — que deseo que mañana mismo nombre usted su abogado... Las formalidades del divorcio que sean tôdo lo rápidas posible. Porque, usted, señor Preben, pedirá el divorcio. Es natural, está en su ley. Ahora que no lo obtendrá con todas las agravantes para mí. De eso se trata. Entretanto, ruego á usted me permita quedarme aquí esta noche. Mañana, á primera hora, le prometo desalojar mi alcoba, librarle de mi presencia, que debe de serle odiosa, é irme á casa de mi madre. Pedirle asilo á mi madre esta noche era asustarla... Sin embargo,

si no quiere usted que me quede, pasaré las horas que faltan para el alba en una posada.

Afligido profundamente, herr Preben no encontraba palabras. Fruncía las cejas, estiraba y recogía los labios, erizados de cerdas anaranjadas, y el sudor le corría, por su cara rojiza, á chorros. Tomando su silencio por aquiescencia á su destierro inmediato, Astrid se levantó y dignamente dirigióse á la puerta de salida. Se alejaba y con ella el aroma de su juventud, el encanto de sus gracias, la alegría y la felicidad, llevándoselo todo, hasta el lunarcito azul del labio.

— ¡Astrid, Astrid! — clamó herr Preben.

Y confuso y balbuciente, la obligó á detenerse, la atrajo á sí y teniéndola muy apretada, la dijo con susurro amoroso que se avergonzaba de modular:

— Mira, Astrid, yo no he visto nada ¿entiendes? y como no he visto nada, nada sé, y como nada sé,no hay para qué pensar en divorcio, ni en abogados, ni en proceso de ningún género. Figúrate que nada ha pasado y que lo de esta noche es un mal sueño, una horrible pesadilla. Con esto y con que tú me prometas no volver á las andadas, está el asunto arreglado sin necesidad de leguleyos. Y con prometerte yo que te trataré con más mimo, con más consideración, con

más cortesía, que te daré... hasta más libertad, si quieres. Es natural, muy natural. ¡Si eres joven, si eres hermosa! Astrid, bella Astrid, ¿echamos los pelillos á la mar? ¿me prometes... eso... eso? ¿te quedas á mi lado para siempre, siempre, mi dulce compañera? Ea, quítate el sombrero y deja el manguito. La dicha hay que tomarla en la copa que quiera el destino ofrecernos. ¿Te quedas? ¿me perdonas? ¿nos perdonamos mutuamente?

Astrid, sonriendo, le abandonó sus manos, y luego su frente y su boca que herr Preben besó con delirio, mientras refunfuñaba:

— Bueno, ¿eh? por esta vez...

FARVEL

(*Adiós*)

I

Donde herr Olsen aparece entregado á sus filosofías.

El alto, seco y aquijotado catedrático de la *Universitet*, herr Knud Olsen, una de las últimas tardes de otoño miraba por las vidrieras de su despacho su jardinillo de Hellerup, que las hojas volantes, en oleadas rumorosas de oro y bronce, inundaban por todos los senderos hasta topar en la tapia enana revestida de enredadera color de cobre, y saltando, desbandandas, iban á ahogarse en las aguas plomizas del Sund. Dos cosas, dos asuntos cada cual grave de suyo, preocupaban al escuálido señor, que del examen del uno pasaba al otro,

y de éste al primero, en trabajosa concatenación, devorando cigarrillos que, en la ancha boca, bajo el recortado bigote rojo se encendían y apagaban á intervalos, ya se erguían vivos de lumbre, ya colgaban cubiertos de ceniza, y mucho antes de apagarse ó poco después de encenderse caían en la tarpeyana sima de una escupidera próxima, cuando no quedaban cogidos entre los dientes, olvidados.

Y era que el digno catedrático de la *Universitet*, herr Knud Olsen, pensaba en Herdis, su hija, y en fru Ingeborg, su mujer... Herdis, desgraciadísima en su matrimonio, ligada á un hombre de aventuras y de crápula, estaba en instancia de divorcio ; pero, no bastaba separarla del marido, Iver: había que buscarla otro, un hombre honrado que mirara por ella y apadrinara á sus dos hijos, dos ideales querubines. Herdis sin marido, sus hijos sin padre, era problema tan difícil como el de librarlos de Iver, el calavera. Para herr Olsen todo esto se resolvía casando á Herdis con Borge, su amigo de la infancia, algo cascadillo ya, es cierto, y sin embargo muy apreciable por su carácter y su dinero. Borge haría un excelente marido y un padre perfecto. Y como herr Olsen no sabía perder el tiempo, se lo tenía·él mismo insinuado á Borge y para que éste, si se decidía, no encontrara resistencia en Herdis, la

convenció á Herdis que, rota la cadena de Iver, su conveniencia y la de sus querubines, la felicidad de la desamparada familia, estribaba en una nueva boda; y ¿con quién mejor que con amigo suyo tan querido? Á tales razonamientos casamenteros, expuestos con la autoridad del magíster, Herdis no pareció oponer más reparo que el de fingidos *veremos, ya lo pensaré, hay que pensarlo bien*; pero, el señor Borge alegó, con franqueza, que sus años...

¡Sus años! Cincuenta y cinco largos. ¿Y qué? Lo mismo que él, herr Olsen, y los llevaba Borge que parecían treinta. Precisamente sus cincuenta y cinco años, la flor de la madurez, edad en que todas las cualidades del espíritu adquieren su más amplio y espléndido desarrollo y libre, al fin, generalmente, de trabas, se halla mejor dispuesto al cumplimiento de su misión altísima, le señalaban para marido de Herdis y heredero y sucesor de Iver.

Bien casada Herdis, no le quedaba á herr Olsen más preocupación que sus otros hijos, la pequeña Valborg, en pensión desde los seis años, y el joven Herluf, que á aquellas horas, vestido de *boy scout*, andaba de mataperros por esos campos. Pero, en ellos, tiempo tenía de pensar cuando fru Ingeborg muriese, y que fru Ingeborg se moría, no ca-

bía la menor duda. El médico lo decía... Se moría poco á poco, en una agonía lenta, que duraba demasiado. La vida se le acababa á pedazos y cada estertor era como el chisporrotear de una lámpara sin aceite. Agonía cruel, para la paciente y para los videntes que, al cabo, en pacientes se convertían y en impacientes también, tan poderoso es el humano egoísmo y tanto llega á cansar un espectáculo cotidiano si mucho se prolonga. Sí, fru Ingeborg se moría, pero tardaba bastante en morirse.

Pensares todos estos muy graves que hacían devorar cigarrillos á herr Olsen, el digno catedrático de la *Universitet*, mirando el revolar de las hojas doradas, broncíneas y cobrizas de su jardinillo de Hellerup una de las últimas tardes de otoño.

II

El corazón de fru Ingeborg.

No ha llegado jamás á averiguarse de qué se dolía el corazón de fru Ingeborg: de des-

engaños juveniles, de desdenes de su marido ó despego de sus hijos. Para diagnosticar esta clase de dolencias, no hay estetoscopio que valga, y lo único que los médicos pueden atestiguar es que la aorta, los músculos ó tal ventrículo están más ó menos afectados y lesionados menos ó más, pero qué motivo hubo para el desorden, qué causa para una herida mortal, eso acaso sólo el paciente lo sepa y se lo calle. ¿Lo sabía fru Ingeborg? ¿escondía algún secreto en los repliegues del dolorido corazón? Á nadie se le ocurrió preguntárselo, y como ya se ha muerto nos quedaremos nosotros en ayunas como el médico. Sin embargo, se lo preguntaremos á herr Olsen, porque no nos cabrá en la cabeza que, sin amar y sin sufrir, un corazón se desgaste, como no se desgasta una roca sino á los embates furiosos del mar.

Y herr Olsen dirá: — Me casé con Ingeborg á los veinticinco años sin querernos gran cosa, y después de haber tenido ella tantos novios como yo novias. Juraría que á ninguno de sus novios quiso ella de verdad y á mí menos que á ninguno. Por eso fuí su marido. Antes de casarnos, mucha tontería, mucho paseo por los bosques, mucho viaje juntos; después de casarnos, hemos vivido separados, moralmente, y el matrimonio,

al atarnos en lo material, nos desligó el alma. Pero conste, hay que hacer constar muy alto, que ni yo he dado disgustos serios á Ingeborg, ni ella me los ha dado á mí. Casi me atrevería á afirmar que ni ligeros siquiera. No hemos disputado nunca. Cada cual ha respetado la libertad del otro religiosamente. Libertad en pensar y obrar dentro de las conveniencias mutuas y de las ajenas. Si no hemos sido amantes, hemos sido amigos, y si jamás la he hecho llorar, tampoco la vi llorar nunca.

Y Herluf y Valborg dirán: — Somos dos niños sanos y alegres, que nunca causamos á nuestra mamá pesadumbre, pero jamás recibimos de ella un beso, aunque le dábamos muchos.

Herdis, la mal casada, agregará: — Es cierto que con las trapisondas de Iver, tal vez mi madre se sintiera entristecida, parece natural que se entristeciera... No se entristecía, sin embargo, porque no lo demostró con gesto, ni con palabras: si algo sentía, no le salía nada á la superficie. ¡Todo se le quedaba dentro!

En esto, precisamente en esto, ¿no estará la clave de la dolencia de fru Ingeborg? Un corazón que no sabe ó que no puede desahogarse, que va recogiendo gota á gota el veneno de las sensaciones, sin que la burbuja siquiera de un

suspiro denuncie el desborde del vaso, ¿no queréis que enferme y muera? ¡oh indiferente herr Olsen! ¡oh Herdis desaprensiva! ¡oh Herluf y Valborg inocentes! y usted, señor doctor, que con digital pretende normalizar un órgano herido por las penas, espinas recónditas é invisibles, ¿qué ha de curar lo que no ve y lo que no sabe? Amor antiguo, conyugales agravios ó dolores filiales, algo, sin duda ninguna, tiene clavado en el corazón fru Ingeborg. Ella no lo dice. Tampoco se queja. Echada en el sillón, cuenta las horas y los latidos. Entra y sale el médico; entran y salen el marido y los hijos. La muerte es la que no llega: la muerte, que todos esperan y tarda. En el jardín los árboles se desnudan, la luz declina; todo se dispone á dormir... Ella también, ella también con el secreto de su vida dentro, profundamente enterrado, tan hondo que en treinta años no se lo descubrieron; nadie sospechó que lo escondía, asombro de discreción y fingimiento. Mejor no ha de encubrirlo la tierra de la sepultura. El cáncer que devora las entrañas se delata desde luego, tan pronto hinca las garras; un secreto que se oculta, aunque desgarra también, no llega á saberse nunca. Basta encerrarlo en el arca del corazón.

Y el corazón de fru Ingeborg no podía ya

con carga tan pesada. Su mecánismo resentíase del obstáculo que, durante treinta años, estorbaba el desembarazado juego de sus movimientos. Grano de arena, paja liviana depositada en las delicadísimas ruedecitas, aquel secreto no dejaba que el noble péndulo funcionara á su albedrío, y así como el desconcierto de las horas en un reloj descompuesto, en el desmedrado cuerpo de fru Ingeborg la sangre y la vida se entorpecían. Entre los ahogos de la sofocación, el martillar desordenado ó tictaquear lento de agonía, fru Ingeborg no apartaba las manos del seno : allí estaba el secreto que había de llevarse á la tumba y no quería descubrirlo, ni que nadie se lo descubriera.

III

Un reloj que no quiere andar.

Apartóse de la vidriera herr Olsen y se puso á hurgar en el reloj de la chimenea. Era un reloj viejo, Imperio, de balancín de bronce entre las cuatro columnas de un tem-

plete de nogal, que le había marcado todas sus horas de casado, las tristes y las alegres, adelantándose á anunciarle las tristes y retrasándose en las alegres, como todos, como todos los relojes y muchos amigos. Al igual que el corazón de fru Ingeborg, el balancín andaba mal, y herr Olsen, con maniobras que él creía sabias, ensayaba día tras día componer la enmohecida máquina, pretexto para distraerse de sus preocupaciones cuando sus mismos libros le aburrían. Y así como el médico decía del pleito cardíaco: « Todo es cuestión de normalizar... », el catedrático repetía respecto de su reloj : « Todo es cuestión de nivelar...» El toque estaba en acertar con el plano matemático en que el mudo armatoste se encontraría á su gusto, el punto de nivel exacto, y levanta de un lado, baja del otro, inclina hacia atrás ó hacia aquí, el buen señor se pasaba flemáticamente horas y horas.

Así se había pasado la vida, empeñado en hacer marchar el corazón de fru Ingeborg al unísono del suyo. Halagos, sonrisas, palabras, todo lo empleó sin éxito. Si el balancín era de bronce, el corazón de su mujer parecía de piedra. Él hurga que te hurga, pero sin hallar la convergencia de sentimientos que buscaba. Como el balancín que, á veces se hamacaba breves instantes, el corazón de fru

Ingeborg pareció latir en alguna ocasión jovialmente: así cuando nació Herdis y cuando Herdis se casó... Breves instantes, lampos de luz en la noche de una unión desgraciada.

El balancín, quieto, se burlaba de herr Olsen. Iba hacia él y de él alejábase, en volteјeo gracioso de incensario, y cuando la mano le abandonaba, perdido el ajeno impulso, quedábase aplomado perezosamente. Y en cada convulsión de éstas, estremeciéndose, parecía decirle:

— Si es inútil, herr Knud Olsen, catedrático de la *Universitet*, no te canses, que no andaré. No sabes hacerme andar, como no has sabido hacer marchar el corazón de tu mujer. Llamaste al médico y al relojero... Inútil, herr Olsen. Como fru Ingeborg sus dolamas, tengo en uno de los dientecitos, junto al ganchillo de la barra, una sombra de melladura, y como no puedo coger bien la palanca y hay además un qué sé yo... Secretos del mecanismo, herr Olsen. Ni el relojero, ni el médico ni tú lo descubrirán. Cuando me eches al basurero y vaya al cementerio fru Ingeborg, cada cual se llevará su secretito y ¡adivina, adivinador!

Aconteсía que, cansado herr Olsen de la burleta del viejo artefacto, ó deseoso, á fuer de erudito, de agotar la investigación de cau-

sas desconocidas (hay quien afirma, en contra de sus declaraciones, que, si no igual procedimiento por imposible, método tan violento intentó alguna vez con fru Ingeborg), despanzurraba al reloj, le sacaba las tripas á la vergüenza y, examinadas, limpias y fregadas todas sus partes, ensartaba cada una en su sitio de nuevo, y anda que te andarás el balancín, á regañadientes, se mecía á compás sus tres minutos, su cuarto de hora, hasta su horita. ¡Qué gusto entonces el del alto, seco y aquijotado señor, encorvado delante de la chimenea, al verle tan formalmente moverse en correctos é isócronos cabeceos! Y cuando oía su timbre de plata, aquella voz sonora que en el triste despacho repercutía alegremente, eco de vida y de victoria, Herr Olsen, triunfante, se enderezaba, y muy contento, al son del tic-tac, como de marcha guerrera, marcaba el paso de un extremo al otro, iba y venía y siempre que daba frente al péndulo andarín le saludaba con una palabrita de estímulo, con la entonación hueca que á un discípulo aplicado en su cátedra:

— Muy bien... ¡adelante, adelante!

¿Por qué no dió antes con el entorpecimiento? ¿Era la rueda pequeña ó simplemente el lado izquierdo en declive? Volvíase de espaldas, emprendía su paseíto victorioso... Y

de repente, un silencio se imponía, profundo, mortal. El reloj se había parado, de golpe; colgaba el balancín lánguido, con los últimos estertores todavía, y de lejos enviaba á herr Olsen la despedida de su postrer cabezada... Herr Olsen lo cogía tranquilamente, lo descolgaba como á un ajusticiado de la horca, lo acostaba inerte sobre el mármol... ¡Y pensar que así, así, el corazón de fru Ingeborg se había negado á latir junto al suyo y hoy, con terquedad igual, andaba peor que el viejo reloj Imperio de la chimenea! ¡Oh reloj, oh corazón! ¿quién penetrará jamás vuestro arcano?

IV

El médico dice...

— ¿Permite usted, señor Olsen?

— Mi estimado doctor Jensen, pase usted sin ceremonia.

El doctor Eiler Jensen, de rosada cara de grotesco óvalo y ojillos color de ceniza, calvo según corresponde á un sabio, que el mu-

cho pensar come las raíces del pelo, vestido de aceitunado gabán de caucho y una gorra de viaje, á cuadros, en la roja manaza de gigantón, entró en el despacho y dió tres tirones del brazo del catedrático, á guisa de saludo.

— Y eso, ¿qué tal va? — preguntó herr Olsen, por pura fórmula, que demasiado sabía él cómo iba el corazón de fru Ingeborg.

— Mal, señor mío — contestó con disgusto el doctor Jensen; — las fuerzas disminuyen de día en día, los latidos son más débiles... Creo que acabará esta semana el largo proceso cardíaco, que vengo estudiando como usted el de su reloj, herr Olsen.

— Y con tan poco éxito — apuntó el catedrático.

El doctor Eiler Jensen pidió nuevo permiso, esta vez para sentarse. Y estirándose en el sillón de pana desteñida hasta pegar con las robustas plantas, defendidas de la humedad con suelas de medio palmo, en el mármol chamuscado de la chimenea, replicó manteniendo tieso el índice derecho:

— Con esta diferencia, querido señor mío: que usted puede cambiar por otra la pieza deficiente de su máquina y yo no puedo substituir la aorta enferma de fru Ingeborg Olsen. El día que esto se pueda hacer,

reemplazar en la máquina humana el miembro deteriorado, la muerte habrá dejado de existir y el misterio de la vida correrá todos sus velos ante la ciencia. Y camino de eso llevamos, herr Olsen. Habrá donde se vendan órganos de repuesto, como se venden ahora baratijas. Los cadáveres, en lugar de dejarlos perder en el pudridero, serán aprovechachados en todo aquello que conserven fresco y útil. Su estómago de usted, por ejemplo, podrá servirme á mí que padezco de dispepsia, y sus cólicos hepáticos quedarán curados ingertándole mi hígado, sano como el de un niño. Nada de piernas y brazos, de miembros exteriores que se cortan sin peligro; adentro, y en los órganos que forman el engranaje interior delicadísimo. Sí, señor Olsen; el porvenir es de la cirugía. ¡Toda la futura farmacopea se cifrará en el bisturí!

El dedo tieso aquél se lo zampó en una de sus anchas y peludas fosas nasales y miró, risueño, á herr Olsen.

— Y entretanto... — insinuó el catedrático.

— Entretanto — repuso el médico — como yo no puedo cambiar por una nueva la aorta de fru Ingeborg, debo resignarme á darle paliativos.

— Que sólo sirven para prolongar su padecimiento y el de los que la ven sufrir...

— Justamente, mi querido señor. Esto es lo que nosotros entendemos por humanitario. No siendo capaces de curar una enfermedad incurable así como ésta, el médico concienzudo, que no cuenta todavía con los medios heroicos indicados, se afana en prolongar una vida precaria cultivando el dolor como planta de estufa. Todos sabemos lo que es un sarcoma. Bueno, ¿le parece á usted que es humano dejar que el horrible sarcoma despedace á ojos vistas, fiera sanguinaria, á un ser amado? ¿Y qué me dice usted de la tuberculosis, señor Olsen? ¿Y qué de tantos males aun no vencidos por la ciencia en su lucha eterna? Progresamos, es cierto, pero mientras llevemos atado al pie el grillete del sentimentalismo poco hemos de adelantar. Felizmente, nosotros los del Norte no somos sentimentales en demasía.

— No, pero somos tristes — arguyó el filósofo mirando por la vidriera el paisaje otoñal. —¿No cree usted, estimado doctor Jensen, que si tuviéramos un poco más de sol, dentro de las venas un poco más de calor, dentro del cerebro un poco más de luz, seríamos mucho mejores?

El doctor Eiler Jensen asintió con una palmada formidable. ¡Sí, más sol! El sol, que es el padre, que es la alegría, que es la

vida misma. Los salvajes que lo adoran como á un dios, ya saben, en su ignorancia, lo que se pescan.

— Sí, señor Olsen, querido señor Olsen — dijo el médico, — lo que á nosotros los daneses nos hace falta es eso: ¡una inyección de sol!

V

Donde se demuestra que es más difícil encender el amor en un corazón viejo, que hacer andar un reloj antiguo.

De allí á tres días ocurrieron tres sucesos importantísimos en la quinta de Hellerup: el reloj de herr Olsen echó á andar con desenfado de muchacho y muestras patentes de no tener ningún resorte reumático; sufrió la señora Ingeborg una crisis de la que se creyó no saliera y de la que salió bastante quebrantada y Borge, el amigo Borge, dió el gran disgusto á herr Olsen. De los dos primeros es excusado hablar, porque á nadie

podían sorprender, ya que todos enterados estaban que el corazón de fru Ingeborg había de cesar de latir día más día menos y que el reloj de herr Olsen marcharía un día y se pararía al siguiente; pero la visita de Borge, el solterón rico, atraído con mimos al reclamo de Herdis y de sus manos escapado sin detrimento ni en lo moral ni en su persona respetable, merece que se refiera con detención y se adorne con pormenores.

Casi diariamente iba Borge, de su patronímico herr Andersen, á ver á herr Olsen y preguntar por el estado de fru Ingeborg, pero, en realidad, á tomar el té con Herdis que, vecina de sus padres, pasaba allí todas las tardes. No era guapa Herdis; tenía lo que se llama ángel y era en ella una gracia especial para atraer á los hombres, no sé si por el propio imán ó la desenvoltura de su trato y natural despejo que, para herr Borge Andersen, hombre reposado, de vida monótona y cronométrica, de vuelo espiritual á ras del suelo, debía ser poderoso gancho por razón de contraste. En la salita, junto al despacho, libre la dama de sus querubines, á los que dejaba bajo el poder de una criada encargada de derrengarlos en higiénica caminata hasta la noche, ensayaba sus coqueteos con el solterón, y todas sus artes de peligrosa conquista-

dora. Así rindió á Iver; así á muchos otros antes que á Iver, por el gusto de rendirlos y sin mayores consecuencias para ella y así esperaba vencer á aquel marmolillo de Borge, cuyo corazón, de la inacción sentimental en que vivía, andaba más torpe que el reloj de herr Olsen.

Precisamente cuando el susto de fru Ingeborg, estaban los dos en la salita, engolfados en una discusión sobre si vale más pasar el río ó no pasarlo, en este caso el Rubicón matrimonial, y si una vez intentado el paso á duras penas, por malas condiciones de la barca, conviene tomar otra y poner proa de nuevo á la playa de la felicidad: Herdis decía que había que tomar cuantas barcas fueran necesarias hasta conseguir sentar el pie en la suspirada playa, que es el faro á que la humanidad se encamina; Borge que no, que es preferible mirarla desde lejos y quedarse en tierra... Cuando lo de fru Ingeborg se calmó, volvieron á la salita, á su interrumpido té y á su disputa bobalicona. Parecía herr Andersen más animado, arreboles juveniles encendían sus pómulos, y sus manos, muy cuidadas, se juntaron con las de Herdis en alguna ocasión en que hubo que reforzar el argumento de los pies, en callado discreteo bajo la mesilla.

Nunca llegaron á tanto, y eso que Herdis po-

nía todo su talento en la empresa de darle la zancadilla al buen señor. Pero el viejo-joven, así que iba á perder el equilibrio, se enderezaba prestamente como un muñeco y afectaba pedir disculpa á Herdis por su falta de compostura... Esta vez no pensaba en pedirla siquiera: marchaba desbocado á la declaración decisiva é iba á estrellarse de cabeza en la coraza de su vencedora amazona, cuando el reloj Imperio dió las siete, marcando cada golpe con silabeo argentino. Esclavo de la costumbre, se levantó herr Andersen, y repuesto del mareo dijo fríamente :

— Adiós, amiga mía. Quedamos en que yo no me embarco... Me da miedo el agua... y las mujeres.

Y anunció, con recalcar intencionado, que se marcharía en breve á Berlín y de allí á una larga jira por el sur, en busca de sol, todo en ferrocarril, que embarcado no iba él ni á la gloria. Quizá el té de Herdis estaba demasiado caliente y huía escaldado el solterón; quizá, consciente del peligro que corría en aquellos paliques vespertinos, creyó saludable suprimirlos por lo sano.

— ¡Á Berlín! ¡con que á Berlín ! — repitió despechada la vencida amazona. — ¿Y qué va usted á hacer en Berlín?

Entraba herr Olsen en aquel instante y se

pasmó de que Borge, el buen Borge, quisiera marcharse á Berlín. ¡A Berlín! ¿Pero qué diablos buscaba en Berlín herr Borge Andersen, el gato casero enemigo de todo cambio y de todo movimiento, apegado á sus costumbres y á sus cuatro paredes?

Y Borge, maliciosamente contestó:

— Soy un gato escaldado que huye del agua fría, ¿entiendes, Olsen? Buenas tardes.

VI

El corazón de fru Ingeborg y el reloj de herr Olsen se paran.

Esto ocurría el sábado. Pues el domingo, entre diez y once de la noche, simultáneamente, como si estuvieran puestos de acuerdo, el corazón de fru Ingeborg y el reloj Imperio se pararon de golpe, quedando ambos péndulos, el uno dentro de su templete de nogal, encerrado el otro en el pecho, inmóviles y mudos. No acudió nadie al repentino cesar del tic-tac, término de un balanceo angustioso é

intermitente; pero, el corazón de fru Ingeborg no dejó de latir con el mismo tranquilo acabamiento: antes, la Muerte la apretó despiadada la garganta, y falta de aire, con horribles muecas y contorsiones que la sacudían en el sillón, los ojos saltados de las órbitas y un estertor en los labios lívidos, impetraba auxilio de la enfermera que, dormida, no la oía, y de Dios, que no quiso oirla... Eran las diez, cuarenta y seis minutos y cuatro segundos. Sobre la almohada se desplomó la cabeza de fru Ingeborg: sus manos no se apartaron del seno, en el que ocultaba el tesoro de su secreto y donde, libre el alma, lo dejaba por siempre enterrado.

Cuando despertó la enfermera, despabilada súbitamente por el frío y el silencio de la muerte, la encontró más amarilla y helada que una figura de piedra; pero froken Ellen, la enfermera, no se asustó... ¡Asustarse ella, froken Ellen, mujer mecánica que, en su continua lucha con todas las enfermedades, hecha estaba á mirar cara á cara á la muerte, á palparla con sus manos huesudas, á sentir su hálito de cirio ahumado, repugnante! Llamó á herr Olsen, y entre los dos, tranquila y silenciosamente, la acostaron en la cama, de donde había desertado hacía meses porque la posición horizontal le era insopor-

table. El mismo catedrático bajó al jardín y cortó unas ramas de roble, á tientas, entre el espantoso huracán desatado, y húmedas, abrillantadas de gotas de agua las anchas y dentadas hojas de oro, las colocó en haz á los pies del cadáver.

Ya Herluf, el único de los hijos que dormía en la casa, porque la pequeña Valborg permanecía en su pensión, se había levantado, y soñoliento, atisbaba desde la puerta.

— ¡La madre ha muerto! — anunció solemne froken Ellen.

Á lo que Herluf, como si no comprendiera, oponía su inmovilidad de efebo, curtido por el aire libre de su vida vagabunda.

Entretanto, herr Olsen machacaba en el teléfono, paciente mortero, la nueva de la muerte de su mujer. Á Herdis, al doctor Jensen, á Borge, á la pensión de Valborg, á fru Meta Christensen, su cuñada...

— Ingeborg, nuestra pobre Ingeborg ha muerto, ha cesado de sufrir.

É invariablemente las voces nasales contestaban:

— Al fin dejó de padecer, ¡pobre Ingeborg!

Herdis dijo: — Voy en seguida. El tiempo necesario para echarme un abrigo y ponerme los chanclos.

Y vino en seguida, tan varonil, tan dueña de sus emociones, que la vista de la madre muerta no le arrancó una lágrima. ¡Había que pensar en tantas cosas ahora, las ceremonias de un entierro son tan complicadas! Pero ella lo dispondría todo más bien... No se le olvidaría un detalle para que resultara el acto lucido y no diera lugar á críticas de los amigos; el banquete, sobre todo, sería suntuoso, servido regiamente. Se sacaría la vajilla de los días de gala ¡Ya verían, ya verían!

En un ángulo de la cámara mortuoria, su padre le cuchicheó:

— ¿Sabes? El camastrón de Borge no se ha marchado, ni piensa en marcharse. Dice que se pone á nuestra disposición y que vendrá mañana á primera hora.

Sonriendo discretamente preguntó Herdis:

— ¿Has prevenido á Iver? No dejes de comunicar á Iver que la madre ha muerto.

Mandó á Herluf que bajara al jardín y trajera tres hermosas ramas de roble, que habían de colocar sobre el lecho; una para ella, otra para él y otra en nombre de Valborg, la ausente. Herluf fué al jardín, cortó diestramente las ramas y mientras las depositaba á los pies del cadáver, decía con sordina á la hermana:

— ¡Hace un frío! ¡Y un viento! ¡qué huracán, Herdis, qué huracán!

Fru Ingeborg, cruzadas las manos de marfil sobre el pecho, no se cuidaba de la ofrenda filial, cerrados los labios tercos, confidentes y guardianes de su secreto ..

VII

La muerte es también alegre...

El primero que se presentó en la casa al siguiente día fué Borge con una corona de secas piñas de pino, cruzada de una palma verde y cintas blanco y rojo; fru Meta Christensen trajo una de violados cardos, y todos, amigos y parientes, cada cual con su ofrenda florida, entraban silenciosamente en la cámara y la colocaban al pie del lecho. Había muchas ya, en pintoresco amontonamiento, algunas de rosas y azucenas, emblema virginal, y Herdis se multiplicaba para dar apretones de manos, susurrar gracias, enhebrar diálogos al vuelo. Fru Meta Christensen, la hermana,

se lamentaba de que la pobre Ingeborg hubiera tenido la mala ocurrencia de morirse en días tan ocupados para ella : con la desgracia se vió obligada á renunciar á su cargo de vendedora de *la flor de otoño.* ¡Y que no es poco divertido vender de esquina en esquina, de la mañana á la noche, la flor de celuloide para los niños pobres! Era una mujer flaca y desgarbada, y entre fru Ingeborg muerta y ella, el parecido fraternal resaltaba de modo sorprendente, por la amarillez de las dos, siendo acaso fru Meta más amarilla todavía ; sobre su traje obscuro había echado una estola de tul negro, suficiente signo de duelo que no conseguía apagar, sin embargo, la risa alegre de las amapolas de su sombrero de paja.

Por la tarde llegó la pequeña Valborg, con su carita de rosa resplandeciendo entre el capuchón de lana azul con vueltas rojas ; traía también su coronita de hojas de haya y una de la maestra, froken Thyra, de verdinegro boj y bellotas café. Venía muy contenta la picarona, por los días de divertido asueto que se prometía, y mientras el pastor de la parroquia, con su negra sotana y la gorgera encañonada, la reluciente chistera en la mano, departía con herr Olsen de las delicadas minucias concernientes al suceso,

ella enredaba con Herluf, más triste éste que la víspera, á causa de la temporal suspensión de sus correrías.

Junto con Valborg y justamente al mismo tiempo que otro personaje, todo de negro con banda de cuero y chapa dorada, cubierto de chorretadas de cirios, muy colorado y de esponjadas patillas bermejas, entró Iver, el mal marido, un buen mozo con trazas de príncipe de ensueño, rubio, pálido, de ojeras azuladas. Era portador de una corona soberbia de laurel, que él mismo depositó entre las otras, respetuosamente. Herdis le tendió la mano y hablaron los dos cual si nada les separara, primero solos, en aparte que dijérase amoroso, luego con fru Meta y con herr Olsen.

Así todo aquel día y el otro y dos días más continuó el desfile personal y el acopio de coronas, grandes y chicas, y de palmas con lazos rojos y blancos. La alcoba de fru Ingeborg semejaba un santuario : entre el vaho oloroso, el cuchicheo y el pisar tímido, ella dormía con la suprema indiferencia del que desprecia todo terrestre homenaje.

Cuando el fúnebre personaje aquél, seguido de varios sayones de torvas cataduras, en las tinieblas del jardín apareció con la caja, rasgándolas escandalosamente con el trazo blanco

de su rígida silueta, Herdis se mostró sorprendida en los umbrales de la salita. Porque era una caja blanca, de doncella, toda blanca, de pintada madera, la que traían para fru Ingeborg y en ella la acostaron los sayones y ella dejó que la acostaran tan indiferente... En medio de la sala armaron un catafalco y sobre el paño negro pusieron la caja blanca, ya cubierta con su tapa, y todo en redor las flores y en cada ángulo un blandón encendido. Herluf y Valborg ayudaron en la tarea de traer las coronas, y Herdis y fru Meta, con femenino arte, las iban colocando en orden, de suerte que lucieran todas y no se estorbaran ni perjudicaran las unas á las otras. ¿Fué casualidad? ¿fué de intento? La de Borge prevalecía con insolencia evidente sobre la de Iver, y si se afirma que la mano de Herdis anduvo en el ajo, habrá que fallar por la premeditación y hasta por la alevosía.

Estaba muy bien todo, y la nota blanca, especialmente, sobre la negrura del paño, era una pincelada de juventud y de primavera. Herdis, no obstante, interrogó al padre:

— ¿Por qué...?

Y herr Olsen, convencido, respondió:

— Porque es más alegre; ¿no encuentras tú que es más alegre?

VIII

Herr Olsen escoge un salmo.

El digno catedrático de la *Universitet*, endosado airosamente el frac sin cola que llaman *smoking* y puesto aún de zapatillas porque era temprano para calzar las incómodas botas de charol, paseaba su escuálida figura por el despacho, Biblia en mano... Del lado del comedor venía el eco festivo, apagado por la discreción, como tambores á la funerala que sonaran lúgubres, de los aprestos del banquete : el chocar de cristales, la voz de Herdis, el correr de Valborg, el tintinear de llaves, el crugir de cerraduras que se abrían para librar, de las entrañas de viejo aparador ó de vetusta arca, la mantelería de las grandes ocasiones, el servicio de cubiertos con cabo de plata, la porcelana de la Fábrica real. Y tan extraño rumor, profanando el silencio de la casa mortuaria, era la carcajada que se comprime en recinto sagrado, la mueca de la vida que se burla de la muerte.

Preocupaba á herr Olsen el dar con el salmo que había de cantarse el día del sepelio, un salmo apropiado á las circunstancias personales de fru Ingeborg, grato á su espíritu, justo expositor de sus méritos, que no quería el esposo regateárselos, fueran los que fuesen los cargos que pudiera hacerla y que desde luego, en aquel momento solemne, generosamente, como galardón de sus treinta años de himeneo, buenos ó malos, renunciaba á hacer. Nada de salmos penitenciales, propios para el pecador perverso, y de *misereres* llorones y angustiosos; herr Olsen buscaba uno que reflejara la seguridad, la confianza del alma justa que va á gozar de la gloria, del alma que nada teme ó al menos que experimenta poco temor del castigo, pues sus virtudes la abonan y recomiendan á la misericordia. El 109, por ejemplo, aquel que empieza: — « Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra »... le pareció un poco petulante y hasta orgulloso, inadecuado para un alma que, aunque lo tenga bien ganado, impetra el favor inefable de un asiento en el cielo. Fru Ingeborg no fué orgullosa, antes al contrario, humilde, callada, con resignación de víctima... ó de culpable... (Aquí, suspiro de herr Olsen, arqueo nervioso de las cejas, pasar de hojas y más hojas de la Biblia).

No, el 109 no servía. ¿No estaría mejor el 110, que es un himno de glorificación al Señor y suena al oído cristiano como los acordes de las arpas de ángeles y serafines? — « Te glorificaré, Señor, con todo mi corazón en el consejo y en la congregación de los justos. Grandes son las obras del Señor... » etcétera, etc. Pero, éste no tenía nada de personal y era demasiado majestuoso. Tampoco el 129, el *De profundis clamavit :* — « Del fondo del abismo os llamé, Señor; ¡Señor, escuchadme! »... y menos el terrible *Dies iræ.* Algo suave, algo así como el 111 : — « Bienaventurado el hombre que teme al Señor y ansiosamente desea cumplir sus mandatos. Poderosa será en la tierra su descendencia; la generación de los justos será bendecida. De gloria y de riqueza está llena su casa »... Sí, esta pintura del alma cumplidora de su deber, cuya luz se esparce sobre los suyos bienhechora, este tranquilo manar de una fuente inagotable y fecundante, era el cántico que mejor podía dedicarse á la memoria de fru Ingeborg. ¿Qué recordatorio, qué siempreviva, qué prueba más digna de su olvido y de su perdón (nuevo arqueo de cejas y más suspiros de herr Olsen) que el de presentarla ante el altar como bienaventurada, como temerosa de Dios? ¡Sí, bienaventurada

Ingeborg, que temió al Señor y ansiosamente deseó siempre cumplir sus mandatos!

¡Ansiosamente! ¡oh adverbio mejor ajustado á la intención de la frase, como piedra preciosa en su engarce de oro! En ningún otro salmo de David ó de Salomón, ni en el libro de Job ó Jeremías encontró más serena confianza. Espantoso temor del infierno, doloroso llanto de remordimiento, aflictivo clamor de auxilio... pero en ninguno frases como éstas: — « De entre las tinieblas amaneció como luz á los rectos »... — « Eterna será la memoria del justo : no temerá oir palabras siniestras »... — « Su virtud será ensalzada con gloria. »

Sí. El 111 venía á fru Ingeborg como anillo al dedo. Ya podía estremecerse de gusto dentro de su caja blanca. Á buen seguro que no se quejaría de la magnanimidad de su marido, que así proclamaba á la faz de todos sus virtudes (aquí furiosa embestida de las cejas de herr Olsen), su rectitud; y cuantas palabras siniestras acaso tuviera derecho, quizá, es probable que debiera en justicia proferir contra ella, las ahogaba noblemente en su garganta... Quiere todo esto decir que el salmo 111 no le venía á fru Ingeborg como anillo al dedo, pero él hacía que le viniera. ¡Bienaventurada Ingeborg!

Herr Olsen cerró la Biblia y fué á ponerse las botas.

IX

Skaal.

Ya llegaban los comensales, los más íntimos de la casa: fru Meta Christensen, de ceñido traje de seda color lila y amplio chal de encaje negro, que la envolvía en nube de duelo: Borge Andersen, de *smoking*; é Iver, el bello Iver, de *smoking* también; el doctor Eiler Jensen vestía frac y corbata blanca, y sendos fraques, de colas larguiruchas y desairadas, dos catedráticos de la *Universitet*, colegas de herr Olsen muy queridos. Una dama judía, fru Salomonsen, de cabellos obscuros, tez trigueña y ojos verdosos, se excusaba de no traer á su hija, Thea, porque froken Thea andaba de viaje con su novio. ¡Figúrense ustedes, un viajecito encantador! ¡Pero lo sentía tanto! En Christiania había puesto un telegrama afectuosísimo para Herdis... Sentáronse hasta once en la mesa res-

plandeciente, y el asiento vacío de froken Thea parecía el de la muerta fru Ingeborg y que ella había abandonado por el más cómodo de su caja blanca: Herdis, de negro, con un chal de encaje azul (¡es tan triste lo negro!), entre Borge, su probable marido de mañana, y el más viejo de los catedráticos; herr Olsen entre fru Salomonsen y fru Christensen; Iver, el marido de hoy, titular, entre la niña Valborg y el asiento vacío, frente á Herluf y al otro catedrático.

Resplandecía la mesa. Las flores, en enanos búcaros de plata; las frutas, en esbeltas fuentes de cristal; las luces, en candelabros de Sajonia y derramándose de la escocia en zenital claridad de mediodía, alegraban, intentaban alegrar el funerario gaudeamus que presidía, no herr Olsen ni Herdis, sino aquel asiento vacío de fru Ingeborg. Todas las miradas, por instintiva atracción, de soslayo, iban al asiento vacío, como si en él, visible para cada uno, la sombra de fru Ingeborg estuviera sentada, y las voces sonaban más desmayadas, aumentaban la amarillez de fru Meta y el encogimiento de Borge y hasta la sonrisa infantil huía de los labios de Valborg. La aparición de cada plato era pretexto de cambio de postura, de corte rápido de un diálogo que se arrastra con esfuerzo... La at-

mósfera, cargada del aroma de las flores y de las fuentes y del tufo del cadáver y de los cirios, obstruía los pulmones, ahogaba.

De vez en cuando, herr Olsen levantaba su copa y dirigiéndose á un convidado, decía: — *Skaal*! ó sea: — ¡Salud! — *Skaal*! — repetía el otro presentando la suya ceremonioso. Y bebían hasta la última gota, subrayando el brindis luego con un saludo mutuo de ambas copas en alto y una mirada de gratitud y amistad. Borge, por ser aquella noche el caballero de Herdis (á su derecha estaba) era el único que, según las reglas, podía brindar con ella, y lo hizo á su tiempo muy entonado, clavándose sus ojos, él en los de ella y ella en los de él todo el espacio que duró el agotar del líquido, que así lo mandan las pragmáticas de amor.

Para estar á la altura de las circunstancias y con indiscutible oportunidad, el doctor Jensen sacó á luz su curiosa teoría de la renovación futura de los órganos enfermos, con tal propiedad y relieve que cada cual imaginó, aprensivo y asqueado, que digería el ganso asado con jalea y la ensalada de pepinos con azúcar con el estómago de la difunta. Á Herluf y á Valborg los dedos se les antojaron huéspedes, injerto de un muerto desconocido, y no se atrevían á coger la

copa para el *skaal* reglamentario. Hasta las dos criadas que servían, dos gallardas mozallonas rubias y mantecosas, de almidonado delantal blanco sobre la negra faldamenta, se distraían, abriendo la boca con curiosidad y susto.

El catedrático viejo argumentó silogísticamente que eso no tenía nada de nuevo. ¿No piensa la Humanidad con cerebro ajeno y obra con ajena voluntad?

— *Skaal* ! — saludó Iver á fru Salomonsen.

Y ella, una jamona de historia, capaz todavía de cualquier judiada, ensartó en él los ojos de gata en celo, prolongando el brindis más de lo que la copa, ya vacía, consentía.

El catedrático joven, el doctor Jensen, todos, de un extremo al otro de la mesa se saludaban y decían : — *Skaal* ! Un discursete algo largo, necrológico, se le disparó al más viejo, y Borge no quiso ser menos y deshojó las rosas de su elocuencia á la memoria de la ausente. Pero, á pesar del vinillo, de la oratoria y de los manjares, la atmósfera pesaba sobre el ánimo y algo había que alargaba las caras : el asiento fatídico que ocupaba la sombra de Banquo, la sombra de fru Ingeborg.

Al fin se levantaron y uno á uno desfilaron

gravemente por delante de herr Olsen, diciéndole al estrecharle la mano :

— *Tak for Mad* (Gracias por la comida).

Y herr Olsen contestaba, invariablemente :

— *Velbekomme!* (Que le aproveche).

X

...y el vivo al bollo.

Corría un vendaval de mil demonios por esas calles el día que enterraron á fru Ingeborg, y sobre un tapiz de crujientes hojas secas pasó su caja blanca por el jardín, en hombros de los sayones de aquel personaje del levitón negro y las barbas bermejas. Encerráronla en un furgón de dos caballos, de pobres trazas, y detrás, en carruajes, marcharon los parientes y los amigos : herr Olsen y Herdis, Herluf y Valborg, fru Meta Christensen, fru Salomonsen, Iver, Borge, los dos catedráticos, el viejo y el joven y otros más viejos y otros mas jóvenes, colegas y

discípulos, todos peleando á zarpadas con el viento, las damas ciegas de la polvareda y en volandas con sus cintas y sus gasas, fru Meta siempre de lila y Herdis toda de negro esta vez.

No se dirá á qué cementerio se encaminaron, por temor de caer en error de cronista, ni se dará más detalle sino que era un parque muy hermoso, con sepulturas á flor de tierra que parecían arriates, y bancos para los paseantes, y en cada arriate sepulcral una ó dos sillas de hierro, asiento de meditación para el deudo dolorido. En este parque de tan alegre aspecto, en que el afán de disfrazar á la muerte con la máscara de la vida adquiría tonos de irrespetuoso realismo, aquí correteando los niños en bandadas, allá haciendo labor una dama ó merendando, en este parque, digo, en esta risueña necrópolis, tenían ya abierto un hoyo para fru Ingeborg, junto á la verja, de espaldas al bullicio callejero, un hoyo no muy hondo, lo bastante para contener la caja blanca; y allí la llevaron después de entonar en la capilla, desnuda, sombría y baja de techo, el salmo 111 que herr Olsen había escogido. ¡Y qué bien resultó el salmo, qué ajustado! Decía herr Olsen que pocas veces se escuchó nada más solemne. ¡Bienaventurada Ingeborg!

Como deleznables hojas humanas el huracán los arrastró luego por los senderos floridos, detrás de la caja que se zarandeaba en hombros de los sayones, con el pastor á la cabeza del cortejo, descubierta la suya, que emergía de la gorguera como enorme calabaza. Colocada la caja en el hoyo, echáronle tierra encima, y á cada paletada parecía hundirse y borrarse del haz del suelo, sepultándose en el fondo del misterio junto con el secreto que guardaba... Desaparecida completamente, pusieron encima las coronas, una montaña de hojarasca y de cintajos, emblema y representación del recuerdo. El pastor dijo las últimas preces. Todos se alejaron.

— *¡Farvel!* Adiós, adiós, Ingeborg, bienaventurada Ingeborg *¡farvel!*, en la próxima Navidad y en todas las Navidades no te faltarán luces encendidas y flores frescas, y herr Olsen y tus hijos vendrán á acompañarte siempre que les sobre vagar... Pero, ¿vendrá el alma que tú esperas, el sabedor de tu secreto? ¡oh Ingeborg, bienaventurada Ingeborg, *farvel!*

Por los senderos floridos retornaban todos, con prisa de coger los carruajes y la satisfacción del que suelta un fardo que pesa demasiado. Herr Olsen, en el portalón, se despedía y Herdis daba un apretón de manos

á Borge, que significaba la esperanza de reanudar los peligrosos tés vespertinos, y otro á Iver, la de desanudar pronto el conyugal y enfadoso lazo, y con fru Christensen y fru Salomonsen ensartaba el último diálogo. Herluf y Valborg, muertecitos de hambre, compraban bananas al frutero ambulante, á la salida estacionado, y filosóficamente les arrancaban la piel amarilla y tersa.

El catedrático viejo decía al joven que tal materia del programa de estudios no estaba indicada y mucho menos justificada y en la disputa serena acudían á herr Olsen.. El largo, seco y aquijotado señor se paraba á discutir también. Y Herdis, ya en su carruaje con Borge, fru Salomonsen y fru Christensen, lo llamaba con señas. Era la hora del té. El bollo de la vida los esperaba.

Entre la polvareda se alejaron los carruajes, atropellándose en rechinante desorden. Acaso en aquel momento, de vuelta al mundo gozosa, no había un solo pensamiento para despedir á la muerta y murmurar, melancólico, lloroso como una plegaria :

— *¡Farvel!* ¡Adiós, adiós!

SPÖGELSET FRA HELSINGOR

(El fantasma de Helsingor)

NOVELA HISTÓRICO-FANTÁSTICA

La acción en Dinamarca. Año de 1772.

I

Jaque á la Reina

La reina dormía. Hundida la cabeza en el blando almohadón de plumas, sobre el que serpeaban los rizos rubios; un brazo fuera del embozo, fulgurando en los finos dedos, á la luz tenue de la lamparilla, la pedrería de

las sortijas; recogido el otro castamente sobre el seno, más que para velar gracias, para esconder celosa y acariciar amante el medallón de oro que, entre el armiño y las rosas, se cobijaba como en nido tibio de palomas, dormía tranquilamente la bella reina de veinte años, con la serenidad de niño que nada teme ó si teme algo, por travesura del día, la edad se sobrepone á la culpa. En la suntuosa estancia velaba el silencio.

Carolina Matilde, de vuelta del baile de máscaras, algo tarde, había entrado contenta, pero cansadísima. ¡Qué día aquel del 16 de enero! Por la tarde, á las cuatro, la comida íntima en sus habitaciones con Struensee, con Brandt y otros familiares, en que la alegría y la risa fueron las musas de la mesa; á las ocho, el té: vino el rey, que se condujo más discretamente que de ordinario, y vinieron también la reina Julia, la severa madrastra á la que se atribuían tan siniestros planes, y el príncipe Federico, su presunto cómplice, y Juldbierg, Koeller, Eichstaedt, Rantzau, Behringschiold, toda la cohorte de conspiradores, en fin, tan afables, tan expansivos... Ó eran muy hipócritas, rematadamente hipócritas, ó no existía nada; á los vientos que corrían sólo espíritus timoratos ó perversos podían prestar fe. ¿En qué

se fundaban, al fin y á la postre? En una estúpida calumnia, tan torpe, que no se tenía sola : que ella, la reina, con Struensee y con Brandt habían resuelto envenenar el rey, nombrar regente á la reina durante la menor edad del príncipe heredero y casarse el primer ministro, Struensee, con la reina, por lo que venía muy cómodamente á ser promovido á regente en ejercicio. Todo así, por arte del capricho y sin parte de la lógica.

En el baile, el conde de Struensee, con la seguridad de la convicción, la dijo en su palco :

— No hay nada. Decires, chismes, invenciones... No se mueve una paja en Copenhague.

Por eso, Carolina Matilde, que se divirtió como una chiquilla en la mascarada, reposaba tan tranquila, profundamente dormida. Eran las cinco de la mañana. En la regia cámara velaba el silencio... Vago rumor se alzó, de improviso, se agitó una cortina bruscamente y la mampara de amarillo damasco abrióse sin discreción, cediendo al paso precipitado de la señorita de Trolle, la dama de honor preferida. La señorita de Trolle venía muy pálida : corrió al lecho, se inclinó sobre la reina, puso su mano sobre el brazo desnudo que se extendía entre los encajes:

— ¡Señora ¡por Dios, señora! ¡despertad!

Carolina Matilde cogió aquella mano en sueños de duerme-vela, y sin abrir los ojos suspiró amorosamente :

— ¡Juan Federico!

— ¡Soy yo, señora! — exclamó con desconsuelo la asustada dama — despertad, que han invadido el palacio los dragones del general Eichstaedt... Ha estallado la conjura. La reina Julia con el príncipe Federico, el general, el conde de Rantzau y los demás conjurados han despertado al rey. El rey está arriba, en la cámara de la reina Julia, firmando todo lo que quieren hacerle firmar.

Al mismo tiempo aumentó el rumor lejano y como trueno que revienta, con chocar de sables y de espuelas, por la misma mampara entró un pelotón de gentes de armas conducido por el conde de Rantzau en persona. La reina, espantada, se irguió en el lecho.

— Señora — dijo Rantzau adelantándose muy inseguro á causa de su pierna gotosa — dispensadme, vengo de orden del rey... El rey lo manda. Tengo orden de conduciros á la fortaleza de Cronborg, donde quedaréis presa. Quedáis presa, de orden del Rey. ¡He aquí la orden!

— ¡Yo, la reina! ¡la esposa de Christian VII! ¡la hermana de Jorge III de Inglaterra! ¡yo!

De un brinco violento, sin cuidarse del pudor, delante de la insolente soldadesca que ocupaba su alcoba, Carolina Matilde saltó de la cama y al buscar febril el chapín de brocado su pie de nieve, descubrió la pierna desnuda, á la vez que el escote de la camisa desnudaba también sus hombros.

El galante emisario colocó su sombrero sobre los ojos, diciendo:

— Ruego á Vuestra Majestad que defienda mi flaqueza del peligro de sus encantos.

Y sin descubrir la cara, alargó el real mensaje, respetuosamente.

II

Por trancas y barrancas

La señorita de Trolle había conseguido echar un manto sobre los hombros de la reina. Ésta, en tanto, recogía el mensaje de manos del traidor, rompía el sello, lo leía casi á ciegas... Estaba en toda forma y la

firma en regla. ¡Desterrada, prisionera en Cronborg, en castigo de su adulterio, mientras se substanciaba el proceso á que iba á ser sometida!

— ¡Yo necesito ver al rey! — gritó fuera de sí Carolina Matilde.

Corrió á la puerta que conducía á las habitaciones de su marido; pero el dragón de guardia la cerró el paso. Fué entonces á la puerta de la escalerilla secreta que ligaba las suyas á las de Struensee y otro dragón se irguió delante de ella. Como dos azucenas que agita el huracán, las manos de la reina, temblorosas de cólera, se abatieron sobre la impasible máscara del centinela.

— Es inútil, señora — apuntó irónico Rantzau, — el rey no está en sus habitaciones y los condes de Struensee y de Brandt van camino de la Ciudadela, bien custodiados... Vuestra Majestad hará bien en someterse. Hay que marchar inmediatamente. Si no fuera mi maldita pierna, yo os acompañaría gustoso hasta Helsingor : por mi desgracia debo ceder este honor al mayor Castenschiold.

— ¡Señora, resignación! — suplicó llorosa la señorita de Trolle.

Carolina Matilde, estupefacta, se retorcía las manos. Pensó en su hija, la princesa Luisa Augusta, á la que amamantaba.

— La princesa Luisa Augusta irá en vuestra compañía — declaró el conde, feliz de sentirse generoso en aquella hora de triunfo.

No contestó la reina, vencida. El dolor cristalizaba sus ojos, cual si las lágrimas quedaran en ellos cuajadas y no consiguieran verterse. Con la señorita de Trolle pasó á la sala contigua y cuando reapareció vestía de obscuro y se envolvía en un amplio manto...

Eran las siete de la mañana, de una mañana negra y fría de invierno. La reina (á la que no se consintió llevar consigo á la señorita de Trolle ni á ninguno de sus servidores que la eran afectos) subió á la carroza con la princesita en brazos, sentándose á su lado una doncella, la menos agradable de todas, y enfrente el mayor Castenschiold, desnuda la espada : con la espada desnuda también estaba la escolta de dragones. Y entre algunos grupos hostiles, que la reconocieron, salió de Christianborg, camino de su destierro.

Largo camino, desigual y duro. Nada decía, nada dijo Carolina Matilde en todo el trayecto. Abrazada á su hija, replegada en su rincón, envuelta en su manto y en su dignidad, habría deseado que el sartal de sus lágrimas se desatara para aliviar su corazón,

vaso repleto hasta el borde. La brusquedad de los sucesos, el estallido de la bomba, fueron tan brutales, que aun rodando entre guardias por la mala carretera, apenas se daba entera cuenta de su infortunio. ¿Cómo habían vivido, así, tan confiados, y no sintieron á tiempo que el suelo temblaba? ¿Es que la felicidad ciega ó es la culpa la que pone una venda?

¡Su culpa! La llevaba en sus brazos, en carne y hueso; aquella niña tierna y sonrosada de la que los cortesanos y el pueblo, todos sus enemigos, decían que era el vivo retrato del favorito. Abrazada á ella, la besaba con delirio Carolina Matilde, mientras el nombre de Juan Federico revoloteaba en sus labios. ¡Juan Federico! ¿Qué sería de él en aquel momento? ¡Cargado de cadenas en la mazmorra, pensaría en ella y no podría llorar como ella!

Eran las nueve... Eran las once... Era la una... La carroza marchaba dando tumbos, unas veces al borde casi del agua, el manso y sombrío Sund, otras en pleno bosque, entre las hayas y las encinas centenarias. Y cuantas veces en el relevo de caballos ó el intervalo de la merienda sus acompañantes buscaron en el ejercicio el desentumecimiento de los músculos, la reina negóse á abandonar

su rincón... Helsingor quedaba lejos, muy lejos todavía. ¿Por qué ansiaba llegar pronto, si era la prisión lo que la aguardaba? El cielo, como su alma, no se despejó en todo el día, y la primera hora vespertina se inició con las mismas negruras del amanecer.

Por fin, bastante entrada la tarde y cuando ya muy cerca del castillo estaban, apareció la masa imponente de Cronborg, con sus muros de obscura piedra y sus tejados de verde cardenillo. Paró la carroza; hubo sus cabildeos entre el mayor Castenschiold y el general Hauch, comandante de la fortaleza, que no esperaba tal visita; se bajó el puente levadizo y pasó los fosos y entró por aquellas puertas y aquellos patios, de tristes hierbas alfombrados, vestidos de melancolía, la regia prisionera entre el rebrillar de las espadas desnudas de sus guardianes, una sombra más que iba á reunirse á la augusta de Hamlet, allí vagante.

III

Cara al mar y á la conciencia

Diéronle á la reina las habitaciones que á Oriente miran, dominantes sobre el mar y la terraza que el genio de Shakespeare ha inmortalizado y llaman en la lengua del país la *Flaggenbatterie*, y ella, para su seguridad ó por su gusto, quedó instalada en la estrecha saleta del ángulo, por cuyas cuatro ventanucas veía pasar los barcos y divisaba la costa de Suecia cuando la claridad quería. Aquella noche, del lado de Copenhague esplendía una tan grande, que incendiaba el cielo, señal de que ardía la ciudad en fiestas y luminarias, y como la dijera la susodicha doncella, imprudentemente, que era en regocijo de los sucesos ocurridos, con fuerte cólera las azucenas de sus manos acudieron á castigar su insolencia como en el palacio de Christianborg la del centinela en la mañana... Luego, abatidísima, pegada á sus rejas de reclusa, lloró, pudo, al fin, llorar y verter las heces de su dolor.

¿De qué se regocijaba la ciudad inconsciente? ¿De qué el reino? ¿Qué mal hizo ella? ¿Qué crimen era el suyo? Venida de Inglaterra á los diez y siete años, arrancada de sus afectos todos y de sus costumbres, desarraigada brutalmente por torpe trasplante, encontróse sola en la tierra extraña, en lucha con los caprichos de un rey demente y perverso y las frialdades de una corte hostil. Quiso ser amada del esposo que la razón de Estado le diera y de cuantos, por su cargo ó su rango, habían de convivir con ella : tenía belleza, gracias, cultura, un espíritu despierto, un corazón tierno. En vano. Entregado el rey al libertinaje, dominado y corrompido por sus favoritos, que escogía en la más baja servidumbre, apartábase de ella, la despreciaba, hasta instigar, en su insania, á los señores á que la cortejaran, para librarse de toda obligación conyugal; Holch, sobre todo, el odioso valido de alcoba, fué quien atizó más esta extravagancia y más ahondó la separación de los esposos. Abandonada, humillada, herida en su dignidad de mujer y de reina, trató de replegarse junto á la cuna de su hijo.., Y apareció Struensee. Era un alemán de Halle, en Sajonia, hijo de un catedrático de teología : era joven, era inteligente, de ambición sin medida. El mismo Christian lo puso á su lado,

para que, como médico, la curase de sus dolencias y melancolías, y el doctorcito, curada la incipiente hidropesía nada más que con equitación y distracciones, ensayó curarle el alma ensombrecida : ella se prestó gustosa, luego de acogerle desconfiada, le escuchó amable, y á poco el doctor, entre fiestas cortesanas y confidencias secretas, se le fué metiendo en el corazón, de tan simpática manera y con tal tiranía, que llegó á no poder pasarse de él, y su amistad poderosa sirvió de escalón y pedestal para que el ambicioso se alzara sobre las banderías contrarias que se disputaban el ánimo débil y tornadizo del rey. Conquistada la reina, conquistado el rey, ¿ qué dificultad ofrecía conquistar el poder, que era lo mismo que conquistar el reino?

Juan Federico Struensee fué amante, fué ministro, fué conde, fué cuanto quiso, todopoderoso. Por el amor de ella, la reina triste, la mujer desdeñada. ¡Y qué amor más grande para Carolina Matilde, este amor prohibido y oculto, que la consolaba de sus desengaños de esposa, que la hacía oir la no escuchada voz del cariño y en delicioso calor, nunca sentido, la abrasaba! ¡ Tener un guía ella, un sostén, un amigo en aquella playa extranjera! Pero el escándalo trascendió, por desoir consejos familiares y el más sabio de la

prudencia, principalmente porque cuando se mora muy arriba más á la vista se está de la curiosidad y de la maledicencia, y la altura, si achica los objetos, agranda las faltas. Sin embargo, ¿no era el rey mismo quien lo había provocado? ¿no era el mismo rey quien parecía dispensarla de toda fidelidad y rechazando su amor la empujaba al amor adúltero? Tampoco Struensee, en el disfrute del poder, abusó de la fuerza, ni causó ruinas ó estragos en la hacienda ni en el bien públicos. Dureza acaso, temeridad, ligereza...

¿Por qué, pues, Copenhague, te iluminas y alegras con su caída y tú también, ¡oh reino!, y dejáis que el populacho persiga á los que fueron sus amigos y la celebre como la de un tirano nefasto? De una tiranía que se cree extirpada nacerá otra, cambios de política que son cambios de postura; y sobre todas ellas perdurará la demencia del rey, feliz siempre en aprovechar la ocasión de hacer daño. ¡Oh, Copenhague, ¿por qué corres alborozado por las calles y alumbras tus ventanas, mientras la prisionera de Cronborg, tu reina, llora en esta noche de su alma tras las rejas de su cárcel?

IV

De lo que vió la reina viajando por los aires

En aquellos felices tiempos de la desdichada reina Matilde no había aeroplanos, por supuesto, pero entonces, como siempre, el pensamiento era dueño de vagar por los espacios y, aunque encerrada y severamente guardada, el de la reina salió de Cronborg un día, para mayor comodidad, á cuestas de una preciosa libélula azul, de estos graciosos insectos vulgarmente llamados *caballitos del diablo*, de los que han imitado la forma los tales vehículos aéreos. Y cabalgando, cabalgando, ya por encima de las aguas, ya por los campos y los bosques, Carolina Matilde fué á Christianborg y á la Ciudadela y en los cristales de las ventanas aleteó curiosa y dolorida.

— ¡ Vuela, pensamiento mío — decía la triste reclusa — y cuéntame qué es de mi hijo y qué de Juan Federico ; qué hace el rey, qué piensa hacer la reina Julia, qué va á ser de nosotros los caídos !

Y montó el real pensamiento sobre la libélula y cabalgando, cabalgando llegó en un periquete á Christianborg y vió que el príncipe dormía dulcemente, como si su madre velara su sueño... Vió al rey con su hermano, el príncipe Federico, bajar de la carroza de seis caballos blancos, en la que acababan de dar un paseo triunfal por las calles engalanadas, subir á sus habitaciones, despojarse de la bordada casaca, arrojar de sí cuanto le molestaba y si llevara la corona puesta también y con mayor gusto la echara á rodar, y ponerse á cuatro patas para que los dos rapaces que le distraían le hostigaran con sus varas : así, cuando sentía los golpes, género de juego muy de su placer, armado de otra arremetía contra ellos y la encarnizada batalla concluía en una paliza general. Los ojos hueros de Su Majestad, de albinas pestañas, refulgían de gozo feroz siempre que su acierto en la esgrima provocaba doloroso grito de sus contrincantes; pero, si él recibía el varapalo, su cuerpo enclenque se encogía, como perro que sufrió castigo, y en un rincón se quedaba huraño, hasta nuevo asalto y vapuleo... Arriba, la devota viuda de Federico V, delante de su pupitre, preparaba sus planes de reforma y con sendas plumadas limpiaba el reino de la irreligión, del despilfarro y del escandaloso

desorden en que la mala política de Struensee habíalo sumido; tarea ardua, espinosa, porque la reina Julia se paraba, á intervalos, y con el rabo de la pluma alisaba sus rizos, meditando. El conde de Rantzau y el de Osten, cerca de ella, respetuosamente la prestan consejo en las dudas, y cada vez que el rabo de la pluma hurga en los rizos venerables, se miran, se consultan, se entienden y ora el uno ó el otro conde traducen, en retorcido fraseo, el móvil secreto de ambición ó de encono.

— Vuela, pensamiento mío — repetía afligida Carolina Matilde; — ya sé, ya sé lo que puedo esperar de mis enemigos, lo que *podemos* esperar... ¿Alcanzaré á verte, Juan Federico?

Y cabalgando, cabalgando, voló á la Ciudadela, donde llegó á penetrar á pesar de centinelas y de fosos, y en todas las ventanas topó la libélula andariega con la obscuridad; no había resquicio ni agujero que permitiera introducirse sin permiso. En fortaleza semejante, sin duda al prisionero le tendrían en subterráneo calabozo, en el cual ni el aire ni la luz entrarían. ¿Dónde, dónde?

En esto se oyó rodar de coche y entre guardias pasó el conde de Struensee camino de la sala del juicio. Iba muy pálido y que-

brantado y cuando bajó en breve (que dentro del recinto fortificado las distancias son cortas) para subir las gradas de aquel pretorio de sus culpas, el rechinar de los grillos se escuchó siniestro. Le llevaron á una sala donde había unos señores muy serios que le interrogaron y le arrojaban las preguntas como piedras de una honda certera y mortífera. Él á todo decía que no, marcando el no con violento cabeceo y poniendo las manos en el pecho en testimonio de su veracidad; y cuando el nombre de la reina bajo las tétricas bóvedas resonaba, sus ojos, apagados, se encendían con extraña lumbre y sus negaciones eran más categóricas, agitado todo en un temblor de indignación suprema.

Dejó el pensamiento de Carolina Matilde su cabalgadura fuera, en el marco de la ventana, y entró levemente, yendo á posarse, como mariposa de los prados, sobre la frente del conde prisionero.

— ¡Juan Federico! — suspiró la reina — aquí estoy: vengo á acompañarte, á defenderte, á darte ánimos para resistir la pesadumbre de esta adversidad en que estás, por causa mía. Vengo á aliviar tus penas y el dolor de estos grillos con que entorpecen tus pies y quisieran estos monstruos, representantes de la justicia, aherrojar tu pensamiento. ¡No han

de conseguirlo, Juan Federico, no lo conseguirán! Cuando sientas que desfalleces y el valor te traiciona, acude á mí: en el marco de la ventana está mi libélula azul, y aunque Crònborg quedara en el último confín de la tierra, ella sabría conducirte sin tropiezo hasta mi vera. Unámonos, Juan Federico, en la desgracia, como lo estuvimos en la felicidad, y si quiere Dios que sucumbamos, sucumbamos juntos, que no hay mejores exequias para los que mucho amaron, que la flor que se deshoja en la común sepultura. Juan Federico, ¡valor!

V

Centinela, ¡alerta!

Muchas veces fué así de viaje Carolina Matilde, lo mismo de día que de noche, montada tan guapamente en su caballito del diablo; mas no lograba satisfacer su curiosidad ni aquietar su ánimo: si algo veía por las ventanas de Christianborg y de la Ciudadela, nada descubría que la desvelase su propia suerte y la

del conde. Vigilada estrechamente, rodeada de gentes sospechosas, la confianza y la amistad eran consuelos que no conocía en su encierro, en aquellas horas tan largas que los cuidados maternales no bastaban á llenar. Y languidecía Carolina Matilde, cara al mar, cerca de la ventanuca de su celda, acariciando el medallón de oro que colgaba de su cuello y en el que la miniatura de Juan Federico escondíase amorosa.

Preocupada la reina Julia de la salvación de un alma tan ennegrecida por el pecado, la envió para la cuaresma un predicador que la hiciera oir la voz divina y tratara de que la descarriada princesa pusiera el pensamiento en Dios, en lugar de llevarlo á viajar por los peligrosos derroteros en que andaba. Y armado del texto de Isaías, el pastor ensayó volver á golpes al redil la oveja, disparándola, en desmañada glosa, estas palabras formidables, insulto á su desgracia, antes que alivio á su flaqueza: — Los pueblos tendrán cautivos á los que cautivos los tuvieron y dominarán sobre su opresión... — ¿Por qué hay sangre en tus vestidos?... — ¡El día de la venganza está en mi corazón!

De estas y otras voces apocalípticas retumbaban complacientes los púlpitos de todo el reino. Mas lo que á la reina infeliz afligió

sobremanera fué la visita de unos personajes que, si no eran los mismos que ella entrevió por la ventana del pretorio martirizar á Struensee con el aguijón de sus preguntas, tenían la misma catadura: dos miembros del Consejo y dos del Tribunal de Instrucción. Carolina Matilde les acogió con dignidad de soberana y afable simpatía, y cuando intentaron un interrogatorio en toda regla, se irguió para contestar:

— ¡Señores, de mis actos no debo yo dar cuenta sino al rey, mi marido!

Á lo que replicó uno de ellos:

— Lamento, señora, que me obliguéis á deciros que, por mandato del rey, somos vuestros jueces. Vuestro proceso está abierto y os conviene declarar para justificaros. El conde de Struensee ha confesado ya... Tenemos su confesión firmada de su mano.

La reina se mordió los labios, palideció y estalló en sollozos.

— Si es verdad que ha confesado el conde — dijo entre lágrimas, — ¿á qué he negarlo yo? Sería dejarlo por calumniador y mentiroso... Escribid, señores, mi confesión, que firmaré también, y decid que es cierto, decid, sobre todo, que he sido yo quien lo sedujo, quien derribó todas las barreras que le impedían subir hasta mí, quien bajó hasta

él, quien quiso dejar de ser reina para ser simplemente mujer. Yo soy la culpable, la sola culpable. No le condenéis á él: ¡condenadme á mí!

Cuando todo esto estuvo escrito, Carolina Matilde lo firmó con trazo enérgico y dando la espalda á sus jueces fué á apoyarse en la ventana, á mirar estrellarse el agua en las rocas, símbolo de su vida, despedazada en aquellas playas extrañas.

Habían pasado los tristes meses del invierno y aunque la primavera es tardía y de la saleta de la torre encuentra la vista poco recreo, comenzaba á verdear la lejana costa sueca y algún árbol del baluarte próximo aparecía con brotes reventones: los mirlos templaban sus flautas en las ramas y el cielo se despejaba, se inundaba de claridad, borrachera de luz que, en tan larga abstinencia, era todo día, día esplendoroso que, aun en la mitad de la noche, alumbraba con suavidad de luna, sin haberla. Y cuando apareció la luna, la luna llena, hacia fines de un abril fresco y sin borrascas, la noche parecía día sin sol y el día deslumbradora orgía de resplandores.

Toda esta alegría exterior, esta diana de la naturaleza, entristecía á la reina, por dentro toda obscuridad. Hasta ella llegaban

rumores siniestros, por bocas interesadas y malévolas: que los condes de Struensee y de Brandt habían sido condenados á muerte vil por delito de lesa majestad y alta traición; ella, repudiada del regio tálamo por adulterio, y la legitimidad de la princesa Luisa Augusta puesta en tela de juicio y sujeta á próxima sentencia...

Sentada ante su ventana hallábase Carolina Matilde una noche. Llevaba días sin ver su libélula fiel, que con puntualidad la traía siempre el pensamiento de Juan Federico y dócil se mostraba para transportar el suyo á la Ciudadela. Hacía luna, una luna blanquecina con toca de negras nubes, colgadas del cielo como crespones de luto, las cuales alargándose vinieron á barrer con sus cabos el extremo de la terraza y delante de la roja garita del centinela y de la fila de cañones amenazadores á figurar una sombra, silueta singular de espectro que avanzó, paseó sobre el borde de la muralla y se detuvo al pie del muro.

La reina no advirtió que el centinela se moviera, prueba de que nada había columbrado; pero creyó oir la voz de los árboles y de las olas, que decía:

— Centinela, ¡alerta!

VI

Un muerto que habla y un vivo que enmudece

¿Era Holger, el danés, el espíritu protector del reino, quien salía de lo profundo de las casamatas, donde reside, porque la patria estaba en peligro? ¿era el rey asesinado que venía á pedir justicia á Hamlet, su hijo? ¿ó era la doliente sombra de Hamlet mismo, conturbado por las dudas?

Sin parecer desmesurado el fantasma y no ser muy baja la ventana de la reina, llegaba á ella holgadamente, y aunque dijérase formado de humo, como de espesa columna, no interceptaba la luz de la luna ni proyectaba obscuridad en su redor; no obstante, vaporoso y todo, intangible, acusaba rasgos humanos en el tronco, que cabeza no tenía: donde estuvo la cabeza mostraba el cráter sangriento que abrió la decolación, y la cabeza lívida, de labios amoratados, de ojos pétreos, la traía debajo del brazo izquierdo,

mientras el derecho colgaba mutilado, sin mano. Tan horrible de ver estaba el descabezado, la atroz herida del cuello, el tajo de la muñeca y la mirada de los ojos muertos de tal modo causaban espanto, que la reina quiso apartarse de la reja. Pero la mirada misma del descabezado la inmovilizaba y muda quedó contemplándole, más blanca que la luna misma, estremecida de terror y de compasión. Porque ella reconocía al descabezado; aquellos ojos, aquella frente, aquella boca, sí, ella los reconocía, acababa de reconocerlos, y si el nombre adorado no brotaba de su garganta era porque no podía modular palabra.

Cogió el fantasma la cabeza, la levantó, ayudado del muñón, y en los labios cárdenos resonó una voz conocida, su voz.

— Dulce señora mía, ¡soy yo! ¿me conocéis en tal estado? ¿Qué difícil fuera que no me reconociérais? Ved, señora, lo que han hecho de mí por el delito de haber osado amaros, delito, en un súbdito, imperdonable. Cortada la cabeza, que alentó tan locos ensueños y tan atrevidos pensamientos; cortada la mano, que se alzó contra el derecho de su rey; descuartizado mi cuerpo... Hoy, 28 de abril, quedó ejecutada la sentencia, con temor de la corte, con disgusto del pue-

blo, con placer mío. Placer muy grande, porque ella ha puesto término á mis sufrimientos, y convertido por mi confesor, he vuelto al seno de Dios y os dejo libre, señora mía, de suerte que la cólera política, las ambiciones reprimidas, las envidias y las venganzas se aplaquen y den por satisfechas con mi sacrificio. Muerto yo, con infamante baldón, os dejarán buscar bajo otro cielo más clemente que el de Dinamarca la felicidad, que yo pude comprometer... ¡Ah, señora! ¡Oh, mi reina! ¡Oh, Carolina Matilde! (permitid que este muerto, que en el fuego del purgatorio se purifica, os llame por vuestro nombre, tan hermoso y tan querido). ¡Oh, Carolina Matilde! ¡cómo deciros lo que he padecido, desde la noche de mi arresto inopinado y traicionero, sin saber lo que sería de vos, hasta el día de hoy, día de mi liberación! ¡Saberos presa, por mi culpa, deshonrada! ¡No poderos defender! ¡Verme acusado de seductor de mi reina, de malversador de fondos públicos, de falsificador de documentos, de conculcador de las leyes, de martirizador del príncipe heredero, de ladrón...! Dessesperado, busqué en la religión amparo, ¡yo, el ateo! Y creedme, señora, si de algo he de arrepentirme es de haberos denunciado : mi confesión contra vos, arrancada al cabo de largos

meses de torturante interrogatorio, mil muertes iguales á la que he sufrido merecía, y esta mano que la firmó, bien cortada está por haberla firmado, que no es de caballeros publicar favores de damas y si esta dama es la reina ha de arrancarse antes la lengua que confesarlo. Pero vos, señora, os habréis dado cuenta de la situación lastimosa de mi espíritu, mi espíritu que vagará por este castillo, que vendrá noche á noche á vuestra reja, que os buscará allá donde os lleve vuestro destino, ¡que no hallará reposo mientras no os oiga que le perdonáis! Cuando eso dije, cuando eso firmé, no estábais vos cerca de mí, ni la libélula en el marco de la ventana. Me sentí solo, de todos abandonado, hasta del cielo, rodeado de feroces jueces que me exigían la prueba, atenaceándome, para conseguirla, día tras día, noche tras noche. Fuí débil, fuí cobarde, dejé de ser caballero... Al extender la mano sobre el tajo, mi pensamiento vibró en una oración de perdón por haberos vendido, y hoy, ya castigado, vengo de mi sepultura, donde yacen amontonados los pedazos de mi cuerpo miserable, á invocarlo de mi reina, de la que, siempre bondadosa, me honró en más de lo que yo alcancé á soñar, de la que yo llamaba en los días felices que pasaron : ¡Carolina Matilde!

Y la cabeza lloró y eran cuajarones de sangre lo que manaba de sus ojos pétreos.

VII

En que prosigue el extraordinario suceso del fantasma

Traspasada de dolor la reina, desfallecía. Y sin quitar la aterrada vista del rostro amado, palabra por palabra, como agua que gotea mansa y lúgubre, fué diciendo:

— ¡Juan Federico! ¡Es cierto que eres tú, Juan Federico! ¡Tú, degollado, tú, muerto! ¡Y por causa mía, por venganza del rey, por obra de los traidores! ¿por qué dejan que yo viva entonces, si la adúltera soy yo, si yo te atraje á mí, olvidando que era la reina? ¡Y es el rey, el rey, quien nos arrojó el uno en brazos del otro, nuestro juez! ¡Juan Federico! ¿de qué he de perdonarte? ¡Si tú has sido débil confesando nuestro secreto, yo he encontrado fuerzas en mi adversidad para declarar que no mentiste y que si hay una cul-

pable esa soy yo! ¡Sin embargo, yo vivo y tú has muerto! ¡Porque no sueño, no es delirio, muerto estás, Juan Federico!

— Muerto para la materia, sí — contestó el decapitado personaje, — pero vivo en la inmortalidad para amaros siempre, señora. ¡Cómo se muestra todo entero vuestro noble corazón en ese rasgo de reivindicar para vos sola la culpa de los dos, en este caso fatal de los tres! Porque si vos fuísteis blanda, yo fuí atrevido, y cínico el rey, al poner perversamente entre nuestras dos juventudes el acicate de la ocasión. Gracias, señora misericordiosa, dulce reina mía, que devolvéis el reposo á mi alma y dais descanso á mi cuerpo. ¿Para qué molestaros ya con mi visita fúnebre? Así os mostrásteis siempre en esta corte corrompida de la que bien pudiera decirse lo que en este sitio dijo de otra el Genio: — Huele á podrido en Dinamarca... — Así os encontré cuando, por orden del rey Christián, os presté mis cuidados profesionales. Enferma del ánimo, buscábais un amigo y quiso mi suerte y vuestra desdicha que yo alcanzara favor tan insigne, que me ayudárais luego y con vuestro apoyo y mi consejo emprendiéramos el gran empeño de regenerar la patria. Vos, señora, que habéis reinado en mi corazón, sabéis que no fué

otro mi anhelo ; Rantzau, el traidor, lo sabe también, que, como compañero de gobierno, en todos mis planes tuvo parte, tanto como Brandt, mi colega infeliz, decapitado como yo y como yo descuartizado. Animados los dos, vos y yo, de esta ansia patriótica, pusimos mano en todos los abusos, en todo lo que creímos nocivo, ruinoso para el reino... Acaso fuí imprudente, autoritario : una nación, una corte no es un corazón de mujer que ama, no se pliegan al deseo reformador con la misma docilidad y acatamiento. De aquí las resistencias, de aquí los odios, toda la tormenta que desatamos y en un torbellino nos arrastró. Yo ya no existo, he pagado cruelmente con mi vida mis errores : ojalá os dejen libre ahora y viváis dichosa, todo lo dichosa que vuestra nobleza merece y yo os deseo.

— ¿Para qué vivir — replicó con aflicción la reina — si tú no vives ya? No, no quiero vivir. Quiero irme contigo á esa región obscura donde moras, y volar por los espacios, eternamente unidos, como las almas de los amantes inmortales.

— Como ellos — suspiró el fantasma — caímos vencidos en el abismo de nuestra pasión... ¿Os acordáis, Carolina Matilde? Era yo vuestro lector, por orden del rey. Fué en

Christianborg, después de aquel baile de máscaras en que me demostrásteis la primera vuestra ternura. Leíamos, ¿qué libro?, no sé cuál, y al llegar á la página del clásico... no seguimos adelante... ¡Oh bella señora mía, quién dijera entonces que en esta hora trágica habíamos de vernos!

— ¡Juan Federico! — murmuró la reina.

Poco á poco, tan cerca de la reja que embutía dolorosamente el blanco rostro en el hueco del muro todo lo que la anchura de éste consentía, osaba contemplar con más fijeza á quien la hablaba, y la horrible figura del descabezado se esfumaba en la neblina de la noche clara. Le veía, como entonces, galán y altanero, ostentando en la casaca la cifra de diamantes con la real corona sobrepuesta, orden de caballería que ella había creado, los ojos azulados, la nariz dominante de águila, el fino cabello rubio, el color de pálido nardo, don Juan triunfador é irresistible. Y poco á poco sobre el cendal de la neblina se perfilaba la espantosa silueta y reaparecía el negro cuerpo sin cabeza, el cráter del cuello, de bordes sangrientos, el brazo sin mano, y bajo el sobaco la cabeza mirando tristemente por la entrecerrada abertura de sus ojos pétreos y hablando á través de los labios cárdenos, que conservaban im-

preso el contraído gesto del suplicio. Era la representación cruel del ayer y del hóy, separados apenas por la distancia de un segundo.

— Sí, ¿para qué vivir — repitió — si es cierto que has muerto de tan horrible muerte, Juan Federico? Puede ser que á mí me reserven igual suerte ú otra peor, que peor será que me den por castigo la vida ó me castiguen en la inocencia de Luisa Augusta. Sobre su porvenir echan suertes los malvados ahora... ¡Ah, aun me queda otro dolor tan grande como el de verte muerto, Juan Federico! ¡Y es el de que me arrebaten á mi hija, que es lo mismo que si también la mataran, porque yo moriría en su corazón!

VIII

Entre lo real y lo fingido

Hasta bien entrada el alba duró el triste coloquio de la reina y del fantasma, y decir esto en tal estación, en que la noche viste de gasas blancas, es decir que sólo al temprano

rayo de sol el descabezado galán hubo de apartarse de la reja de su amada, sin que al partir, como al llegar, el poco despierto centinela de la *Flaggenbatterie* se diera cuenta de que, ante su fusil, pasaba el ajusticiado.

Despertó Carolina Matilde con grande jaqueca y un aplanamiento de todo su ser, imponderable. Así como la ocultaban toda noticia que pudiera serle grata, las malas nuevas se las servían con prontitud digna de la malevolencia que á la puerta de su celda daba guardia, y ninguna fué más prestamente comunicada que la de la ejecución de los condes de Struensee y de Brandt; pero ella no se inmutó siquiera al oirla. Vagamente, como entre sueños de pesadilla, sabía que Juan Federico había muerto, de muerte atroz, y que sin cabeza y sin mano, por los alrededores del castillo paseaba invisible para todos, visible sólo para ella. Y no contestó cosa alguna, cual si la noticia se refiriera á hecho muy lejano y ya sabido, cuyo recuerdo borroso apenas la rozara el alma.

Pasó el día sumida en terco mutismo y cuando llegó la noche se puso á la ventana, á la luz de la luna, á esperar al fantasma. Pero el fantasma no vino. Ni esa noche, ni las siguientes vino el fantasma. ¿Por qué? Menguó la luna y con ella la esperanza de la reina de

volver á ver á Juan Federico. La garita roja, en el extremo de la terraza, se empinaba vigilante sobre el mar, y la sombra del centinela, con pasos matemáticos, iba y venía á lo largo de la muralla; la del otro, la que ella esperaba, tardaba en aparecer, quizá no volviera á aparecer más. ¿Por qué? Pensaba la reina que, libertado por la muerte, más fácil le sería ahora comunicar con él que antes, encarcelado por la vida. ¿Era que debía ser ella libertada también, si quería disfrutar del inefable privilegio de departir con el fantasma? ¿Ó el fantasma habíase olvidado de ella, en las celestiales regiones cuyas puertas le había abierto de par en par su martirio? Languidecía la reina, entre tanto, y noche á noche espiaba el batir de las olas y el temblar de las ramas, á la vista del impávido centinela, cuya silueta recortada sobre el cielo la engañara más de una vez, en su ansiosa espera, si el llevar la cabeza sobre los hombros y no bajo el brazo no la advirtiera de su triste error. ¿Por qué no volvía Juan Federico? ¿No volvería más, no le vería más?

Y mayor era su desesperado deseo de verlo, porque habían ocurrido en su situación sucesos que la cambiaban por completo. El proceso suyo, á que estaba sujeta, quedó substanciado y fallado y también el de legitimidad de la

princesa Luisa Augusta. Vinieron de Copenhague unos personajes muy serios, que le comunicaron la sentencia y ella la recibió con la misma impasibilidad que la noticia de la muerte de Struensee. También la conocía de antes, de mucho antes. Era algo muy viejo, acontecimientos de los que apenas guardaba memoria... Cogía el medallón de Juan Federico, arrullaba á la niña, que dormía en sus brazos, y en la misma mirada de ternura los envolvía á los dos. ¡Jueces, procesos, sentencias! ¡Qué recursos más anticuados y mohosos! ¿Podían arrancarle de su corazón aquellos dos amores?

Pero, cuando notó en su torno cierta clase de preparativos alarmantes y otro gran señor de la corte vino, en visita oficial, á hablarla, trayéndola una carta del rey Jorge, su hermano, hubo de caer en la realidad y del golpe lloró sin consuelo. No tuvo más respuesta que las lágrimas para el embajador, lágrimas que escaldaban las ya marchitas rosas de sus mejillas, entregándose inerme al capricho superior que disponía de su destino. ¡Ay! no era la cabeza lo que iban á cortarla, que esto lo recibiera como un beneficio, que no como castigo, pues ello realizaba su afán de unirse á la sombra de Juan Federico eternamente: era el corazón el que mandaban arrancarle y

en menudos trozos triturarlo luego, y todo sin que la muerte, piadosa, pudiera dar reposo á sus despojos... La sentencia decía que había de vivir aún, la condenaba á vida temporal y libre, que era para ella cadena perpetua.

Aquella noche, una noche de mayo resplandeciente, sin estrellas y sin luna, sin embargo, en que todo el cielo fulguraba de extraña luz de zafiro, Carolina Matilde, con la princesa en su regazo, invocó al fantasma. Y el fantasma vino. Surgió de entre las negras rocas de la playa, dispersas como lo estarían después de un combate entre gigantes, pasó ante la garita roja, rozó el capote del centinela, deslizóse por el borde de la muralla y entre los cañones y del pie del muro se alzó, se alargó hasta dar con el tronco decapitado en la reja.

La reina dulcemente, tristemente, dijo :

— ¡Juan Federico!

IX

El beso de la vida y de la muerte

—No me reprochéis, señora, el no haber venido — dijo la cabeza, á la que la estancia en la sepultura había desfigurado horriblemente, hundiéndole los ojos en la cuencas y desguarneciéndole de labios la boca; — no me lo reprochéis, que ya os dije que no volvería, por grata que me fuese la visita. Obtenido vuestro perdón y con él mi descanso, mi obligación es limpiar mi ánima para poder presentarme ante Dios Nuestro Señor y en eso estoy, señora mía.

— Bien me parece, Juan Federico — contestó la reina — que cuides de tan alta ocupación como esa, digna de un buen cristiano; pero, olvidar que yo he quedado aquí sola, en manos de mis enemigos, y no traerme el consuelo, ya que no la defensa necesaria; pues los muertos nada pueden contra los vivos, es egoísmo grande que mucho me duele.

— Más me duele á mí — replicó la cabeza, —

más me duele á mí la dureza de vuestras palabras, Carolina Matilde. Siempre os mostrásteis con este infortunado blanda y afectuosa, y si ahora hay amargor en lo que me decís, comprendo que es nuestra común desdicha lo que os ha cambiado el ser. Sabéis ya por qué no he vuelto. ¿Sabré yo por qué os encuentro así?

—Pasa, Juan Federico, que mientras tú limpias el ánima con celo de cristiano, á mí me la envenenan con ferocidad de verdugos. Pasa, que han dado sentencia en mi proceso y he sido repudiada por el rey y condenada á destierro : el 27 vendrán las naves de mi hermano de Inglaterra para llevarme á Stade, en Hanover, de donde se me internará á Zell, que en Zell permaneceré con mi nueva corte y moriré de seguro... Porque pasa también, Juan Federico, que me quitan á mi hija, la han declarado legítima y por lo tanto, como princesa de Dinamarca, debe quedar aquí mi Luisa Augusta, separada de su madre infeliz, á la que no conocerá nunca, de la que no le hablarán jamás, como algo nefando y prohibido. Y yo no la volveré á ver, ni á mi hijo el mayor tampoco. Me arrojan, me despojan, me arrancan mis hijos de los brazos, y mi hermano Jorge no lo evita y tú, Juan Federico, no te importas y el círculo vengativo de la reina Ju-

lia triunfa y se burla de mis derechos sagrados en complicidad con la llamada justicia, que se pliega cobarde á sus mandatos. ¡Oh, Dinamarca, oh, rey Christian, oh, Julia la madrastra, oh, Rantzau, el traidor, oh, tu amor fatal, Juan Federico, que al despertar feliz á la mujer mató inconsciente á la reina y á la madre!

No contestaba el fantasma y una á una las lágrimas de Carolina Matilde iban bordando de diamantitos los encajes de la princesa dormida. Sólo el mar, con sus murmullos, comentaba compasivo la doliente queja y parecía repetir :

— ¡Oh, madre! ¡oh, reina! ¡oh, mujer!

— Tanto me aflige vuestra pena — dijo al fin el descabezado — que si vivo estuviera, moriría de nuevo. Porque en verdad, señora mía, que de los dos sois la más duramente castigada : una mano, una cabeza, se cortan en un relámpago, hachazo más ó menos, dolor más ó menos intenso y fugaz, y un cuerpo muerto se descuartiza sin pena ni gloria del sacrificado; pero un corazón henchido de ternura que se le condena á la vida y al sufrimiento, que se ciñe de espinas para que sangre en cada latido, es suplicio inhumano y espantoso. Reina y señora mía : me habéis dicho que no queréis vivir, que queréis veniros conmigo á esta región de paz

serena y de felicidad eterna. ¡Vamos! ¡Levantaos, coged á la niña y seguidme!

Al mismo tiempo, el brazo mutilado se introdujo por la reja é hizo ademán de apoderarse de la princesa. Pero la reina lo apartó suavemente.

— ¡No, Juan Federico! ¡Ella, no! ¿Cómo hemos de quitarle su derecho á la vida? ¿Va á pagar ella también nuestra culpa? Su inocencia es su mejor escudo, y nuestro castigo garantía de su ventura, la que hemos comprado á costa de nosotros mismos. Dejemos á la princesa de Dinamarca dormir tranquila. No la despertemos de su inocente sueño, porque si abriera los ojos vería la mentira de su situación y el engaño de la ley y dejaría de ser feliz. Esto no impedirá que velemos por ella los dos, Juan Federico : tú dejarás alguna vez tu tarea santa é irás á Christianborg de tiempo en tiempo ; yo en mi libélula vendré todos los días, á todas horas, viviré en los aires, de viaje continuo é incansable, y si en los espacios ó sobre las aguas nos encontramos, la ruta nos será más agradable y más amable ha de parecernos la sonrisa de Luisa Augusta al recibirnos.

El fantasma, como el mar, murmuraba:

— ¡Oh, reina! ¡oh, madre! oh, mujer!

Y como no hay barreras para un fantasma,

pasó éste la cabeza por un hueco de la reja, aunque era más estrecho el hueco que la cabeza, y asentó la boca sin labios sobre la frente de la princesa y sobre la mano de la reina. Y mezclados en los encajes de Luisa Augusta á los diamantes maternales, aparecieron innúmeros rubíes, que eran rojas las lágrimas del fantasma, como gotas de sangre.

X

La barca de Caronte

Fué día de curiosidad y de bullicio en el pueblecillo de Helsingor el 27 de mayo de 1772. Dos fragatas inglesas y una chalupa de guerra, enarbolando el estandarte real británico, anclaron por la mañana en el Sund y saludaron la plaza con diez y siete cañonazos, á los que contestaron con otros tantos los cañones del castillo, y al retumbar de la pólvora el vecindario entero se echó á la playa. Eran los barcos que venían á buscar á la reina repudiada, mandados por el como-

doro Bride y á las órdenes de Mr. Keith, ministro de Inglaterra en la corte danesa, quien debía acompañarla en su viaje con el conde de Holstein-Lethraborg, su mayordomo mayor, la condesa, el gentilhombre Rabe y la dama de honor, señorita de Moesting, personal palatino que ya estaba en el castillo, últimos restos de la grandeza caída.

Todo aquel día y los siguientes hasta el 30, día del embarque, se pasó en visitas de ceremonial, conferencias y preparativos en torno de la reina, demasiado afectada para hacer otra cosa que contar los minutos que la quedaban de estar junto á su hija. Hay quien afirma que no contestaba nada acorde, y como le habían dado permiso para salir de aquella celda en que prisionera estuvo cuatro largos meses, se paseaba por las murallas, por el camino mismo que el fantasma seguía en sus apariciones ó apoyada en la cresta del baluarte permanecía mucho tiempo mirando la flotilla que venía á libertarla y en realidad á mudarla de cárcel, porque aun cuando no iba á ser nuevamente encerrada, la vida austera á que se condenaba ella misma equivalía á encierro, y cárcel por cárcel, prefería á la de Zell la de Helsingor, iluminada siquiera por la presencia de su Luisa Augusta. Como águila herida que de lo alto de una roca

contempla el llano, Carolina Matilde volvía el rostro melancólico hacia Copenhague, en el fondo de la verde cuenca emergiendo coronado de sus agudas torres en espiral y artillado de mástiles. Allí estaba su hijo, al que tampoco tornaría á ver... El mar repetía su cantata :

— ¡Oh, reina! ¡oh, madre! ¡oh, mujer!

Cuando el 30, muy de mañana, se dió la orden de embarque, los que esperaban que se desarrollaría violenta escena de separación entre la madre y la hija, sorprendiéronse de la entereza glacial con que dejó que le cogieran de los brazos á la princesa y la llevaran lejos de su vista. ¿No era esto algo muy sabido también, muy viejo, suceso hacía mucho tiempo ocurrido?

Vestía la reina una basquiña de seda negra mate : el guardainfante era de terciopelo negro rameado de gris, igual que el rígido peto, sobre el que no lucía otra alhaja que el relicario de Juan Federico Struensee; un chal de rico encaje caía de sus hombros, y en los cabellos, de oro bronceado, alisados en torno de la frente y compuestos por detrás en sabia combinación de rizos, se asentaba una toca de negro terciopelo con altiva pluma blanca. Muda y con reservado continente, como al salir de Christianborg y entrar

en la carroza, salió de la fortaleza y entró en la barca, que cerca del mismo portalón estaba dispuesta y que sirvió para librarla de la curiosidad de los vecinos, en las calles todos y en la playa, como el día 27.

Era una mañana límpida, de tibieza primaveral. Al alejarse de la orilla, tiró el fuerte por tres veces una salva de veinticinco cañonazos, último homenaje regio que, por cortesía, la rendía Dinamarca, y entre el estruendo y el humo, velada casi á las públicas miradas, subió al buque, cuyas velas hinchadas la esperaban. Sueltas las amarras, el viento, huésped poderoso y turbulento de las costas danesas, cual si fuera el ejecutor de la ley implacable que la arrojaba del reino, empujó con todas sus fuerzas los tres navíos y los echó muy lejos bien pronto : Copenhague, primero, se hundió en el horizonte, chispeando al sol las bolas de oro de sus torres ; luego, la costa verde confundióse con la línea plomiza del mar y por último Cronborg desapareció, como viejo guerrero que se sumergiera armado de todas armas.

Carolina Matilde asistía desde la borda á este derrumbamiento de su pasado, á este cataclismo de su vida y de sus amores : sobre ellos, como sobre la ciudad maldita que destruyó el fuego del cielo, las aguas se derra-

maban para borrar hasta las últimas señales, y con angustia de reina, de madre y de mujer se le empañaban los dulces ojos azules. El viento, brutalmente, fingiendo ademanes de gañán malhumorado, seguía empujando los barcos... ¿Hacia dónde? ¿Hacia el puerto de Stade? ¿Ó se encontraba en la laguna Estigia y era Caronte quien la llevaba en su barca? Ya no veía nada, nada más que el cielo, arriba, y abajo el agua. ¿Era que las lágrimas la impedían que viese ó era que no veía porque nada había ó porque había muerto en sus ojos toda visión?

. . . .

La reina Carolina Matilde de Hanover murió en Zell dos años después. ¿De inflamación de pecho, como asegura su médico, Zimmermann, ó de amor, de melancolía, de pasión de ánimo? ¡Dios lo sabe!

FIN

ÍNDICE

FRU JENNY
(La señora Jenny)

I. — La señora se enfada 7
II. — Donde el moderado herr Jorgensen muestra los puños 10
III. — La casa por montera 14
IV. — Fru Jenny toma el té y zurce la política 17
V. — El día de gloria 21
VI. — En la pista 24
VII. — Belona, tienes nombre de mujer . . . 27
VIII. — La discordia es mal huésped 30
IX. — Lo que el loco no sabe en su casa no puede el loco en la ajena 33
X. — Bueno es lo que bien acaba 37

TIL LEJE
(Se alquila)

I. — Aquí es. 41
II. — Enkefrue Sorensen pone paño al púlpito 44
III. — Una valija de ropa y un mundo de ilusiones 48

IV. — Ebba se lanza al mar. 51
V. — Á la primera pirueta, zurrapa 54
VI. — ¿Quién será? 57
VII. — Donde el misterio crece 61
VIII. — El misterio sigue creciendo 64
IX. — Ebba levanta la punta del velo con la punta del pie 68
X. — Pompa de jabón. 71

DET TABTE PARADIS

(El Paraíso perdido)

I. — Invocación 75
II. — Quién soy yo 78
III. — Gerda 81
IV. — De cómo dos bicicletas pueden simpatizar 84
V. — Andando. 87
VI. — Adán y Eva. Venus y Febo. 90
VII. — El cántaro roto. 94
VIII. — Quien rompe paga. 97
IX. — Á la fuerza ahorcan. 100
X. — Haz lo que digo... 104

DAME CAFE

(Café para señoras)

I. — El hombre propone y la mujer dispone. 107
II. — Aage. 110
III. — Un tercero en discordia. 113
IV. — El paraguas cubre la mercancía. . . 117
V. — Nieve y fuego. 120

VI. — Donde á herr Preben le remuerde la conciencia 124
VII. — Un vigilante que abre el ojo. 128
VIII. — La trampa. 132
IX. — Astrid, ¿qué has hecho de mi honor? 136
X. — Por esta vez... 140

FARVEL
(Adiós)

I. — Donde herr Olsen aparece entregado á sus filosofías 145
II. — El corazón de fru Ingeborg 148
III. — Un reloj que no quiere andar 152
IV. — El médico dice... 156
V. — Donde se demuestra que es más difícil encender el amor en un corazón viejo, que hacer andar un reloj antiguo. 160
VI. — El corazón de fru Ingeborg y el reloj de herr Olsen se paran . . . 164
VII. — La muerte es también alegre 168
VIII. — Herr Olsen escoge un salmo. 172
IX. — Skaal 176
X. — ...y el vivo al bollo 180

SPOGELSET FRA HELSINGOR
(El fantasma de Helsinger)

I. — Jaque á la reina 187
II. — Por trancas y barrancas 189
III. — Cara al mar y á la conciencia. 194
IV. — De lo que vió la reina viajando por los aires. 198

V. — Centinela, ¡alerta! 202
VI. — Un muerto que habla y un vivo que enmudece 207
VII. — En que prosigue el extraordinario suceso del fantasma 211
VIII. — Entre lo real y lo fingido 215
IX. — El beso de la vida y de la muerte. . 220
X. — La barca de Caronte. 224

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS ARGENTINAS

(Doce tomos)

León Zaldivar. — Quilito. — Entre dos luces. — El Candidato. —La Ginesa. —Tobi. — Promisión. — Misia Jeromita. — Pequeñas miserias. — Don Perfecto. — Nebulosa. — El Peligro.

Mis Cuentos. (Primera serie), un tomo.
Sartal de Cuentos, un tomo.
Fru Jenny. (Seis novelas danesas), un tomo.

EN PREPARACIÓN

Riquez. — Memorias de un viejo verde. (Tomo décimotercio de las *Novelas argentinas*).

Casa Editorial Hispano-Americana
222, Boulevard Saint-Germain, 222. — PARIS
Sucursal en BUENOS AIRES: 3463, Bartolomé Mitre

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

FRATERETTO

Hé aquí el título de la obra de J. Ortega Munilla que acaba de publicar esta Casa Editorial.

El nombre de su autor, académico de la Lengua, el que durante tantos años dirigió *El Imparcial*, cuya hoja literaria de *Los Lunes* debe el puesto que ocupa entre la intelectualidad española al insigne autor de *Frateretto*, nos ahorra todo elogio.

Frateretto es una historia sentimental y filosófica, de una filosofía muy humana, en la que se manifiesta de una manera elocuente el sutil observador y profundo analítico que es el autor de *La Cigarra*.

Frateretto es la encarnación de las tentaciones de Satán que se aparece á un pobre estudiante de Medicina en una hora de abatimiento moral, y en toda la obra desempeña un papel importante, pero « la mujer debía aplastar la cabeza de la serpiente »; el amor sano y santo vence al final y desaparece la sombra nefasta del pecado.

Precio de la obra : **3 francos** *en rústica y* **3 fr. 75** *en tela.*

OBRAS DE ENRIQUE BORDEAUX :

Mediante contrato con una importante casa francesa, la *Casa Editorial Hispano-Americana* ha adquirido el derecho de reproducción de cinco novelas originales de Enrique Bordeaux, uno de los escritores franceses más ilustres.

Publicadas :

El país natal.
El lago negro.
El amor que huye.

En prensa :

Camino sin retorno.
Juana Michelín.

Precio de cada volumen : **3 fr.** *en rústica y* **3 fr. 75** *en tela.*

COLECCIÓN DE NOVELAS MISTERIOSAS

A. GALOPÍN. — **La estrella de seis rayas.**
C. FOLEY. — **La celda del ventanillo.**
J. MUÑOZ ESCÁMEZ. — **El secreto del Doctor Ram-Moraley.**
H. DE BALZAC. — **El aparecido** (2 tomos).
— — **La última hada.**
H.-R. WŒSTYN. — **El secreto de un vals.**
— **La cajita de bombones.**
J. SAND. — **El hombre de hielo** (2 tomos).
HOFFMANN. — **El magnetizador.**
E. POE. — **El precursor de Sherlock-Holmes.**
— — **Cuentos fantásticos.**
A. GOLSWORTY. — **Los ladrones de diamantes** (2 tomos).
P. DE GARROS. — **El globo desaparecido** (2 tomos).
JULIO HOCHE. — **El misterio de los Paterson.**
FOLEY Y WŒSTYN — **La fuente de Maliroc.**

Precio de cada volumen en rústica : **1 fr.**

Aventuras del famoso «detective»
WILLIAM THARPS

Esta interesantísima serie de "Aventuras", que forma parte de la biblioteca que, con el título general de **Colección de Novelas Misteriosas,** publica esta « Casa Editorial » se compone de las siguientes obras:

El cadáver asesino. — Una mano en la sombra. — El enigma del tren 13. — El castillo embrujado. — El automóvil rojo. — El ópalo trágico. — El secreto de la momia. — La mano fantasma. — La casa del crimen. — La sombra que mata. — El hombre de los dos cuerpos. — El antro espantoso.

Precio de cada volumen en rústica : **1 fr.**

Los grandes Pintores

A costa de grandes sacrificios, hemos logrado adquirir el derecho exclusivo de publicación en lengua española de esta célebre colección que, en Inglaterra y Francia, ha obtenido uno de los grandes éxitos de librería.

Ocho maravillosas reproducciones de los principales cuadros de cada uno de los grandes maestros adornan cada una de estas obras, cuyo interesantísimo texto nos hace penetrar en la intimidad de los colosos del arte pictórico. Estas narraciones son tan entretenidas como la novela más interesante, y constituyen un poderoso medio de divulgación que prepara al espíritu para sentir la belleza.

Tomos publicados:

VAN EYCK, VELÁZQUEZ, RUBENS, TICIANO
VAN DYCK, POUSSIN, EL CORREGGIO
L. DE VINCI, MURILLO, RAFAEL
HOLBEIN, A. DURERO
WATTEAU, BOTTICELLI, FRAGONAND
EL TINTORETO, GREUZE
GEROME, REMBRAND, FRA ANGÉLICO
MILLET, EL VERONÉS
GOYA, COROT, VAN DER GOES, FRANZ HALS

Precio : **2,50 francos** *lujosamente encuadernada.*

Los grandes Músicos

□ □ □

Nuestra colección de *Grandes músicos* llenará seguramente las exigencias, cada día crecientes y justas, del lector. Cuidadosamente impresos en papel *couché*, redactados por escritores de prestigio, nuestros volúmenes tienen cerca de 200 páginas y van adornados con retratos, autógrafos, estampas y fotografías, más el cuadro *completo* de todas las obras del maestro. Estas publicaciones, desde el punto de vista histórico, bibliográfico, arqueológico, tipográfico y artístico, serán inapreciables: nada se ha omitido en su presentación. Al frente de cada tomo va el retrato, á todo color, del biografiado; y para que el mérito de esta clase de obras lleve, en cuanto á la parte crítica y técnica, el necesario prestigio, hemos recabado el concurso de una eminente y autorizada personalidad, orgullo no sólo de Francia, sino del mundo todo: Camilo Saint-Saens.

□ □ □

Tomos publicados :

MOZART. — CHOPÍN. — BACH

BEETHOVEN. — ROSSINI.

MENDELSSOHN. — WAGNER. — LISZT

SCHUMANN

HAENDEL. — SCHÚBERT. — HAYDN

Precio : **2 fr.** *en rústica ;* **2 fr. 75** *en tela.*

Imprenta de la Casa Editorial Hispano-Americana.
131, boulevard Saint-Michel. PARIS.

Casa Editorial Hispano-Americana
222, Boulevard Saint-Germain - PARÍS

BIBLIOTECA
DE
Clásicos Americanos

Esta Casa Editorial, deseosa siempre de estrechar cada vez más los lazos que unen á España con las Repúblicas del sur de América, ha emprendido la publicación de una nueva serie, cuya falta se dejaba sentir hace mucho tiempo.

Poseíamos la colección de Clásicos Españoles editada por Rivadeneira, preciosa fuente para eruditos y bibliógrafos, pero los grandes hombres que cultivaron la hermosa lengua de Cervantes al otro lado del Atlántico, sólo eran conocidos de escaso número de personas, sin que haya razón alguna para que sus obras no fueran tan divulgadas como las de los escritores de la Península.

Esta es la causa que ha movido á la Casa Editorial Hispano-Americana á publicar, y por orden cronológico, las obras de los autores clásicos americanos, compiladas por el conocido escritor Rufino Blanco-Fombona, que nos presta su valioso concurso en esta empresa en pro de los amantes del habla castellana.

PUBLICADOS :

Autores americanos juzgados por españoles.

J. V. González. — ***Roma***

Cecilis Acosta. — ***Opúsculos críticos.***

Andrés Bello. — ***Literatura castellana.***